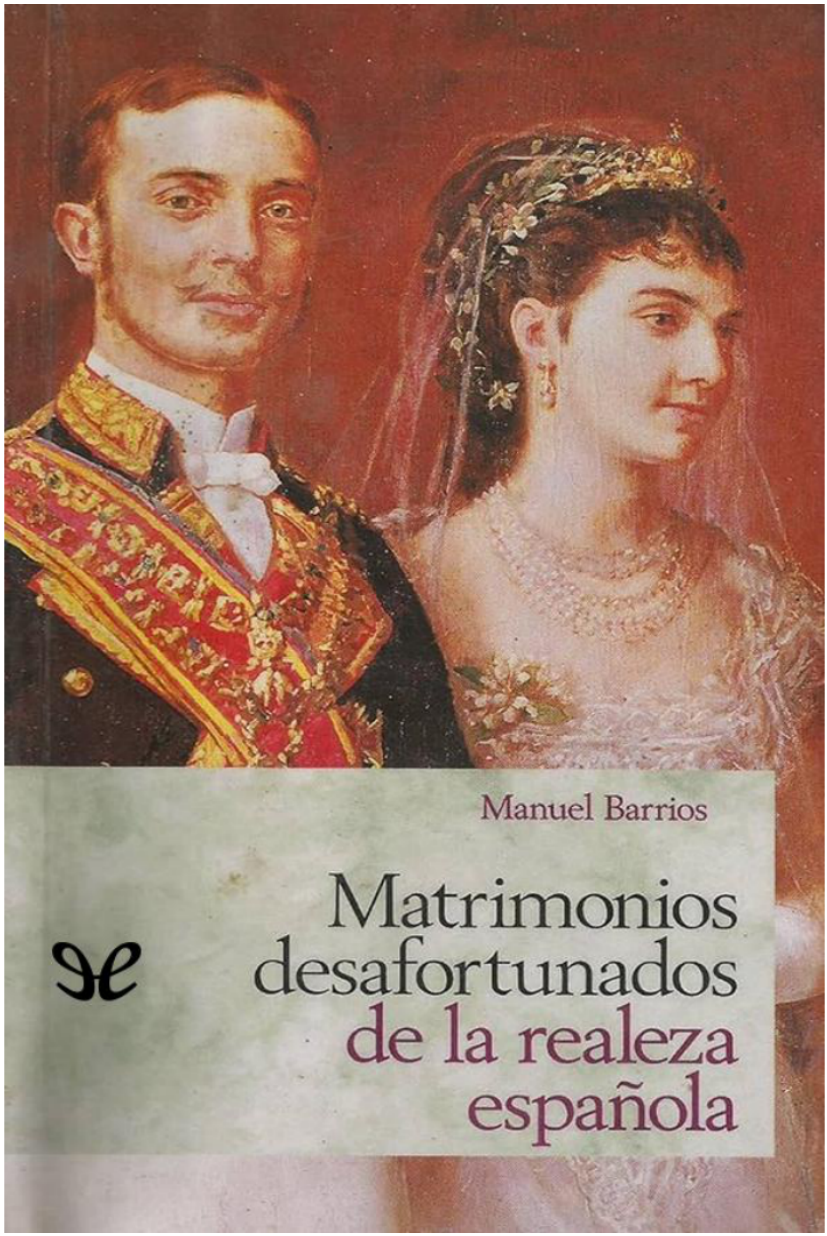


Manuel Barrios

Matrimonios desafortunados de la realeza española

Fruto de intrigas de palacio, resultado de interesados cálculos políticos o simple consecuencia de rancias tradiciones que ponían la búsqueda de un heredero de la Corona muy por encima de los sentimientos, los matrimonios de los reyes de España han estado marcados, ya desde los lejanos tiempos de don Rodrigo y Egilona, con el signo indeleble del dolor y la adversidad. En contadas ocasiones los monarcas españoles han sentido verdadero afecto por su legítima esposa.

Las relaciones clandestinas de Pedro I el Cruel, la impotencia de Enrique IV, el ejemplo de Isabel de Castilla, los desvaríos de Juana la Loca, el «hechizo» de Carlos II, la interminable sucesión de amantes de Isabel II, el romántico amor de Alfonso XII y María de las Mercedes, o la soledad en el exilio de Alfonso XIII son algunas de las historias que se abordan en las páginas de este libro.

Celos, adulterios, males del cuerpo y del alma salpican la vida de las parejas reales, un patético retablo de infortunios que nos parecería inverosímil si no fuera porque Manuel Barrios ha sabido encontrar los testimonios que confirman cuanto en esta obra se narra.

Manuel Barrios

Matrimonios desafortunados de la realeza española

ePub r1.0
Titivillus 31-08-2024

Manuel Barrios, 1996

Editor digital: Titivillus
Ilustración de portada: *El rey Alfonso XII y la reina María de las Mercedes*, anónimo. Palacio Real de Riofrío, Segovia
ePub base r2.1

A través de los siglos, parece que el destino se hubiese gozado en señalar a los matrimonios de la realeza española con un signo indeleble de dolor y adversidades. Son historias marcadas por toda suerte de desventuras —desamor, venganzas, celos, adulterios, males del cuerpo y del alma…—, que forman un patético retablo de infortunios a la disposición del autor que quiera contarlo.

Capítulo I

DON RODRIGO Y EGILONA

El pacer de la venganza

POR la orilla del río camina un caballo cansado, sudoroso, con fango hasta los pechos y una silla adornada con incrustaciones de oro, esmeraldas y rubíes. Es la única huella que queda de don Rodrigo, a quien la historia conoce como el último rey de los godos. Hace tan sólo unos años, las huestes de don Rodrigo derrotaban a las del tirano Witiza, a quien el nuevo rey sometió al terrible tormento de vaciarle los ojos, en tanto los hijos del derrocado se apresuraban a recobrar el reino perdido. Es en este instante cuando se entrelazan la historia y la leyenda, y cuando, a falta de testimonios fiables en aquélla, es necesario apelar a ésta, recogiendo el momento, suscrito por Reinhart P. Dozy, en el que el gobernador de Africa, Musa Ibn Nusayr, ha extendido hasta el océano los límites del imperio árabe. Tan sólo le resistía aún la ciudad de Ceuta, perteneciente al Imperio bizantino, que había poseído antes todo el litoral africano, pero que, como el emperador se hallaba muy distante para prestarle los eficaces socorros, mantenía estrechas relaciones con España. Por eso su gobernador, el conde don Julián, había enviado a su hija, la hermosa Florinda, a la corte de Toledo, a fin de que allí recibiera una educación adecuada a su nacimiento. Es cuando se inicia la leyenda de Florinda *La Cava*, recogida, entre otros muchos, por Miguel Morayta:

> *Avino que jugando [Florinda] con algunas de sus compañeras, o bañándose en el Tajo, descubrió don Rodrigo gran parte de su cuerpo, que admiró el rey desde cierta ventana, desde donde la acechaba. Herido y prendado, avivó en sus entrañas deshonesta*

llama, cebándose con la vista de aquella doncella, que era la parte por do le entró el mal. Persiguióla con requiebros y, después que la hubo descubierto su corazón, no era día que no la requiriese, y ella se defendía con buenas razones.

Como el rey no pensaba más que en esto, un día en la siesta envió con un doncel por Florinda, y ella vino. Sola con el rey, éste abusó torpemente de su honestidad. [1]

Ciego de cólera el conde don Julián, padre de Florinda, ante el agravio recibido por su hija, abrió a Musa las puertas de Ceuta después de haber concluido con él un tratado ventajoso; le habló de España, le indujo a intentar su conquista y puso los buques que tenía a su disposición. Mientras tanto, Florinda había escrito a su padre dándole cuenta de su desdicha. La interpretación que de tal misiva hizo el historiador Mariana no carece de belleza, exaltada por el énfasis retórico de la época:

Ojalá la tierra se me abriera antes que verme puesta en condición de escribiros estos renglones, y con la triste nueva de poneros en ocasión de un dolor y quebranto perpetuos. ¡Con cuántas lágrimas escribo esto! Estas lágrimas y borrones lo declaran; pero si no lo hago, luego os daré sospecha, que no sólo el cuerpo ha sido ensuciado, sino también mancillada el alma con mancha e infamia perpetua. ¿Qué salida tendrán nuestros males? ¿Quién, sino vos, pondrá reparo a nuestra cuita? Esperemos hasta tanto que el tiempo saque a la luz lo que ahora está en secreto, y de nuestra afrenta haga infamia más pesada que la misma muerte. Avergüénzome de escribir lo que no me es lícito callar. Vuestra hija, vuestra sangre, de la alcurnia real de los godos, por el rey don Rodrigo, al que estaba encomendada como la oveja al lobo, con una maldad increíble ha sido afrentada. Vos haréis que el gusto que tomó de nuestro daño se vuelva ponzoña y no pase sin castigo la burla y befa que hizo a nuestro linaje y a nuestra casa. [2]

«Aunque inocente, causa fue Florinda de la pérdida de España, y así el vulgo hubo de distinguirla con el nombre arábigo *Cava*, que es tanto como decir “prostituta”» [3]. Por cierto que la leyenda del

conde don Julián está estrechamente vinculada a la que nos transmite Ambrosio de Morales:

> *Había en Toledo un palacio real, que de muchos años atrás estaba siempre cerrado con diversas cerraduras, sin que ninguno de los reyes pasados hubiese pensado en abrirle, porque se aseguraba que, cuando el palacio se abriese, España había de padecer alguna grave adversidad. El rey Rodrigo quiso que se abriese contra la voluntad y el consejo de todos los suyos. Mas como en las cosas que los reyes quieren con ímpetu vale más su poderío que ningún buen consejo, la casa se abrió, teniendo el rey por cierto que había de hallar dentro grandes tesoros. No se halló más que un arca, y dentro de ella un paño con algunas figuras que, en la manera de los rostros y en todo el traje, representaban enteramente a los alábares; en el mismo paño había letras latinas, donde se decía que cuando aquel palacio y arca se abriesen, y el paño se descogiera, entrarían en España gentes semejantes a las que aquí estaban pintadas, y destruyendo la tierra se harían señores de ella. El rey, entristecido por el mal anunciar tan autorizado, mandó a cerrar el palacio, dejándose allí el arca como estaba.* [4]

Siguiendo a Dozy, es tiempo de reseñar que, habiendo pasado sucesivamente el Estrecho en las cuatro naves de que Tarif se había servido, pues los musulmanes no tenían otras, los reunió Tarik en la montaña que hoy lleva su nombre (Gebal-Tarik, Gibraltar), a cuyo pie se encontraba la ciudad de Carteya. Contra ella envió Tarik una división mandada por uno de los pocos oficiales árabes que tenía en su ejército, Abelmelic, de la tribu de Moafir. Carteya cayó en poder de los musulmanes y Tarik se había adelantado ya hasta el lago que lleva el nombre de la Janda, cuando supo que don Rodrigo marchaba contra él a la cabeza de un numeroso ejército [5].

La derrota de don Rodrigo —al que se une en la leyenda la traición del obispo don Opas— será cantada en romance histórico-épico:

> *El triste rey don Rodrigo,/el que entonces te mandaba,*
> *viendo sus reinos perdidos, / sale a la campal batalla.*

No parece el rey Rodrigo / ni nadie sabe do estaba.
¡Maldito de ti, don Oppas,/obispo de mala andanza1.
En esta negra conseja / uno a otro se ayudaba!
¡Oh dolor sobremanera! / la cual Cava se llamaba,
causen estos dos traidores / que España sea domeñada,
y perdido el rey señor / sin nunca de él saber nada… [6]

Siguiendo la letra de Anwar G. Chejne, la conquista de España por los árabes fue una rápida victoria, hecho que justifica la suposición de que existió un cuidadoso plan previo a la empresa, y que Julián de Ceuta, y otros desde la Península, pudieron haber contribuido a su éxito en gran parte. En 710, Musa Ibn Nusayr mandó al oficial Tarif como cabeza de un grupo de reconocimiento de cien hombres de a caballo y cuatrocientos de infantería a una misión de exploración. Tarif ocupó con gran éxito el saliente sur de la Península, donde la ciudad de Tarifa lleva su nombre, y regresó con cuantioso botín. Las noticias de esta empresa inicial pueden haber alentado a Musa Ibn Nusayr a dejar que su lugarteniente Tarik prosiguiese la conquista y éste, saliendo de Tánger en 711 a la cabeza de un ejército de nueve mil beréberes, cruzó el Estrecho. En el momento de pisar tierra, Tarik iba decidido a triunfar o morir, según su plegaria, que llegó a ser famosa en la literatura árabe. Se dice que quemó las naves que le había suministrado Julián y se dirigió a sus seguidores diciendo que no había más escapatoria que el triunfo: «¿Dónde podéis huir? El enemigo se halla ante vosotros y el mar está detrás» [7].

Don Rodrigo estaba casado con una mujer bellísima. «Buena dueña, y muy hermosa, y de muy buen linaje, era natural de Africa», dice la *Crónica de Rasís* [8], y por las pocas noticias que de ella tenemos, todo hace pensar que con el rey godo formaba un matrimonio mal avenido, tal vez porque Egilona no hubiese permitido un desliz que estableciera diferencia entre las atribuciones reconocidas al rey y a la reina. Por todo ello, entra en el terreno de las probabilidades que, al conocerse los devaneos de Rodrigo por la ultrajada Florinda *La Cava*, se rompiera el vínculo establecido durante tantos años y que incluso la esposa engañada se tomase cumplida venganza, como correspondía a una mujer celosa de su dignidad. La precipitación de los acontecimientos iba a

impedirlo; sin embargo, como veremos enseguida, no era Egilona mujer dada a resignarse con el agravio, por lo que dicha venganza tomó forma contra la memoria de Rodrigo cuando ya éste había desaparecido o muerto.

> *Don Rodrigo confiaba en rodear a los moros y aniquilarlos, y dio orden a sus dos alas para que se movieran lateralmente. Pero no contaba con la traición. Había en su ejército muchos descontentos, partidarios del destronado rey Witiza, y muchos envidiosos del mando real que tenía don Rodrigo: y los hijos de Witiza habían prometido, a quien les ayudase, premios y honores. Así que el ala derecha del ejército visigodo, que iba mandada por el obispo de Sevilla don Opas, primo de Witiza, hizo una maniobra de alejamiento, y se pasó al bando de los moros en el que venían los dos hijos de Witiza. Don Rodrigo intentó entonces proteger su flanco acercándose al río para que le sirviera de foso defensivo, pero una vigorosa carga de los enemigos llevó el combate hasta el mismo cauce del cenagoso Barbate. El caballo del rey, metido hasta el vientre en el fango del río, fue acribillado a lanzazos.* **[9]**

Nadie supo nunca qué había sido de Rodrigo. Unos lo dieron por muerto, según la hipótesis más verosímil, en tanto otros, incluido el romancero, lo hicieron peregrino por las veredas en busca de un lugar santificado donde expiar sus culpas. Había sonado la hora de la venganza para Egilona (la Ayela de los cronistas árabes), según lo descrito por Rasís, basándose en la leyenda recogida en el anónimo *Ajbar Machmuâ*:

> *Cuando Belazín [Abd al-Azíz, hijo de Musa] fincó por el señor de España y hubo muy bien parada su hacienda, y muy bien aderezada, dijéronle nuevas de Uleca [Egilona], mujer que fue del rey don Rodrigo […] y envió luego por ella, y mandóle dar bestias y mucho haber, y siervos y siervas, y todas las cosas que hubiese menester, hasta que llegase a él. Trajéronsela y cuando él la vio pagóse mucho de ella y díjole:*
>
> *—Uleca, dime tu hacienda y no me neguéis ninguna cosa de ella, que bien ves que yo puedo de ti hacer mi voluntad, así como*

de mi cautiva.

Y ella, cuando oyó esto, hubo la cuita tan grande y doblósele el pesar que tenía en el corazón, que por poco no cayó muerta al suelo. Y respondió llorando, y díjole:

—Varón, ¿qué quieres tú saber más de mi hacienda? Ya todo el mundo lo sabe, que siendo yo doncella pequeña estuve casada con el rey don Rodrigo y fui con él señora de España, y honrada y deleitosa más que yo no merecía; y por esto quiso Dios que me durase poco, y ahora soy en tal deshonra cual nunca fue otra dueña de gran guisa. Ya soy robada y no tengo un palmo de heredad, y soy cautiva y metida en servidumbre, y toda la tierra que veo yo fui señora de ella. Y señor, pese vos de mi daño, y por la honra de gran linaje que vos sabéis que yo tengo, no consintáis a ninguno que me haga mal ni fuerza; y señor, si vuestra merced fuese que me quisiese vender a hombre que yo sé que se dolerían de mí, y dar vos han por mí algo grande.

Y díjole Belazín:

—Sed vos cierta que mientras yo fuese vivo, que nunca vos saldréis de mi poder.

Y Uleca dijo:

—Pues señor, ¿qué queréis de mí hacer?

Y díjole Belazín:

—Quiero que afinquéis en mi casa, y andaréis muy quita de lacería con mis otras mujeres.

Y dijo ella:

—Malo fue el día en que yo nací, si ha de ser verdad que yo fui mujer del honrado rey de España, y ahora tengo que andar en casa ajena por barragana y por cautiva de otro. Y bien juro yo a aquel Dios que a gran sabor de me aterrar, que esto no puede ser, y antes buscaré mi muerte lo más aina que pudiere; y yo no quiero más sufrir malandancia, pues por la muerte puedo de ella salir.

Y cuando Belazín la vio así quejarse, díjole:

—Buena dueña, que no habernos barraganas, mas habernos de ley que podamos haber siete mujeres, si las podemos cumplir; y por ello seréis vos mi mujer, como cada una de las otras, y todas las cosas que vuestra ley manda que hombre haga a su mujer, todas las haré yo; y por ello no habréis por qué vos quejar. Y bien creed que os haré honra, y haré a todos que me quisieren bien que os

sirvan y os honren; y quiero seáis señora de todas mis mujeres. **[10]**

Todo ha sucedido en el lapso de pocas semanas: el último rey de los godos desaparece tras la batalla a orillas del río Barbate (ribera del Wadi-Becca, 17 de julio del 711) y el conquistador, Musa Ibn Nusayr, llamado por el califa de Damasco, emprende el regreso, dejando a su hijo Abd al-Azíz a cargo del gobierno. Acaba de sonar la hora de Egilona, viuda de alivio, quien despliega las artes mágicas de su irresistible seducción con el nuevo *walid*, que «hizo con ella boda como manda la ley de los moros, y pagábase cada día más de ella, y tanta honra le hacía que no podía más hacer».

Según todos los indicios, la bella Egilona (a la que Abd al-Azíz llama Umm al-Isam, «la de los lindos collares») no se conforma con medias tintas y, una vez logrado que el *walid* repudie a sus concubinas, le pide que le construya un palacio y que se corone rey. Abd al-Azíz, rendido enamorado, accede a sus pretensiones y «mandó hacer en su palacio un postigo pequeño y cerrar la puerta grande, de manera que ninguno podía entrar sin bajar la cabeza por humillarse» **[11]**.

El anónimo *Ajbar Machmuá* da cuenta de la tragedia:

> *Un día, Umm al-Isam [Egilona] dice a Abd al-Azíz:*
> *«Un rey sin corona es un rey sin reino: ¿quieres que te haga una, de las joyas y el oro que aún conservo?». «Nuestra religión —dijo él— nos lo prohíbe». «¿Y qué saben —replicó ella— tus correligionarios de lo que haces en el interior de tu casa?». Y tanto insistió que, al cabo, el walid la mandó hacer; y estando cierto día sentado con su esposa, puesta la corona, acertó a entrar la mujer de Ziyab b. Nabiga el Tememi, la cual era también de alta nobleza española.* **[12]**

En ningún siglo han faltado marañosas ni comadreras. En este episodio la correvedile refiere el suceso de la corona a los suyos; éstos, resentidos por el favor que el *walid* dispensa a los cristianos, atentos a la ocasión que les brinda la imprudencia, lo sorprenden en sus plegarias leyendo *la alguaquiá* (sura 56 del Corán) y le clavan el acero a traición. Mal fin para un valiente beréber que tuvo la infeliz idea de quedar prendado de la hermosa viuda:

> *esta mujer de singular belleza y relevantes prendas morales [?] que fue el amparo de los cristianos, de cuya fe no había abjurado a pesar de su matrimonio con un musulmán; mas también la causa involuntaria del prematuro y desastroso fin del joven emir, pues de aquel matrimonio tomó pretexto la recelosa política del Califa de Damasco para decretar la muerte de Abd*
> *al-Azíz.*
> **[13]**
> *¿Causa involuntaria? Nosotros más bien creemos que todo respondió al plan premeditado por la terrible Egilona: la boda con el infiel, como venganza por las veleidades de Rodrigo y, una vez llevada a cabo casándose con su vencedor, el recurso maquiavélico de la corona para que fuese gente airada la que acabase con la vida de Abd*
> *al-Azíz,*
> *con lo que también se castigaba a Musa, conquistador de Al-Andalus.*

Capítulo II

DON PEDRO I EL CRUEL Y DOÑA BLANCA DE BORBÓN

El triunfo del amor clandestino

LO ESCRIBIÓ Fernán Caballero al aludir al Salón de Embajadores del Alcázar sevillano:

> *Suele decirse que una mancha negra que se ve en el pavimento entre las dos columnas del arco que está frente al jardín fue producida por la sangre que en aquel sitio derramó el infante don Fadrique. No es esto creíble, pero sí es muy extraña la coincidencia de hallarse esa mancha precisamente en el sitio en que sin duda expiró aquel desgraciado príncipe.* **[14]**

¿Cruel o justiciero?:

> *No juzgamos que todos los actos de don Pedro I de Castilla, presentados como crueles, puedan justificarse; y algunos ni aun disculparse siquiera; pero ni el carácter, ni la conducta de este soberano aparecerían pintados con tan negros colores si Ayala, su primer historiador, no hubiese tenido necesidad de ennegrecerlos para disculpar su defección y el fratricidio que aseguró la corona en las sienes de don Enrique […]. No negamos que don Pedro fuese cruel, al par de justiciero; pero sí negamos que los documentos históricos en que con tan abominable corazón se le presenta, se hallen con todos los requisitos de segura veracidad, para que nadie pueda poner en duda su certeza.* **[15]**

En todo caso, don Pedro de Castilla también es «él y sus

circunstancias», y éstas parecen conjurarse para abocarrlo a situaciones extremas. Por otra parte, El Cruel es un arquetipo de la Edad Media, distribuido su tiempo en el lance de honor, la conquista de la mujer —cuanto más esquiva, más seductora— y una violencia desaforada, compatible, según sus peregrinos esquemas mentales, con la veneración a un Dios partidista que no rehúye la posibilidad de inclinar el fiel de su balanza a favor de quien le rinde pleitesía.

Don Pedro el Cruel, hijo de Alfonso XI, desde el primer día que siente la corona sobre sus sienes, se ve obligado a pelear contra sus propios hermanastros, don Enrique y don Fadrique, hijos de la barragana Leonor de Guzmán, y a partir de ese instante su vida será una sucesión de batallas y reconciliaciones con quienes llevan su misma sangre; el resto del tiempo lo empleará en esas aventuras de capa y espada que quedarán en las páginas de la leyenda, casi siempre en el marco de una ciudad mágica entre cuyas sombras discurre, embozado, el rey que no duda en medir su valor con el primero que le sale al paso:

Sucedió que al convento de San Francisco vino como fraile lego un hombre misterioso, que por su aspecto más parecía noble y guerrero que piadoso y humilde. Mucho se hablaba de él en toda la ciudad, y aunque nadie conocía a ciencia cierta su procedencia, las personas más allegadas al convento relataban que se trataba de un caballero muy ilustre de Navarra, que por haber cometido cierta muerte en desafío, arrepentido se había metido a fraile, ocupándose por penitencia en bajos menesteres conventuales.

Ello es que lo único que en realidad se sabía es que el tal fraile lego venía acompañado de gran fama de esgrimidor, y que en cierta ocasión él mismo involuntariamente dijo que había sido, hasta hacía pocos meses, el mejor espadachín de Navarra.

El rey don Pedro, al saber esta novedad, pensó que le estaría bien medirse con el mejor esgrimidor de Navarra, puesto to que ya se había medido, victoriosamente, con los mejores espadachines de Castilla, así que decidió probar fortuna. Pero no quiso invitar al fraile a que viniera a la sala de armas del Alcázar, puesto que quizás se dejara ganar por la cortesía, y el rey lo que deseaba era un encuentro formal y sin ventaja. Así que, en sus paseos por la

ciudad, a que tan aficionado era el rey que cada noche abandonaba el Alcázar y deambulaba solo por las calles sevillanas, dio en rondar por los alrededores del convento de San Francisco. Por ver si tenía tal oportunidad, el rey llevaba ocultas bajo su larga capa dos espadas, una para él y otra para el fraile, quien, naturalmente, no estaría armado.

Cierta noche, al pasar por lo que hoy es calle Méndez Núñez en su desembocadura a la Plaza Nueva, encontró el rey abierto un postigo que daba a un patinillo posterior del convento, y que por olvido habían dejado abierto. Entró el rey, hizo ruido y tuvo la fortuna de que saliera el fraile lego a quien él buscaba, el cual tenía a su cargo las faenas domésticas de aquella parte del convento. Creyó el fraile que quien entraba era un ladrón y salió a su encuentro animosamente, y el rey dejó caer una de las dos espadas como casualmente, con lo que el fraile la cogió y pelearon. En todos los asaltos que intentaba el rey, su espada encontraba como una barrera infranqueable la espada del lego, que le oponía una resistencia invencible. Durante largo rato se batieron sin que ninguno de los dos cediera, hasta que al fin, y cuando el rey ya estaba cansado y sudoroso, el fraile, con un hábil revés, le hizo saltar la espada de la mano, arrojándola lejos. Quedó el rey desarmado, y el lego, por escarmentar al ladrón que él suponía, alzó la espada para herirle en la cara y dejarle marcado, según costumbre, pero el rey le detuvo con un gesto y se dio a conocer:

—Tate, lego, que soy el rey.

El lego bajó el arma y sonrió:

—Ya me lo imaginaba, señor. Ningún esgrimidor en toda España hubiera podido mantenerse frente a mí durante tanto rato, y ponerme en tan recios apuros como me habéis puesto. Y no os avergüence el haber sido desarmado, perdiendo la espada, pues no habéis sido vencido por un vasallo, sino por un igual vuestro. No diré mi nombre, porque me ha sido impuesto en penitencia por el propio Santísimo Padre en Roma el guardar secreto de mi nombre por humildad. Pero baste deciros que en mis venas hay sangre de la estirpe real de Navarra, y de la estirpe imperial de Carlomagno.

Quedó satisfecho con esto don Pedro y despidiéndose le dijo al lego si deseaba alguna gracia. A lo que contestó el fraile:

—Sí, por cierto; nuestro convento de San Francisco está sin agua, pues solamente disponemos de un pozo escaso y salobre. Os pido por única gracia que concedáis a esta comunidad un caño de agua de la que viene al Alcázar del acueducto de los Caños de Carmona.

Así lo prometió el rey y al día siguiente se empezó a tender una conducción desde el Alcázar al convento, Casa Grande de San Francisco, con lo que se remedió su necesidad. **[16]**

Según el cronista López de Ayala, «fue el rey don Pedro asaz de grande de cuerpo e blanco e rubio e ceceaba un poco en la fabla. Era muy temprado e bien acostumbrado en el beber y en el comer. Dormía poco e amó mucho a mujeres» **[17]**. Un autor de nuestros días, Emilio Calderón, reseña que el doctor Vallejo-Nágera «ha dicho de él que se trataba de un paranoico de situación». Un estudio reciente de sus restos ha desvelado que don Pedro padeció, como consecuencia de un parto complicado, una parálisis cerebral infantil, «síndrome que se debe a una lesión del encéfalo, de gravedad muy variable, sufrida por el individuo en los primeros meses de existencia». Este síndrome, al estar determinado por la muerte de las neuronas de una parte del cerebro, puede originar retrasos de maduración y problemas en el habla y «en el desarrollo de las zonas del cuerpo que se hallan bajo la dependencia de las neuronas lesionadas». De ahí el ceceo de don Pedro y una pequeña cojera a la que hacen referencia los cronistas y romanceros:

Al andar, sus choquezuelas
forman ruido notable,
como el que forman los dados
al confundirse y mezclarse. **[18]**

Valido del rey fue don Juan Alonso de Alburquerque, figura decisiva en una de las desgracias del monarca, quien ya tenía concertado su enlace matrimonial con doña Blanca de Borbón cuando, al emprender ésta el viaje de Francia a Valladolid para la celebración de la boda, Alburquerque le presenta al rey a la bella doña María de Padilla, hija de Diego García de Padilla y de María de Hinestrosa, joven de cuerpo pequeño, «pero grande en la

hermosura, dotada de potencias y de genio agradable y compasivo».

Conocer don Pedro a María de Padilla y enamorarse perdidamente de ella fue uno, hasta el punto de pretender el rey anular el matrimonio, para cuya resolución era ya demasiado tarde. Por ello, la reina doña Blanca convive con su esposo veinticuatro horas, al cabo de las cuales don Pedro vuelve al lado de la Padilla, estableciéndose con ello una nueva defección: a un lado, los partidarios de la reina; al otro, los del rey, fieles vasallos que, no por su fidelidad extrema al monarca, dejan de reconocer en privado la pérfida acción de El Cruel.

Según el historiador Miguel Morayta, la boda se celebró con ostentosas fiestas. Era lunes, y el miércoles siguiente ya saben las reinas de Castilla y de Aragón que don Pedro está decidido a volverse a Toledo, al lado de su dama. Ambas le hablan, le aconsejan, le suplican y le ponen a la vista el escándalo hecho agravio para el rey de Francia y el pontífice. Don Pedro las tranquiliza y, en cuanto se ve libre de estas señoras, monta a caballo y emprende viaje para estar al lado de doña María de Padilla. A instancia de algunos —entre ellos el cardenal Gil de Albornoz—, se consigue que vuelva a Valladolid, pero —como afirma el canciller Ayala— «estuvo con la reina, doña Blanca, su mujer, dos días, e no pudieron acabar con el que más allí sosegase, que luego partió de Valladolid e fue a Mojados e nunca más vio a la reina Blanca, su mujer».

Pasaje importante, en el relato de estos días, es el que alude a la probabilidad de que uno de los hermanastros de don Pedro, don Fadrique, maestre de Santiago, acompañara a la reina en su viaje a España, e incluso que, durante las jornadas de tal viaje, don Fadrique se mostrase más galante de lo que demandaba la cortesía palaciega. El caso es que, al poco tiempo, el rey cruel mandaba apresar a doña Blanca. «Aun cuando no existe dato alguno serio —escribe el citado Morayta—, que permita dudar de la honradez de la reina, de seguro no le fue desconocido el arte de la intriga. Así se explica que doña Blanca, a quien hacían interesante su hermosura, sus pocos años y sus infortunios, fuese al poco tiempo ídolo y alma del partido del rey. Doña Blanca, en efecto, tuvo entusiastas y, como era natural, sólo por esto no le faltaron detractores» **[19]**.

No es fácil determinar si don Pedro repudia a la reina porque

ésta, al verse relegada en el amor del soberano, abandera la facción contraria al rey, o porque hasta don Pedro ha llegado el rumor que señala a doña Blanca como la rendida amante del maestre don Fadrique. Lo cierto es que dos venerables obispos, el de Avila y el de Salamanca, «hombres nacidos no ya para ser obispos, sino para ser esclavos»[20], declaran que el matrimonio celebrado por don Pedro con doña Blanca era nulo y que, en su virtud, el rey podía casarse legal y legítimamente con quien quisiera. Es la ocasión que el rey de Castilla aprovecha para volver a casarse, esta vez con doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, del linaje de los antiguos señores de Vizcaya. No duró mucho más este vínculo, ya que, dos días después de celebrada la boda, don Pedro abandona a la nueva esposa, dejándola embarazada. Para su mantenimiento, y para el hijo luego nacido, que hubo de llamarse don Juan, dioles el rey la villa de Dueñas. Doña Blanca vivió, desde entonces, en Cuéllar, donde residió apartada de las intrigas cortesanas y haciéndose llamar reina de Castilla.

Como era de esperar, estas veleidades de don Pedro le crean nuevos enemigos. Justo es reconocer que no todas las culpas eran achacables a la voluntad del soberano, perdidamente enamorado de doña María de Padilla, con la que vive en la capital sevillana los días más felices de su existencia; lo que no es obstáculo para que se tome cumplida venganza del maestre don Fadrique, sin detenerse a pensar si eran ciertas o no sus relaciones con la reina. La *Crónica* de López de Ayala cuenta con todo detalle el desenlace de tan terrible episodio:

> *Estando el rey don Pedro en Sevilla, en el su alcázar, martes veinte y nueve días de mayo de este año [1358], llegó ahí don Fadrique, su hermano, maestre de Santiago […]. E luego como llegó, el maestre fue a hacer reverencia al rey, e fallóle que jugaba a las tablas en el su alcázar. E luego que llegó, besóle la mano él y muchos caballeros que venían con él […]. E el maestre partió entonces del rey e fue a ver a doña María de Padilla e a las fijas del rey, que estaban en otro apartamiento de alcázar, que dicen del Caracol. E doña María sabía todo lo que estaba acordado contra el maestre, e quando lo vio fizo tan triste cara que todos lo podrían entender, ca ella era dueña muy buena e de buen seso, e*

non se pagaba de las cosas que el rey facía, e pesábale mucho de la muerte que era ordenada de dar al maestre. E el maestre, desque vio a doña María e las fijas del rey, sus sobrinas, partió de allí e fuese al corral del alcázar, do tenía las mulas.

Como escribe Juan de Mata Caniazo[21], allí perdió ocasión de escaparse. El rey le mandó volver, y a cada puerta que pasaba los porteros iban deteniendo más gente de su compañía, hasta que sólo quedaron con él don Diego, maestre de Calatrava, y otros dos caballeros.

E el rey estaba en un palacio [salón] que dixen del Fierro, la puerta cerrada […] E en esto abrieron un postigo del palacio do estaba el rey, e dixo el rey a Pedro López de Padilla, su ballestero mayor:

—Pero López, prended al maestre.

Luego dixo el rey a unos ballesteros de maza que allí estaban:

—Ballesteros, matad al maestre de Santiago.

[…]. E entró en la cámara el rey, e había tomado Sancho Ruiz a doña Beatriz, fija del rey, en los brazos, cuidando escapar de la muerte por ella. E el rey, así como lo vio, fízole tirar a doña Beatriz, su hija, de los brazos, e el rey le fírió con una broncha que traía a la cinta […]. Tomóse el rey do yacía el maestre, e fallóle que aún no era muerto; e sacó el rey una broncha que traía a la cinta, e dióle a un mozo de su cámara e hízole matar. E desque esto fue fecho, asentóse el rey a comer donde el maestre yacía muerto, en una cuadra que dicen de los Azulejos […]. [22]

Enfrentadas a muerte las dos facciones del reino, la guerra se hace inevitable. Enrique de Trastámara, «hijo ilegítimo y como tal incapacitado para reinar, prepara su llegada al trono acusando a Pedro de no ser hijo de Alfonso XI —la propaganda trastamarista lo considera hijo del judío Pero Gil, llamando "emperejilados" a sus seguidores— y, al recordar la alianza de Pedro con judíos y musulmanes, Enrique convierte la guerra contra el monarca en una cruzada que cuenta con el apoyo de la corte pontificia instalada en Aviñón, en territorio francés»[23].

Don Pedro de Castilla atiende directamente las demandas de la

guerra, pero siempre que puede escapa al lado de doña María de Padilla para expresarle el delirio de su arrebatado amor. De las costumbres que el monarca impone, como pleitesía a la belleza de la amada, da idea la siguiente anécdota:

> *Por increíble que parezca, era costumbre en la corte de El Cruel que los nobles del entorno real, como prueba de servidumbre y sumisión, bebieran el agua en la que se había bañado la favorita. Así lo hicieron todos cierto día, menos uno. Enojado el rey ante lo que consideraba un agravio, echando fuego por los ojos se dirigió al impertinente:*
>
> *—¿Podéis decirme por qué os negáis a beber el agua que ha refrescado el cuerpo de doña María?*
>
> *El noble humilló la cabeza y dijo, con respetuosa desenvoltura:*
>
> *—Por lealtad a Vuestra Alteza, señor; no sea que, en probando la salsa, vaya a antojárseme la perdiz.* **[24]**

No obstante todas las pruebas de amor dispensadas por don Pedro a María de Padilla, en ningún momento faltaron en la vida del rey las aventuras galantes más o menos duraderas. Entre ellas, destaca doña Teresa de Ayala,

> *señora ilustrísima, hija de don Diego Gómez de Ayala, alcalde mayor de Toledo, y de doña Inés de Ayala, señores de Casarrubios, la cual doña Teresa fue dama de la madre del rey don Pedro, que siendo príncipe la galanteó por cuantos medios pudo sugerirle amor; pero siendo todos inútiles para la constancia y honestidad de la nobilísima señora, no la pudo gozar sino dándole primero palabra de casamiento, bajo cuya seguridad tuvo una hija llamada doña María. La madre conoció luego la poca sinceridad del príncipe y, viéndose burlada, sin tener modo de afianzar su honor, se fue a Portugal.* **[25]**

El capítulo de los amores prohibidos anota en la biografía de don Pedro los nombres de María González de Hinestrosa, casada con Garcilaso Carrillo, de cuya relación nació un niño llamado Fernando; una doña Isabel, ama del infante don Alfonso, y una sospechosa nómina de damas a las que el rey deja en su testamento

parte de su patrimonio: María Alonso Tamayo, María Ortiz y Juana García de Sotomayor, además de las hermanas Aldonza y María Coronel. La primera cae en brazos de don Pedro con la urgencia de las pasiones desbordadas, digna de la pluma, llena de gracia, de Montero Galvache:

> *Doña Aldonza —¿qué iba a hacer la pobre?—, viéndose sin marido y sin rentas, le dio el sí nada menos que a don Pedro, el rey cruel, y ya investida de lujosa amante del monarca, pasó del convento de Santa Clara [de Sevilla], donde vivía de paisano, a la torre —la galante, la de oro— y a ojos vistas de don Samuel Leví [tesorero de don Pedro], sin meterle mayores aditamentos, ya se dice a las claras de qué madera fue la liberalidad del rey. Doña Aldonza, con sal y candela a un tiempo, describió en su diario al regio amante, y decía: «es blanco e rubio, y de un ceceo andaluz que me roba el alma».* **[26]**

El caso de doña María Coronel es más dramático, ya que rechazó al rey, quien se creció ante las dificultades y fue a buscarla al convento. Cuando llega,

> *no hay tiempo de avisar a doña María. La puerta reglar se abre ante el mandato imperioso del rey, quien corre presuroso por los claustros y estancias en busca de doña María Coronel. Ésta, acosada, en alocada carrera, se refugia en la cocina, donde realiza el gesto heroico que la ha inmortalizado. El rey la sigue y la encuentra. Ya están frente a frente. Sobre el anafe de la cocina, una sartén de aceite chisporrotea hirviendo. De pronto […], empuñando la cazuela, / que aparece enrojecida, / sobre su rostro de diosa / se la vuelca rapidísima.* **[27]**

Otros autores, entre ellos Fernán Núñez, llamado «el comendador griego», dan una versión distinta del dramático suceso:

> *[…] y estando su marido ausente, vínole tan grande tentación de la carne, que por no quebrantar la castidad y la fe debida al matrimonio, eligió antes morir, y metióse un tizón ardiendo por su miembro natural, del cual murió; cosa por cierto hazañosa y digna*

de perpetua memoria, aunque la circunstancia del caso parezca algo oscurecerla.

De ello dio testimonio Juan de Mena en su copla 79:

Poco más bajas vi otras enteras:
la muy casta dueña de manos crueles,
digna corona de los Coroneles
que quiso con fuego vencer sus hogueras.

Estos años coinciden con los de la mayor ferocidad llevada a cabo por don Pedro, y frecuente es hallar en los archivos históricos cartas dirigidas al rey en súplica de clemencia, como la de don Gutiérre Fernández de Toledo, repostero mayor de Palacio:

Señor: Yo, Gutiérre Fernández de Toledo, beso vuestras manos y me despido de la vuestra merced, pues voy para otro señor mayor que no vos. Y señor, bien sabe vuestra merced cómo mi madre, y mis hermanas y yo fuimos siempre, desde el día en que vos nacisteis, en la vuestra crianza, y pasamos muchos males, y sufrimos muchos miedos por vuestro servicio, en el tiempo que doña Leonor de Guzmán había poder en el reino. Señor, yo siempre os serví, empero creo que por deciros algunas cosas que cumplían a vuestro servicio, me mandaste matar, en lo cual, Señor, yo tengo que lo hicisteis por cumplir vuestra voluntad, lo cual Dios os lo perdone, más yo nunca lo merecí. Y ahora, Señor, dígoos tanto al punto de mi muerte (porque éste será el de mi postrero consejo), que si vos no alzáis el cuchillo y no excusáis de hacer tales muertes como ésta, que habréis perdido vuestro reino y tendréis vuestra persona en peligro. Y pídoos por merced que os guardéis y lealmente hablo, que en tal hora estoy, que no debo decir sino verdad. **[28]**

Traspasadas las lindes de la frontera, será el propio Papa quien se dirija a don Pedro con resuelta decisión:

[…] Mira que la fama de tus crímenes se extiende por todo el mundo y que ya suena en los oídos de todos el rumor de tus

pecados, que comprometen tu salvación, oscurecen el lustre de tu honor y tu real nombre, destrozado por los labios de la multitud.

No faltan autores cuyos estudios les han permitido reconstruir pasajes de esta historia:

Muerta doña María de Padilla, don Pedro declara ante las Cortes celebradas en Sevilla en 1362, que no la había llevado al matrimonio porque ya estaba casado en ella. Al acto se presentan tres testigos que confirman las palabras del rey: don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava; don Juan Alonso de Mayorga, canciller del Sello Secreto, y don Juan de Orduña, abad de Santander y capellán mayor. **[29]**

Aún queda, para la biografía de urgencia que estamos esbozando, un capítulo estremecedor: alude éste a la prisión y muerte de doña Blanca de Borbón. Según refiere Morayta, se hallaba cazando el rey en los alrededores de Medina cuando se le acercó un labriego, quien le reprochó el trato que daba a su esposa. Don Pedro le cree un mensajero de doña Blanca y, sin más requisito, ordena ejecutarla. Su guardador, Iñigo Ortiz de Zúñiga, tiene el valor de negarse a tan horrible crimen, por lo que es Juan Pérez de Rebolledo, en unión del ballestero de maza Juan Pérez de Jerez, el que cumple la sentencia.

Cuando esto ocurre, un mercenario francés, Bertrán Du Guesclin, bruñe el puñal que habrá de acabar con don Pedro de Castilla en el campamento de Montiel: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi Señor».

Capítulo III

Enrique IV el impotente y Juana de Avis

Semblanza de un rey envilecido

REPUDIADA su primera esposa, doña Blanca de Navarra, por don Enrique de Castilla, hijo del rey don Juan II y de la reina doña María, tal fracaso «no hizo más que avivar los rumores que aseguraban la incapacidad sexual del príncipe heredero». Como señala Palencia, «desde entonces empezaron a circular atrevidos cantares y coplas de palaciegos ridiculizando la frustrada consumación del matrimonio y aludiendo a la mayor facilidad que don Enrique encontraba en sus impúdicas relaciones con sus cómplices» **[30]**.

Para la obtención de la preceptiva licencia del Papa, «correspondíale a él [al príncipe Enrique] probar cómo la carencia de hijos era plenamente imputable a la reina»:

> *Probados, previa y sucesivamente que se agotaron todos los remedios entonces conocidos para provocar una procreación imposible, desde los tres años de cohábito hasta las oraciones, sin olvidar toda suerte de manipulaciones y aun de drogas, húbose de plantear el juez la ejecución de dos probanzas: la primera de ellas, en el propio cuerpo de la recusada, prueba que realizaron dos dueñas casadas de buena fama, honrado proceder y experiencia «in operae nuptiali», sometiéndola a sus reconocimientos digitales para concluir declarando que seguía «virgen incorrupta», y la segunda, simple consecuencia de la anterior para saber si Enrique, en su trato con otras hembras, portóse como «omme con muger», acaso parcial a favor de Enrique, tal y como escribe Marañón en su Ensayo biológico, inclinado a pensar de esta manera por*

testimonios como el de Hernando del Pulgar que, en su Crónica, asegura que las dueñas y doncellas de diversas edades y estados con quienes tuviera relaciones «confesaron que jamás pudo haber con ellas cópula». Impotencia de la que, añade el cronista, no sólo daban fe doña Blanca, su mujer, y todas las otras con las cuales tuvo estrecha relación, sino «más aún los físicos e las mugeres e otras personas que desde niño tuvieron cargo de su crianza». **[31]**

Ocurrió el 11 de mayo de 1453 y los testigos del fallo fueron Andrés de la Cadena, contador mayor de cuentas del príncipe; el bachiller Antón Gómez, regidor de Segovia; Juan Martínez de Turégano, capellán obispo de Acuña, y su familiar Sancho de Segovia, recibiéndose confirmación a cargo del arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, en nombre del papa Nicolás V.

Resueltos los impedimentos que se oponían a la disolución del matrimonio entre Enrique y Blanca, se procede a la celebración de nuevos esponsales, esta vez con doña Juana de Avis, quien, según mosén Diego de Valera, se trajo consigo doce doncellas generosas, para las que don Enrique debía encontrar maridos, según los linajes y estados que convenían, cumpliendo las arras, dotes y gastos de tales casamientos, «que trujese la reyna por su aya a doña Beatriz de Merueña, con cuatro doncellas hijas-de-algo, de poca edad. En el cual desposorio se hicieron muy grandes fiestas de justas y danzas, y de todas las otras formas acostumbradas de hacer en tal alto auto entre grandes príncipes» **[32]**.

Las palabras del rey, al solicitar la anulación de su matrimonio con doña Blanca y la celebración de nuevo matrimonio no parecen confirmar la impotencia de Enrique, según era rumor generalizado en todos los mentideros de España: «Como yo esté sin mujer, sería gran razón casarme, así por el bien de la generación que me suceda en estos reinos como porque mi real estado con mayor autoridad se presente».

No obstante, el matrimonio con doña Juana de Avis supone un fracaso más, sin duda cantado por cuanto «don Enrique era mucho más aficionado a mezclarse y holgarse con labriegos de buena presencia física que con mozas, fuesen de la clase social que fueran. Crecía don Enrique grueso y blanducho como su padre. Era pelirrojo, pecoso, de frente ancha y nariz roma» **[33]**.

Celebrado el matrimonio el 21 de mayo de 1455, Enrique siguió dando muestras de inapetencias por el sexo débil, en tanto doña Juana llegó a amanecer «virgen como había nacido». Sin embargo, ya en estas relaciones iniciales con la reina, don Enrique, desmintiendo sorprendentemente su fama, se siente atraído por doña Guiomar de Castro, dama de doña Juana, si bien «tenía el rey un paje bastante apuesto, hidalgo de Ubeda, llamado don Beltrán de la Cueva, y si doña Guiomar de Castro, con humor de reina arribista, se permitía mirar despectivamente a su señora, no tardó mucho don Beltrán en aprovecharse del buen acogimiento que le dispensaban a la par el rey y la reina, con lo que poco a poco iba convirtiéndose en el personaje más influyente de la corte» [34].

La corte, el pueblo, la nobleza, el clero y la juglaresca hablan de la impotencia del rey. El calificativo no deja de ser piadoso, estando don Enrique señalado por una lacra que durante siglos condujo a la horca a quienes la ostentaban. En cualquier caso, la impotencia parece cierta, pero sólo en determinadas circunstancias y con algunas personas, ya que sus galanteos con doña Guiomar de Castro —y antes con doña Catalina de Sandoval— eran tan notorios y acabados como para procurarle un palacio en las afueras de Madrid, lejos de los arrebatos de que en más de una ocasión había dado muestras la reina doña Juana. A tal respecto, la historia recoge un sabroso incidente que debió de inspirar el más desatado regocijo en gente ociosa.

Fue el caso que, queriendo el rey ofrecerles una fiesta, en la que se corrieran varios toros, a su esposa y a su hermana doña Isabel (la llamada a regir los destinos de España como Reina Católica), profesando esta infanta una indisimulable aversión a este tipo de diversiones, por cortesía hacia ella ordenó doña Juana que las damas se abstuvieran de asomarse a los balcones para presenciar la corrida. El mandato fue obedecido por todas, menos por doña Guiomar, quien «apareció en uno de los balcones ricamente ataviada, con la mayor ostentación que le fue posible». Esto vino a colmar la paciencia de la reina, quien, olvidándose de su estado y de su alta dignidad, fue hacia la amante del rey, «la tomó por el pelo, le rasgó el rico vestido, la hizo caer en tierra y —según un cronista de la época— “vengó bien sus agravios por mano propia”».

Hemos dicho que el apelativo de «impotente» no deja de ser

piadoso. Para entenderlo así basta recordar que el día en que Enrique IV celebra su segundo matrimonio, según cuenta Alonso de Palencia, «el conde don Gonzalo de Guzmán, que no conoció rival en su época en las bromas, chistes y agudezas, decía, burlándose de aquella vana celebración de las bodas, que había tres cosas que no se bajaría a coger si las viese arrojadas en la calle, a saber: la virilidad de don Enrique, la pronunciación del marqués y la gravedad de arzobispo de Sevilla» [35]. Para el conde de Plasencia, «don Enrique no podía llamarse hombre, con justicia, puesto que nada de tal en él se encontraba, y había tenido la avilantez de hacer pasar por suya la prole ajena». Se dice en las *Coplas de Mingo Revulgo*:

Ha dejado las ovejas
por folgar tras todo seto…

El propio Falencia afirma que don Juan Pacheco, el ayo puesto por don Alvaro de Luna al servicio de don Enrique, en los años de su adolescencia tenía ya con éste relaciones inconfesables. Gómez Cáceres obtiene el regio favor sin otros méritos que «su arrogante figura, su belleza y lo afable de su trato», historia que se repite con don Francisco Valdés, si bien éste huyó de las solicitaciones reales.

La relación podría ampliarse con Miguel de Lucas, que también tuvo que huir y refugiarse en el reino de Valencia; con un tal Alonso de Herrera, «al que los criados de don Pedro Arias hallaron *casualmente* en la cama del rey cuando iban a apresarlo (al parecer, don Enrique huyó en camisa con los pies y piernas desnudos) y con el mismísimo Beltrán de las Cuevas, supuesto padre de la hija ilegítima de don Enrique» [36].

Siendo muy aficionado a los moros —eran los que formaban su guardia—, Marañón recuerda que «la homosexualidad llegó a convertirse [entre los árabes españoles] en una relación casi habitual y compatible con las normales entre sexos distintos» [37]. Y termina Palencia: «Los moros de la guardia del rey corrompían torpísimamente mancebos y doncellas», mientras resuena en todos los rincones de España el lamento de Mingo, cronista coplero del rey bujarrón:

Andase tras los zagales
por aquestos andurriales
todo el día embebecido
holgazando sin sentido,
que non mira nuestros males…

Es cierto que don Enrique no miró nunca los males del pueblo, que clamaba por los valores inestimables de la justicia, la probidad, la honradez y la estimación propia. El cronista Palencia legará a la posteridad la más implacable semblanza del rey de Castilla:

[…] antes engañó repetidas veces a su madre y contrarió sus deseos de que amase a su mujer, haciendo en todo manifiesto alarde de ser enteramente ajeno al conyugal afecto. Bien claro lo demostraba el escaso trato con la esposa, las repentinas ausencias, la conversación a cada paso interrumpida, su adusto ceño y su afán por las excursiones a sitios retirados, no menos que el extremado descuido en el vestir. Usaba siempre traje de lúgubre aspecto, sin collar ni otro distintivo real o militar que le adornase; cubría sus piernas con toscas polainas, y sus pies con borceguíes u otro calzado ordinario y destrozado, dando así muestra de su pasión de ánimo. Desdeñó también toda regia pompa en el cabalgar, y prefirió, a usanza de la caballería árabe, la jineta propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos, respetable en la paz e imponente y fuerte en las expediciones y ejercicios militares. Las resplandecientes armas, los arreos, guarniciones de los caballos y toda pompa, indicio de grandeza, merecieron su completo desdén[…]

El propio Falencia continúa más adelante:

Embrazó la adarga con más gusto que empuñó el cetro, y su adusto carácter le hizo huir del concurso de las gentes. Enamorado de lo tenebroso de las selvas, sólo en las más espesas buscó descanso; y en ellas mandó cercar con costosísimo muro inaccesibles guaridas y construir edificios adecuados para su residencia y recreo, reuniendo allí colecciones de fieras escogidas

de todas partes. Para cuidarlas y alejar a las gentes, escogió hombres rudos y feroces que, mientras él se encerraba allí con algunos malvados, recorrían con armas y a caballo las encrucijadas, ahuyentando a los que pretendían saludar al rey o tratar con él algún negocio, porque, entregado completamente a hombres infames, no acogía de buen grado a ninguna persona de esclarecido linaje o de notable ingenio […]. Tal era don Enrique cuando a los diez y seis años celebra aquella farsa de matrimonio, si bien durante algún tiempo no despreció abiertamente a su esposa, y aun pareció tener en algo el afecto del suegro, sin embargo, mientras ella se esforzaba por agradarle y ganar su cariño, él hubiera deseado que otro cualquiera atentase al honor conyugal para conseguir, ajena prole que asegurase la sucesión al trono; pero como la casta consorte rechazase en una lucha sin testigos tamaña maldad, aquel estudiado cariño e inútil trato fueron entibiándose de día en día. **[38]**

Según Eslava Galán, don Enrique «se excitaba prostituyendo a su joven, hermosa y desenfadada esposa» **[39]**, lo que viene a confirmar la conjetura del cronista según la cual «la principal causa de su yerro [el adulterio de la reina] había sido el rey, a quien placía que aquellos privados, en especial don Beltrán de la Cueva, hubiesen allegamiento con ella, y aún se decía que él rogaba y mandaba a ella que lo consintiese».

No todos los galanes podían vanagloriarse de ver la puerta franca.

En 1467, doña Juana quedó bajo la custodia del arzobispo de Sevilla, que la llevó al castillo de Alahejos. Según el cronista Falencia, el arzobispo perdió el seso con la prenda que en rehenes le había entregado don Enrique. El prelado la llevaba a cazar, y en plena jornada cinegética intentaba aprovecharse de los favores de la reina. Hay quien asegura que éste fue el motivo por el Cual doña Juana huyó del castillo de Alahejos, y que esta actitud le granjeó el odio perpetuo del arzobispo, que no pudo ver cumplidos sus deseos de poseer a la hermosa dama. Lo cierto es que quien galanteó a la reina fue el sobrino del prelado, don Pedro de Castilla, alias El Mozo, sobrino de Pedro I de Castilla, con el que

huyó, voluntariamente, del mencionado castillo. **[40]**

El relato de esta huida supera el interés de las más apasionantes narraciones de aventuras:

> *La reina doña Juana, que contra su grado la habían llevado a la fortaleza de Alahejos en poder del arzobispo de Sevilla, estaba muy descontenta de verse puesta debajo de su mano, e hizo cierto trato con algunos del alcaide para que una noche se descolgase por los adarbes. Y daba la orden de cómo se había de hacer, vino Luis Hurtado, hijo de Ruy Díaz de Mendoza, a cierta hora diputada para esto, y puesto secretamente al pie de la fortaleza, la reina se descolgó en un cesto; y como la soga con que la descolgaban era corta, soltaron la soga, y cayó en tierra: por manera que se lijó un poco en la cara y en la pierna derecha. Pero luego que así cayó, fue arrebatada y puesta en las ancas de la mula de Luis Hurtado, y así a más andar sin parar, se vino con ella hasta la villa de Buitrago, donde estaba su hija.* **[41]**

En una situación insostenible, de arbitrariedades y prácticas corruptas alentadas por la indolencia del rey, que sólo se ocupa en dar satisfacción a sus perversiones sexuales, procurar la infidelidad de la esposa y promover desorganizadas incursiones a tierras de moros, aquél al que se atribuye el más frecuente asedio al dormitorio de doña Juana de Avis, don Beltrán de la Cueva, obtiene del rey de Castilla toda clase de prebendas y privilegios. Nombrado conde de Ledesma y mayordomo mayor de palacio, el propio rey le allana el camino para su casamiento con una hija del marqués de Santillana —lo que equivalía a formar parte del influyente clan de los Mendoza—, aparte de obtener la villa de Alburquerque y el maestrazgo de la Orden de Santiago que hasta entonces ostentaba el infante don Alonso, hermano del rey Trastámara. ¿Fueron estas canonjías las que incitaron a la calumnia en boca del valido don Juan Pacheco, marqués de Villena, quien celoso del poder adquirido por don Beltrán de la Cueva le atribuyó la paternidad de la infanta, a la que el pueblo empezó a llamar *La Beltraneja*?

Es éste un pleito que la historia no resolverá nunca, mientras el descontento generalizado consigue la unión de la nobleza y el clero

en una conjura que, con la determinación más resuelta, llegaba a exigir del rey, entre otras concesiones, la erradicación de unas lacras de las que se hacía único responsable a don Enrique: quebrantamiento de las leyes, alteración de la moneda, perversidad de las costumbres, disolución de la disciplina militar, menosprecio de la religión cristiana, licencia para cometer toda clase de crímenes… En cuanto a don Beltrán, se decía al rey: «Ha deshonrado vuestra persona y casa real, ocupando las cosas sólo a Vuestra Alteza debidas, que hiciese a los grandes de vuestros reinos y a las ciudades jurar por primogénita y heredera de ellos a doña Juana, llamándola princesa no siéndolo…».

Recibió don Enrique, con su nunca desmentida insensibilidad, esta insultante protesta. Don Lope Barrientos, obispo de Cuenca y antiguo ayo suyo, le dijo con bélica energía que no le restaba más medio que sujetar por las armas a los conjurados, a cuyo requerimiento respondió el rey:

—Los que no habéis de pelear, padre obispo, y no ponéis las manos en las armas, sois muy pródigos de las vidas ajenas. Bien parece que no son vuestros hijos los que han de entrar en la pelea.

El obispo, indignado, le replicó:

—Señor, pues que Vuestra Alteza no quiere defender su honra ni vengar sus injurias, no esperéis reinar con gloriosa fama. De tanto os certifico que desde ahora quedaréis por el más abatido rey que jamás hubo en España y arrepentiros habéis, señor, cuando no aprovechare.

El colofón de la conjura contiene rasgos de esperpento:

> *Entretanto que el rey llegaba a Salamanca con la reina y la infanta su hermana, el arzobispo de Toledo se apoderó de la ciudad de Avila y del cimorro de la iglesia mayor, que estaba en su mano; y así apoderado, vinieron allí luego los caballeros que estaban en Plasencia con el príncipe don Alonso […], los cuales mandaron hacer un cadalso fuera de la ciudad en un gran llano, y encima del cadalso pusieron una estatua asentada en una silla, que decían representar la persona del rey, la cual estaba cubierta de luto. Tenía en la cabeza una corona, y un estoque delante de sí, y estaba con bastón en la mano. Y así puesta en el campo, salieron todos éstos ya nombrados acompañando al príncipe don Alonso*

hasta el cadalso. Donde llegados, el marqués de Villena y el maestre de Alcántar y el conde de Medellín, y con ellos el comendador Gonzalo de Saavedra y Alvar Gómez tomaron al príncipe y se apartaron con él un gran trecho del cadalso. Y entonces los otros señores que allí quedaron, subidos en el cadalso, se pusieron al derredor de la estatua; donde en altas voces mandaron leer una carta más llena de vanidad que de cosas sustanciales, en que señaladamente acusaban al rey de cuatro cosas: que por la primera, merecía perder la dignidad real, y entonces llegó don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y le quitó la corona de la cabeza. Por la segunda, que merecía perder la administración de la justicia, y así llegó don Alvaro de Zúñiga, conde de Plasencia, y le quitó el estoque que tenía delante. Por la tercera, que merecía perder la gobernación del reino, y así llegó don Rodrigo Pimental, conde de Benavente, y le quitó el bastón que tenía en la mano. Por la cuarta, que merecía perder el trono y asentamiento de rey, y así llegó don Diego López de Zúñiga y derribó la estatua de la silla en que estaba, diciendo palabras furiosas y deshonestas. **[42]**

Casi todo se había consumado y, mientras la reina doña Juana verá pasar las horas interminables hasta su muerte, acogida a la hospitalidad de Portugal, nadie puede suponer que, por las veleidades del destino, con la coronación de la hermana del rey, Isabel I de Castilla, las campanas de toda España se aprestan a tañer por días de gloria y de ventura, en tanto cantan los juglares la última afrenta al rey impotente:

La soldada que le damos
y aun el pan de sus mastines
cómesele con ruines,
¡guay de nos que lo pagamos!

Capítulo IV

Fernando V de Aragón e Isabel I de Castilla

El ejemplo de una mujer excepcional

CON toda probabilidad el lector de estas historias se mostrará un tanto sorprendido al comprobar que entre ellas incluimos a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón como una de las parejas de la realeza española marcadas por el infortunio. La arrolladora personalidad de la Reina Católica, su exquisita prudencia y la ventura de compartir el trono con un hombre singularmente capacitado, político de pulso firme y príncipe adornado con los méritos más sobresalientes, han hecho que la dignidad de la reina y el silencio que la misma le aconsejaba fuesen aceptados como signos inequívocos de dicha. Sin embargo, doña Isabel de Castilla debió de ser una mujer desventurada a causa de la predisposición de Fernando el Católico hacia las mujeres —¿qué mujer es feliz sabiendo de la permanente infidelidad del marido?—, enlazada a una serie de defectos que, si en la estimación de la historia eran compensados por una asombrosa habilidad política, capaz de convertir a España en la nación más respetada y temida de Europa, en sus relaciones con Isabel no dejaban de marcar la evidencia de un matrimonio desdichado. Es lo que se deduce de la lectura de una obra fundamental para conocer el carácter, la insensibilidad y los deméritos de un hombre, Fernando el Católico, que Maquiavelo adoptó como ejemplo de su *Príncipe*: nos referimos a la *Historia del reinado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, del norteamericano Guillermo Hickling Prescott, en la que, aparte de otras descalificaciones a las que aludiremos más adelante, hallamos

este diagnóstico demoledor:

> *Su educación, por efecto de la turbulencia de los tiempos, había sido muy descuidada en su niñez […] No es tan fácil eximir a don Fernando del cargo de perfidia que los escritores extranjeros le han echado tan de continuo […] Abandonó a sus aliados cuando así convino a sus intereses […] Desgraciadamente para su popularidad, carecía de aquella franqueza y cordialidad, de aquella expansión del alma que inspira amor […] Frío y calculador aun en las cosas más pequeñas, era bien claro que todo lo refería a su persona y parecía que sólo estimaba a sus amigos por los servicios que podían prestarle, sin que se acordara después de estos servicios […] Don Femando se manifestó indigno de la admirable mujer con que estuvo unido su destino, entregándose a las licenciosas galanterías tan generalmente admitidas en aquel siglo.* [43]

El historiador Zurita, por su parte, escribe en sus *Anales*: «Fue notado no sólo de los extranjeros, sino de los naturales, que no guardaba la verdad y la fe que prometía, y que se anteponía siempre y sobrepujaba el respeto de su propia utilidad a lo que era justo y honesto». Con ello resulta indudable la incompatibilidad entre un hombre dado sin reservas a su propio egoísmo y la mujer que, cuando el arzobispo Carrillo le ofrece la corona, en detrimento del rey Enrique IV, su hermano, le responde:

—Yo os agradezco mucho esta voluntad y afición que mostráis a mi servicio, y deseo poder en algún tiempo gratificarlas; pero aunque la voluntad es buena, que estos vuestros intentos no agradan a Dios da bien a entender la muerte de mi hermano mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mudanzas de estado, ¿qué otra cosa acarrean al mundo sino males más graves, parcialidades, discordias, guerras? Por evitar los cuales, ¿no será mejor disimular cualquier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas, ni la razón de mandar, sufren que haya dos reyes. Ningún fruto hay temprano y sin sazón que dure mucho: yo deseo que el reino me avenga muy tarde, para que la vida del rey sea más larga y su majestad más durable. Primero es menester que él sea quitado de los ojos de los hombres que yo acometa a tomar el nombre de reina. Volved pues

al reino de don Enrique mi hermano, y con esto restituiréis a la patria la paz. Este tendré yo por el mejor servicio que me podéis hacer, y éste será el fruto más colmado y gustoso que de ésta vuestra afición podrá resultar.

No obstante, sobre el tablero de la historia la suerte está echada, sobre todo desde que, efectuado el pacto llamado de *los Toros de Guisando*, Isabel queda reconocida públicamente heredera de Castilla, desahuciada la presunta hija de Enrique IV, Juana la Beltraneja, como fruto de los amores de la reina (Juana) con el favorito Beltrán de la Cueva. Es, para Isabel, la hora de los pretendientes, entre los que destacan don Pedro Girón, conde de Ureña, y el rey don Alonso V de Portugal, llamado *El Africano*. Sin embargo, resuelta Isabel a decidir por sí misma, lo dispone todo para encontrarse secretamente con don Femando, hijo del monarca aragonés:

> *Éste llegó a las Dueñas, en donde le aguardaba la princesa, disfrazado de arriero y fingiendo servir como mozo de mulas a cuatro caballeros aragoneses, que en realidad eran sus gentiles-hombres. Y al anochecer del día 14 de octubre de este año de 1469, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón estaban frente a frente por primera vez en sus vidas, teniendo por testigos de su encuentro al conde de Treviño y a los caballeros aragoneses que habían hecho el viaje con el rey de Sicilia, quien era un año y cuatro meses más joven que su novia, puesto que había nacido en Sos el 10 de mayo de 1452. Quedó la pareja muy gratamente impresionada mutuamente; tenía entonces doña Isabel dieciocho años cumplidos en enero y diecisiete habían pasado en mayo del nacimiento de don Fernando.* [44]

Suscritas las correspondientes capitulaciones, todo quedaba listo para el matrimonio, excepto la dispensa papal, dado el impedimento de consanguinidad. Este escollo queda solventado en cuanto el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, muestra a doña Isabel una bula por la que el papa, Pío II, otorgaba dicha dispensa. Trasladados Isabel y Fernando a Valladolid, celebraban su enlace el 19 de octubre de 1469, pero, al comprobarse que la bula es falsa, se envía a Roma una embajada en solicitud del preceptivo permiso.

Definitivamente, a pesar de la guerra civil emprendida, para Juana la Beltraneja no queda la más remota posibilidad de ser algún día reina de España. La conducta deshonesta de Juana de Avis no dejaba el menor resquicio a la duda. Muerto el rey el 11 de diciembre de 1474, cuando le faltaba menos de un mes para cumplir los cincuenta, «su viuda se retiró a residir en unas modestas habitaciones junto a la iglesia de San Francisco, en donde es fama que quiso hacer penitencia por sus pecados y por los males que con su licenciosa conducta había acarreado al reino, y fallecía poco después, avejentada prematuramente, el 13 de junio de 1475» [45].

El cronista de los Reyes Católicos, Hernando del Pulgar, describe con singular agudeza la figura excepcional de Isabel de Castilla:

> *Esta reina era de comunal estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia; los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre. Era mesurada en la continencia y movimientos de su persona; no bebía vino. Era muy buena mujer; placíale tener cerca de sí mujeres que fuesen buenas y de linaje. Criaba en su palacio doncellas nobles hijas de los grandes de su reino, lo que no leemos que hiciese ninguna otra reina. Hacía poner gran diligencia en la guarda de ellas y de las otras mujeres de su palacio; y dotábalas magníficamente y hacíalas grandes mercedes por casarlas bien. Aborrecía mucho las malas. Era muy cortés en sus hablas. Guardaba tanto la continencia del rostro, que aun en los tiempos de sus partos encubría su sentimiento y esforzábase a no decir ni mostrar la pena que en aquella hora sienten y muestran las mujeres. Amaba mucho al rey su marido, y celábalo fuera de toda medida. Era mujer muy aguda y discreta, lo cual vemos raras veces concurrir en una persona, hablaba muy bien y era tan excelente su ingenio, que en común de tantos y tan arduos negocios como tenía en la gobernación de sus reinos, se dio el trabajo de aprender letras latinas y alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto, que entendía cualquier habla o escritura latina. Era muy católica y devota, hacía limosnas secretas y en lugares debidos honraba las casas, de religión, aquéllas donde conocía que guardaban vida honesta, y dotábalos*

magníficamente[…].

Cuando Enrique IV y su valido el marqués de Villena conocieron la boda de Isabel y Fernando montaron en cólera, denunciando el pacto de los Toros de Guisando, lo que infundía nuevos estímulos a los partidarios de La Beltraneja para redoblar su lucha para la conquista del trono. Las dotes diplomáticas de Isabel, sin embargo, iban a obrar el milagro y, solicitada audiencia a su hermano el rey, ambos acabaron fundiéndose en un abrazo, confirmándose con ello la legitimidad de Isabel para acceder al trono castellano. Por otra parte, los acontecimientos que vinieron a perfilar su reinado fueron de tal envergadura —descubrimiento de América, conquista de Granada, establecimiento del Santo Oficio, expulsión de los judíos, institucionalización precursora de la unidad de España, publicación de la primera gramática castellana—, que sólo unos gobernantes de valor extraordinario podían afrontarlo con vocación de universalidad. Como escribe Pierre Vilar, al mantenimiento del espíritu castellano, «reconquistador y medieval, debería el poderío español, en su apogeo, su originalidad, su grandeza y seguramente algunas de sus flaquezas»[46].

Pero si en el aspecto político todos los litigios se resolvieron en triunfo, en el matrimonial fueron numerosas las lagunas que sólo la excelsa dignidad, el talento y la prudencia de la Reina Católica pudieron salvar del naufragio.

Su vida matrimonial con don Fernando estuvo condicionada por numerosas y a veces largas separaciones, impuestas por las necesidades políticas. Hubo problemas matrimoniales por razones de Estado, debidos sobre todo a las suspicacias que despertaba don Fernando entre los castellanos por su afán de gobierno personal, lo que estuvo a punto de producir una total separación entre los dos esposos, incluyendo la marcha definitiva de don Fernando a sus estados aragoneses. No obstante, se opuso el buen sentido y en 1475 se firmaba la Concordia de Segovia, que respetaba el espíritu del famoso lema «Tanto monta, monta tanto…». También debió de producir a doña Isabel una gran aflicción los cuatro hijos naturales habidos por don Fernando con otras damas, pero conociendo las flaquezas de su esposo en cuestión de mujeres, tuvo

la suficiente entereza de no aburrirle jamás con escenas de celos, pues bien sabía que pedir a su cónyuge una estricta castidad fuera del matrimonio era pedir demasiado. **[47]**

La historia no ha sido pródiga a la hora de tratar los amores adulterinos del rey, conformándose con reseñar los nombres de las amantes más popularizadas por las habladurías de salones y mentideros: Aldonza Roy y de Ivorra, Joana Nicolau, Tota de Larrea, una portuguesa apellidada Pereira…, receptoras de un vigor tan poderoso, que cuando declina —pasados los años, viudo Femando y vuelto a casar con Germana de Foix—, será un método para revitalizarlo el que le produzca graves desarreglos físicos de los que no llegó a recuperarse.

En la actualidad se cree que, a tenor de este «feo potaje» (suministrado al rey por doña Germana), las turmas de toro tuvieron que ser mezcladas con un preparado de «cantáridas», filtro amoroso de gran nocividad. La cantaridina es una sustancia cáustica, potencialmente peligrosa, que se logra después de pulverizar y secar las alas de la cantárida, escarabajo originario del sur de Europa. La cantaridina, tomada por vía interna, provoca irritaciones en los genitales y riñones, lo que hace aumentar los deseos sexuales, aunque la cantaridina es imprevisible y a veces no provoca estimulaciones positivas. Hoy en día se sabe que una sobredosis de cantaridina puede ocasionar la muerte. Por lo tanto, una dosis inadecuada de esta sustancia sería la causa de los graves desarreglos físicos y morales sufridos por Fernando del Católico a partir de marzo de 1513. **[48]**

Fernando el Católico, antes de casarse, ya tuvo en Aldonza Roig, vizcondesa de Evol, un hijo, don Alonso de Ragaón, que llegaría a ser arzobispo de Zaragoza. Una vez casado, tuvo en una señora de la villa de Tárrega, una hija, doña Juana de Aragón, a la que el padre quiso casar en Escocia, y otros hijos en otras dos señoras, vizcaína una y otra portuguesa, las dos de nombre María, que murieron en el convento de Santa Clara, de Madrid. En cuanto a la aventura del rey con Juana Nicolau, «los datos del calendario indican que don Fernando llevaba varios meses separado de doña

Isabel. Demasiado para mantenerse sin compañía femenina en aquellos días de 1473 cuando disfrutaba de cierto descanso y celebraba en la población catalana su reciente victoria sobre los franceses en Pepiñán»[49]. Éstas, y otras muchas formaban el cortejo galante del rey, sin que en los entramados amatorios faltase la audaz desvergonzada que cantó a su paso:

Por mi gran ventura
amo a un gran señor;
rey es de Castilla
y eslo de Aragón.

A la luz de la nueva historiografía —no muy explícita, pero sí suficientemente documentada—, podemos hacernos una idea cabal de lo que significaron para doña Isabel estas infidelidades, que sin duda soportó en silencio por saber que de sus cordiales relaciones con el rey podía depender la prosperidad de sus estados. Cierto es que, como testimonia Marineo, la reina «amaba de tal manera al rey, que andaba sobreaviso a ver si él amaba a otras. Y si sentía que miraba a alguna dama con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y maneras con que despedir a aquella tal persona de su casa con mucha honra y provecho».

Porque Isabel amaba a Fernando con absoluta entrega y ni siquiera las graves preocupaciones del gobierno le impedían atenderlo con exquisita solicitud, hasta el punto de que «preciábase de no haberse puesto su marido camisa que ella no hubiese hilado», según atestigua Flórez.

Para cada conflicto, la solución más acertada; para cada exceso, la frase que resume su censura inapelable. Cuando Cristóbal Colón envía indios para ser vendidos, la reina traduce su enojo en la pregunta: «¿Quién es el almirante para hacer esclavos a mis vasallos?».

Siempre, en cada momento, el rey su esposo, en pie de igualdad, hasta exigir a su cronista Hernando del Pulgar que «en todo dicho o hecho los mentase juntos; y comoquiera que alguna vez don Hernando no lo hizo así, recibió severa reprimenda. Acaeció, pues, que habiendo la Reina parido, y escribiendo Pulgar en qué día y hora, dijo: “En tantos de tal mes y año parieron los reyes nuestros

señores…”».

Del temple y equilibrio de Isabel, de la devoción y el respeto que sentía hacia su confesor fray Hernando de Talavera, pero también de su entereza para defender lo justo incluso enfrentándose a las palabras del eclesiástico, nos ha quedado la respuesta de la Reina Católica a Talayera, tras haberle reprochado éste la ostentación de sus vestidos y su asistencia a los bailes y a los toros:

> *[…] Los trajes nuevos no hubo ni en mí ni en mis damas ni aun vestidos nuevos, que todo lo que allí vestí había vestido desde que estamos en Aragón, y aquello mismo me habían visto los otros franceses. Sólo un vestido hice de seda y con tres marcos de oro, lo más llano que pude; ésta fue toda mi fiesta de las fiestas. El llevar las damas de las riendas, hasta que vi vuestra carta nunca supe quién las llevó ni ahora sé sino quién se acertó por ahí, como suelen cada vez que salen. El cenar los franceses a la mesa es cosa muy usada y que ellos muy de continuo usan (que no llevarán de acá ejemplo de ello) y que acá cada vez que los principales comen con los reyes, comen los otros en las mesas de las salas de damas y caballeros, que así son siempre allí, nunca son de damas solas. Y esto se hizo con los borgoñones cuando el bastardo, y con los ingleses y portugueses, y antes siempre de semejantes convites, que no sea más por mal y con mal respeto que de los que vos convidáis a vuestra mesa, dígoos esto porque no se hizo cosa nueva, y en qué pensásemos que había yerro, y para saber si lo hay, aunque sea tan usado que si ello es malo, el uso no lo hará bueno, y será mejor desusarlo cuando tal caso viniese, y por esto le pescudo. Los vestidos de los hombres, que fueron muy costosos, no los mandé, mas estorbélo cuanto pude y amonesté que no se hiciere.*
>
> *De los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto, más luego allí propuse con toda determinación de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran.* **[50]**

Para el famoso «Cura de Los Palacios», Andrés Bernáldez, en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Isabel fue «soberana en el mandar, muy liberal en sus justicias, justa en sus juicios, siempre proveída de muy alto Consejo, sin el cual nunca se movía. Amiga de su casa, reparadora de sus criadas y de sus doncellas, muy

concertada en sus hechos […] Fue la más temida y acatada reina que nunca fue en el mundo, que todos los duques, maestres, condes, marqueses y grandes señores la temían y habían temido de ella».

Con estos precedentes, es fácil adivinar la tristeza que para la reina supondría la continuada infidelidad de un marido al que se había entregado en cuerpo y alma. Un marido, el rey Fernando, que sin duda dio motivos para ser juzgado con rigor por el historiador Prescott, al escribir:

> *Testigo, la poca generosidad con que pagó a Colón, al Gran Capitán, a Navarro, a Cisneros, los hombres que más brillo y más beneficios derramaron al mismo tiempo sobre su reinado, testigo también su poco aprecio de las virtudes y del acendrado amor de doña Isabel, cuya memoria deshonró tan pronto, por su enlace con quien bajo ningún concepto era digna de sustituirla.*

Poco a poco los trabajos, las aflicciones por la muerte de seres muy queridos para ella, el ajetreo constante al que la impulsaba su afán de acompañar a los soldados en campaña y el dolor íntimo, callado, que le producía la conducta mujeriega de don Fernando, van acabando con la resistencia de Isabel de Castilla. Pedro Mártir de Anglería escribe al conde de Tendilla: «Todo su sistema se halla dominado por una fiebre que la consume; rehúsa toda clase de alimentos, y se halla de continuo atormentada por una sed devoradora, y la enfermedad parece que va a terminar en hidropesía».

No obstante, el mal que acabará con la reina es el provocado, o al menos agravado, por la costumbre —y la necesidad— de montar a caballo, lo que le produce, al decir de Mariana, «cierta enfermedad fea, prolija e incurable que tuvo a lo postrero de su vida». Probablemente, un cáncer de recto; de ahí que el cronista Pedro Monje hablara de que «le vino una úlcera secreta que el trabajo y la agitación del caballo le habían causado en la guerra de Granada. Su valor le causó el mal, su pudor lo mantuvo y, no habiendo querido exponerlo jamás a las manos ni a las miradas de los médicos, murió al fin por su virtud y su victoria» [51].

Unos días antes de la gravedad extrema, Isabel redacta un codicilo a su testamento y en él incluye un párrafo que debería

figurar, con letras de oro, en todas las ciudades y pueblos de Iberoamérica: «Que no consientan [los príncipes] ni dé lugar a que los indios, vecinos y moradores de dichas Indias y tierra firme, ganadas o por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes; mas manden que sean bien y justamente tratados. Y si algún agravio han recibido, lo remedien y provean».

Apasionadamente enamorada de su marido, será su última voluntad que sus cuerpos reposen juntos cuando Dios los llame al juicio inapelable:

> *Y quiero y mando que mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de San Francisco que es en el Alhambra de la ciudad de Granada, siendo de religiosos de la dicha Orden, vestida en el hábito del bienaventurado pobre en Jesucristo San Francisco, en una sepultura baja en el suelo, llana con sus letras esculpidas en ella, pero quiero y mando que si el rey mi señor eligiese sepultura en cualquier otra iglesia o monasterio de cualquier otra parte o lugar de estos Reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado o sepultado junto con el cuerpo de Su Señoría por que el ayuntamiento que tuvimos y que nuestras almas espero en la misericordia de Dios tendrán en el Cielo, lo tengan y representen nuestros cuerpos en el suelo.*

Capítulo V

Felipe el Hermoso y Juana la Loca

El estigma de la locura de amor

AL CAER las primeras tinieblas sobre el paisaje, la buena gente de Tordesillas se apresura a recluirse en sus casas y cerrar puertas y ventanas, dominada por un temor supersticioso. Es que a esa hora la población se estremece con los gritos prolongados de la reina Juana, como si la noche despertara *los tenebrosos fantasmas de su cerebro*, trémulos los cirios que acompañan el descanso eterno de Felipe de Habsburgo, archiduque de Austria.

Se había acordado el encuentro para la tarde del 18 de agosto de 1496 y, según relatan las crónicas, el enamoramiento mutuo fue tan vehemente y profundo que, al fin de poder consumar el matrimonio aquella misma noche, «a pesar del escándalo y la oposición de la corte», hicieron venir a un sacerdote y se casaron sin más dilaciones. Natural fue que sucedieran así las cosas, siendo el archiduque

> *un joven ágil y vigoroso; de cuerpo bien proporcionado, el rostro era agraciado, aunque sin duda la leyenda ha exagerado su apostura, contribuyendo aquélla más que la realidad al remoquete con el que solamente después de su muerte comenzó a denominársele: El Hermoso. Don Felipe era vanidoso en grado extremo y, a pesar de su juventud, había gozado ya bien de las mieles del amor fácil estando acostumbrado a no sufrir desdén de dama alguna de sus estados en quien pusiera ocasionalmente los ojos.* **[52]**

Pasado el tiempo, estando doña Juana embarazada, como Felipe

fuera soberano de Flandes por herencia de Maximiliano I de Austria, hubo de trasladarse a aquellas tierras, pareciendo lógico que Juana pugnara por acompañarlo. No obstante, al ser tiempo en que se extremaban las temperaturas del invierno, dada la situación de la infanta, su marido se negó a ello, manifestándose en Juana —que ya había dado muestras de preocupantes desequilibrios psíquicos— un brote esquizofrénico que, a partir de aquellas fechas, día a día iba a poblar el porvenir de muy negros augurios, por lo que, decidida a llevar a cabo su descabellado propósito, una tarde de noviembre salió de sus habitaciones del castillo de la Mota, en Medina del Campo, a medio vestir y, corriendo por los pasillos de la fortaleza, ganó la verja, dispuesta a embarcarse hacia tierras flamencas.

> *El gobernador y las damas la suplican para que se retire a sus aposentos, pero Juana se obstina en no moverse. Toda la tarde y parte de la noche, una noche glacial, la pasó en este patio temblando de frío, los ojos fijos en la lejanía, como una alucinada. Deciden por fin avisar a doña Isabel (su madre) y cuando llegó la reina la encuentra en esta posición y con dulces ruegos consigue que abandone su actitud, no sin antes escuchar de su propia hija improperios y palabras soeces, que perdona por comprender el estado mental en que se encuentra la infeliz doña Juana. Doña Isabel se ve obligada a consentir la partida de su hija, sabedora de que es la única solución que pondrá fin a este trastorno mental, que se irá acrecentando con las continuas infidelidades de don Felipe.* **[53]**

Juana, obsesionada por captar la voluntad de su marido, compensa sus escenas de celos con las de la seducción más avezada y, para ello, encuadra en su séquito a unas moriscas que resultaron unas auténticas expertas; éstas, como testimonia el doctor Vallejo-Nágera,

> *pasan a ocuparse a diario de ella, bañándola y ungiéndola con bálsamos perfumados. Tanta limpieza y perfume [la primera, nada frecuente en la época] algún incentivo deben añadir, y una apasionada noche de amor es interpretada por Juana como fruto*

del arte de las moriscas, de las que no quiere prescindir, convirtiéndose el tema en motivo de grandes altercados, pues Felipe las detesta. Ya en España había expresado a sus suegros [Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón] la repugnancia y extrañeza que le producía la presencia de los moriscos, y ahora tiene que soportar esta intromisión en su intimidad. Lo que hasta entonces pudo parecer razonable comienza a teñirse nuevamente de patológico: Juana se lava varias veces al día la cabeza, empleando en ello muchas horas. El matiz esquizofrénico se acentúa progresivamente. Entra en una fase negativista: dice a todo que no; pasa días enteros con la mirada extraviada en el vacío, o en completa inmovilidad de tipo catatónico, o con estereotipias, como canturrear incesantemente entre dientes […]. Felipe, en ocasiones, la encierra en un cuarto contiguo, y ella pasa la noche golpeando la pared. [54]

La vigilancia a la que Juana somete a su marido es permanente. En cierta ocasión descubre a una damita cortesana con un trozo de papel en la mano y enseguida sospecha que se trata de una misiva de Felipe. Sin más preámbulo, Juana le exige la entrega y la muchacha no sólo se niega a devolver el papel, sino que se lo traga para hacer imposible su lectura. Totalmente fuera de sí, al ver que son inútiles sus esfuerzos para sorprender a su esposo en flagrante delito de infidelidad, toma unas tijeras y le corta las trenzas a la dama. La reacción de Felipe se traduce en una bofetada que da con doña Juana en el suelo, episodio que es comentado en todas las cortes europeas, pendientes de los sucesos de España, sobre todo cuando —el 26 de noviembre de 1504— muere la reina Isabel y se anuncia el ritual de nombrar heredera. «Si yo usé de pasión —confiesa Juana a su padre a través de De Vayre, al recordar la anécdota de las tijeras— y dejé de tener el estado que convenía a mi dignidad, notorio es que no fue otra causa que los celos, y no sólo se halla en mí esta pasión, mas la reina, mi Señora, a quien Dios dé Gloria, que fue tan excelente y escogida persona, fue asimismo celosa» [55] .

Antes de llegar a estos extremos, como se celebrara una animada fiesta en los salones de palacio, doña Juana, faltando a la prescripción de los médicos que, dado su avanzado estado de

gestación le prohíben asistir a ella, acude al sarao para vigilar de cerca a su esposo y, al poco, se le presentan los síntomas del parto. Como no hay tiempo que perder, para tan apremiante suceso se habilita un cuarto próximo acondicionado para retrete, y así es cómo, entre hedores y detritus, viene al mundo quien habrá de gobernar, como emperador, la nación más poderosa del mundo.

Ocurrida la muerte de doña Isabel, entraba en funcionamiento la cláusula testamentaria por la que el rey Fernando había de seguir gobernando como regente, mientras Felipe tendría que conformarse con las escasas funciones representativas como rey consorte. En esta situación, estando en Bruselas, Juana escribe a su padre ratificándole en sus poderes hasta que ella, como reina de Castilla, quiera decidir tal cosa.

> *Con esta disposición, doña Juana sólo pretendía humillar a su esposo y demostrarle que no era un objeto despreciable sometido al capricho de su voluntad, y así, cuando lo tuviera suplicante a sus pies, podría elevarlo a lo más alto, haciéndole partícipe de su fortuna y del trono. Pero la carta fue interceptada por don Felipe que, a partir de este momento, tomó las medidas oportunas para que su esposa quedase aislada en sus apartamentos.* **[56]**

Estando en éstas, de vuelta en Burgos, el rey asiste a una fiesta en honor de uno de sus favoritos, don Juan Manuel. Tras una intensa partida de pelota, estando aún muy acalorado por el ejercicio, don Felipe bebe un jarro de agua muy fría «con abundancia y avidez», lo que le produjo una fiebre alta a la que los médicos no dieron importancia. El mal, sin embargo, venía con las más aviesas intenciones y, a los seis días, el rey consorte de Castilla entregaba su alma a Dios, cuando acababa de cumplir los veintiocho años.

Juana no se separó un solo instante del lecho en el que agonizaba su marido, a pesar de su embarazo de seis meses y, cuando se produjo el fatal desenlace, no se inmutó, quedando como petrificada ante el cuerpo inerte de Felipe, sin derramar una sola lágrima.

> *El dolor y la desesperación de ver morir, tan rápido, a su joven*

esposo, fue inmensa y patética. Silenciosa y rígida, no escuchaba las voces de consuelo y afecto que le prodigaban, encerrándose en un mutismo absoluto. Era imposible separarla del cadáver. Arrodillada al lado de su lecho, le acariciaba y besaba, musitándole dulces palabras de cariño, como si todavía permaneciera vivo. Para doña Juana el mundo no existía, y la vida se había parado en el momento mismo en que su amado exhalaba el último suspiro. Todo lo rechazaba, las consultas sobre asuntos de gobierno, los documentos que le presentaban para su firma, las audiencias de embajadores. En su mente atormentada, sólo una idea era persistente: permanecer junto al cadáver de su esposo. [57]

Se inicia así uno de los más estremecedores capítulos de la España tétrica y fúnebre con la que Europa intentó siempre la caricatura. Un tenebroso cortejo por los caminos polvorientos de Castilla, con etapas rendidas en Burgos, Hornillo, Tórtoles, Arcos, Tordesillas; una procesión fantasmal, siempre de noche —la reina dice que una viuda no debe disfrutar la alegre luz del día—, el ataúd entre hachones temblorosos y una orden terminante: que ninguna mujer pueda asomarse a la puerta o a las ventanas a presenciar el paso del cortejo, como si la mirada impúdica de alguna de ellas fuera a desvelar el sueño para siempre del esposo.

Al iniciarse el año 1509, doña Juana decide trasladarse a Tordesillas, con el beneplácito de don Fernando el Católico, que ve en la fortaleza un lugar idóneo para recluir a la reina, en quien cada día son más evidentes los síntomas de una locura que nobles, soldados y clérigos del cortejo aceptan en un raro ejemplo de solicitud y lealtad. Los turnos de los soldados que hacen guardia al cadáver de don Felipe son breves, al resultar insoportable el hedor, que provoca vómitos y desfallecimientos. Cuando, por orden de la reina, se abre el ataúd, Juana rasga las sedas en las que don Felipe está envuelto, y se abraza a sus pies, colmándolos de besos. En Tordesillas dispone que el féretro quede depositado en la iglesia de Santa Clara, en un ángulo que ella pueda contemplar desde la ventana de su celda, a toda hora tenuemente alumbrado por la luz parpadeante de los cirios.

En su calidad de regente, don Fernando el Católico ha contraído

nuevas nupcias por razones de Estado, para domeñar las peligrosas aspiraciones de Francia. En un tiempo relativamente breve, se le presenta una hidropesía que poco a poco va haciendo claudicar su recia naturaleza. Es en estos días cuando hace testamento, en el que, lógicamente, reserva la cláusula más importante a la situación de su hija doña Juana:

> *Y cierto que ya que del impedimento de la Serenísima Reina sentimos la pena como padre, que es de las más graves que en este mundo se puede ofrecer, nos parece que para el otro nuestra conciencia estaría muy agravada, y con mucho temor, si no proveyéramos en ello como conviniese; por ende, en la mejor vía y manera que podamos y debamos, dejamos y nombramos por Gobernador general de todos los dichos Reinos y Señoríos nuestros al dicho Ilustrísimo Príncipe Don Carlos, nuestro muy caro nieto, para que en nombre de la dicha Serenísima Reina, su madre, los gobierne, conserve, rija y administre.*

La reina doña Juana

> *se encontraba ya en un estado deplorable. A causa de negarse a cambiar de ropa durante meses, ni a que la aseasen, ya que incluso se echaba en el lecho vestida, se le había ido cubriendo el cuerpo de úlceras purulentas que no consentía que nadie curase. Su estado llegó a ser tal, que hubo de recurrirse por vez primera a la violencia para desnudarla y tratar de poner remedio, pero ya todo el cuerpo era una completa llaga, y cuando se trató de limpiarla los gritos desgarradores se escucharon desde fuera de la fortaleza, amedrentando a las gentes de Tordesillas, y eso que éstas se hallaban habituadas a escuchar por la noche lamentos, como aullidos de lobo, que procedían de aquella ventana desde la que se podía siempre contemplar el féretro de Felipe I, colocado en la iglesia de Santa Clara.* [58]

Se ha dicho que era inevitable que Juana consumara su destino, representando hasta el fin su papel de víctima, abriendo a los Habsburgos con su soledad y su sufrimiento el camino hacia el imperio universal. Lograda la simpatía del público por la dimensión

de su desdicha, las leyendas nacidas para su difamación se convirtieron en testimonios de piedad y simpatía, haciendo de esta desgraciada mujer una de las figuras más populares de la historia. Amó y odió desesperadamente, y ese amor y ese odio sellarían con marca indeleble su extraña personalidad. «Caprichosa en sus antojos, extravagante en sus deseos, desconcertante en su conducta»[59], estuvo nimbada de un raro atractivo que provocó el afecto incondicional de muchos, al par de aversión a sus carceleros, como verdugos implacables de una mujer destinada al más cruel de los sentimientos por haber amado hasta el límite de la naturaleza humana.

Doña Juana de Castilla, atendida por los médicos Santa Cara y Nicolás de Soto, falleció a las seis de la mañana del 12 de abril de 1555, día de Viernes Santo. Así se apagaba definitivamente el fuego de la reina que había llevado a un grado inconcebible los desgarros de su *locura de amor*.

Capítulo VI

Felipe II e Isabel de Valois

La sospecha de un crimen

ES LA primavera de 1562. Por los amplios corredores del palacio real de Alcalá de Henares avanza una sobrecogedora procesión de frailes franciscanos, que se dirige a las habitaciones del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II, llevando el cuerpo muerto de fray Diego de Alcalá. El estado del príncipe es crítico, por lo que, agotadas las posibilidades que ofrece la ciencia de nueve médicos, se recurre al expediente extremo de introducir el cadáver en la cama del enfermo y confiar en la intercesión del bienaventurado.

Para los pusilánimes, entre los que se encuentra el propio rey don Felipe, los males del príncipe son el justo castigo a su disipada vida. Desde que iniciara su estancia en Alcalá, donde ya son famosas sus hazañas —muchas de ellas acompañado de sus íntimos amigos Juan de Austria y Alejandro Farnesio—, se ha visto atraído por los encantos de una muchacha, hija de uno de los porteros de palacio, a la que va a ver todos los días después de sortear una puerta secreta del jardín. Una tarde, don Carlos comprueba que dicha puerta ha sido clausurada —por orden de su tutor don García de Toledo—, por lo que se le ocurre escalar un trecho poco expedito, tropezando en un escalón con tan mala fortuna «que voló muchos pasos y, dando con la espínula y cerebro, quedó totalmente herido». Tres días después el estado del príncipe se agrava hasta tal punto que el rey ordena plegarias y rogativas en todos los templos de España, hasta que se decide la trepanación. Ésta se lleva a cabo por los doctores Chacón y Olivares, bajo la dirección del célebre Vesalio. «Comenzó el doctor portugués a echar la legra —escribe Chacón— y a pocos lances me mandó el duque de Alba que la

tomase yo y fui legrando, y a poco hallé el casco blando y sólido, y comenzaron a salir de la porosidad del hueso unas gotillas de sangre muy colorada, y con esto paré la legra». El caso es que, estimados como decisivos los remedios arbitrados por el cuerpo de fray Diego, la trepanación y las pócimas del curandero morisco Pinterete, don Carlos salva la vida, lo suficientemente activa como para conspirar contra su padre, el rey, y abominar de él, circunstancias ciertamente sensibles para las que no le han faltado muy poderosas razones.

Ocurrió dos años antes cuando, acordada en el criterio de Felipe II la necesidad de zanjar las diferencias con Francia, propone el casamiento de su hijo Carlos con Isabel de Valois, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Nacido el príncipe el 8 de julio de 1545 en Valladolid, su apasionada juventud se sintió gratamente impresionada ante el retrato de Isabel, apremiando a su padre para que la boda se celebrara en el más breve plazo posible. Las gestiones se presentan delicadas, pero diligentes, hasta que, viudo el rey por el fallecimiento de María Tudor, Felipe decide ser él quien se despose con la hermosa Isabel, tan atraído por la princesa como su propio hijo. No fue, desde luego, un capricho impensado, puesto que Isabel de Valois lograba atraer a cuantos la conocían: «Alta, morena, de ojos oscuros y tez blanca, rostro ovalado y cabello negro, estaba en ella más marcado el origen italiano de su madre que el francés de su padre» **[60]**.

La resolución de Felipe II, al tomar por esposa a la mujer que estaba destinada a su hijo, colmó el vaso de unas relaciones difíciles, sobre todo porque no era Felipe II hombre que se dejase arrebatar por primeras impresiones, aparte el despego que sentía por Carlos, tan deficientemente dotado por la naturaleza como señala el barón de Dietrichstein:

> *Uno de los hombros es más alto que otro, y la pierna derecha más corta que la izquierda. Tiene el pecho hundido y una pequeña giba en la espalda, a la altura del estómago. Tartamudea ligeramente. En unas cosas da muestras de buen entendimiento, pero en otras tiene la inteligencia de un niño de siete años. No se descubren en él aficiones nobles, ni cuáles son sus aficiones, como no sean los placeres de la mesa, pues come tanto y con tanta*

avidez que al poco tiempo de haber acabado, ya está dispuesto a comenzar de nuevo. Estos excesos son la causa principal de su estado enfermizo. No hace ningún ejercicio. Los muslos son fuertes, pero mal proporcionados, y las piernas muy débiles. Su voz es delgada y chillona, da muestras de dificultad al empezar a hablar y las palabras salen con dificultad de su boca, pronuncia mal las erres y las elles, pero sabe decir lo que quiere y consigue hacerse entender. **[61]**

De carácter colérico e impulsivo, es fama la brutalidad con que trataba a sus caballos, no siendo el trato peor que el dado a sus criados, a los que amenazaba con arrojarlos por la ventana al menor descuido. Dietrichstein anota que «es, por otra parte, piadoso y amante de la justicia y la verdad, no soporta la mentira y no perdona al que ha sorprendido mintiendo alguna vez; su memoria es excelente y, muy curioso, tiene una gran inclinación a preguntar. Mordaz y espontáneo, dice lo que siente sin preocuparse por el hecho de que pueda herir a alguien».

Con estas credenciales, de suponer es la reacción de Carlos al conocer que, el 22 de junio de 1559 —cuando él tiene catorce años—, Felipe II se casa por poderes con la princesa Isabel, en Notre-Dame de París, siendo representado el rey por el duque de Alba y bendecida la unión por el cardenal Borbón.

Ya en España, Isabel de Valois es recibida en Guadalajara, donde se celebra la misa de velaciones. Poco después, estando la corte en Toledo para la jura de don Carlos como príncipe de Asturias, éste e Isabel se van a mirar, por primera vez, frente a frente, y entre ellos, desde esta primera hora, va a brotar un sentimiento que los historiadores han juzgado desde las opiniones más encontradas.

En la relación enviada al senado veneciano en 1557, en la que Federico Badoaro anuncia la abdicación del emperador Carlos V, el autor presenta al nuevo rey, Felipe II, con cierta complacencia:

Es de estatura pequeña y sus miembros son finos. Tiene la frente despejada y hermosa, grandes ojos azules, las cejas espesas, la nariz bien proporcionada, la boca grande y un labio inferior grueso que le causa alguna molestia. Lleva la barba corta y en punta. Es de piel blanca y de cabello rubio, lo que le hace

parecerse a un flamenco. En cambio su aspecto es altivo porque su comportamiento es español […]. Por lo que puede apreciarse es religioso. Todos los días oye misa y asiste a los sermones y a las vísperas con ocasión de cada fiesta solemne. Ordena distribuir limosnas regularmente […]. Tiene una buena cabeza, es capaz de tratar importantes asuntos; pero carece de la actividad que exigirían las medidas que se han de tomar para la reforma de tantas ciudades y reinos; no obstante, trabaja mucho y en ocasiones demasiado, si tenemos en cuenta la debilidad de su temperamento. **[62]**

Por lo demás, Badoaro realiza unas observaciones interesantes; es cierto, por ejemplo, que Felipe II era muy diferente en la intimidad del personaje oficial que representaba en público:

Las cartas a sus hijas, descubiertas por Gachard en Turin, y escritas desde Lisboa en los años 1581-1583, revelan a un padre preocupado y afectuoso que pide noticias sin cesar y se regocija cuando las cartas de sus hijas son largas, se inquieta por la salud de todos, se interesa en los progresos de la dentición de la más joven (al tiempo que ironiza sobre la pérdida de sus propios dientes), manifiesta su preocupación, con las palabras veladas, por el retraso en la pubertad de la mayor, cuenta noticias de los bufones reales, refiere sus partidas de pesca o de la caza del zorro y evoca la nostalgia de la campiña. **[63]**

Con respecto a ello, cuesta trabajo creer que el sombrío, rencoroso, lúgubre e implacable Felipe II que presencia impasible los *autos de fe* de la Inquisición, y ordena al duque de Alba arrasar las posiciones rebeldes de Flandes, pueda ser el autor de la carta, anodina y pueril, en la que expresa la bonanza del tiempo, el olor del junquillo, la pequeñez de un pájaro y sus dudas sobre la edad de la destinataria:

No creo que os escribí, hoy hace ocho días; y así tengo las cartas de dos correos. Y en ellas me respondéis muy bien a las mías, y así holgué mucho con ellas […]. El junquillo amarillo que

os llevaron de Aranjuez, creo que es del campo, que sale primero que del jardín, aunque no huele tan bien. Yo creo que habrá de todo, y es a muy buen tiempo, para que le vea mi hermana, que creo que no le ha visto, que cuando se fue de acá no creo que le había. Si los guantes son tan grandes como decís, mejor serán para vos, la mayor, para quien no lo serán, pues bien creo que para vuestra prima no lo serían […]. El pájaro no es airón, sino muy diferente, que aquéllos son grandes y él es muy pequeño, como os escribí. Más he escrito de lo que pensé, mas yo no puedo decir más, que es muy tarde, sino que Dios os guarde como deseo. **[64]**

Parece mentira que el autor de esta carta sea el hombre que ordena los castigos que se aplican en sus galeras:

Los tormentos eran variados y refinadísimos. El menor era la dieta y el azote, y aun cortarles orejas y narices, que se aplicaba principalmente a los moros. Lo que aquellos hombres inventaban para hacer sufrir a los delincuentes no cabe hoy en la imaginación nuestra. El doctor Clavijo, en una excelente Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada, transcribe la cura que uno de sus lejanos colegas, el doctor Pedro López, hubo de hacer a un forzado a quien el capitán de la galera —estampemos su nombre para maldecirle: se llamaba Lorenzo Roa— «mandó estropear», no sabemos por qué falta; pero, cualquiera que fuese, nos parecería pequeña para la magnitud del perverso castigo, que consistió en colgarle de cierta parte de su cuerpo una talega con dos balas de cañón, y así lo izaron a la atena, de la que estuvo suspendido durante un cuarto de hora, que bastó para que se desmayase de tan horrible sufrimiento y para que los órganos que servían de atadero a las balas se pusiesen «negros como la pez» y se desprendiesen. **[65]**

Al hombre que consiente y alienta tales crímenes, llega un momento en que se le presenta un panorama de muy intrincadas dificultades: los movimientos independentistas de las poblaciones flamencas, las difíciles relaciones con Inglaterra, los celos que le inspiran las especiales atenciones con que la reina distingue a su hijo Carlos y hasta la traición de un loco de atar, don Lope de

Aguirre —o *la cólera de Dios*—, que, al frente de sus «marañones», ha plantado cara al rey de las Españas. «Pequeño de cuerpo, chupado, mal encarado, de un vigor y una resistencia incomparables; su ramalazo feroz le había ganado entre todos los soldados el apodo de Aguirre *El Loco*»[66].

> *El deseo de ir al infierno con Alejandro, César, Pompeyo, nos habla también de su megalomanía extraña: más aún en hombre envejecido, cojo, mal encarado, moreno, chiquito, chupado y sin muelas, con la barba ya cana, aunque rehecho de cuerpo. Pero no cabe duda de que se sentía un gigante, con fuerzas para hablar de tú al monarca más poderoso del mundo para conferirse títulos extraordinarios, sonoros y amedrentadores.* [67]

Éste era el hombre que, desde el infierno de la selva americana, escribía a Felipe II:

> *Avisóte, rey español, adonde cumple haya tan buena justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan tus oidores, virrey y gobernadores, he salido de hecho con compañeros, cuyo nombre después diré, de tu obediencia y desligándonos de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas tierras la más cruda guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir […]. Tenemos en estas tierras tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero. Por cierto, lo que tengo que van pocos reyes al infierno porque sois pocos; que si muchos fuésedes, ninguno podría ir al cielo, porque creo allá seríades peores que Lucifer, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana […]. Y por que no consentí en sus insultos y maldades [de don Fernando de Guzmán y los suyos] me quisieron matar, y yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia y teniente general, y a cuatro capitanes y a su mayordomo, y a un capellán clérigo de misa, y a una mujer, de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante y dos alferes, y otros cinco y seis aliados, suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; y nombré de nuevo capitanes y*

sargento mayor, y me quisieron matar; y yo los ahorqué a todos […]. ¡Sabe Dios cómo nos escapamos de este lago tan temeroso! Avísote, rey y señor, que si vinieran cien mil hombres ninguno escape, porque la relación [de Orellana] es falsa y no hay en el río otra cosa que desesperar […]. ¿Piensa Dios que porque llueva no tengo que ir a Perú y destruir el mundo? Pues engañado está conmigo. Si yo tengo que morir desbaratado en esta gobernación de Venezuela, ni creo en la fe de Dios ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que ya no hay más de nacer y morir. Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre El Peregrino.

Las fiestas para celebrar la jura de don Carlos son esplendorosas, pero han de interrumpirse debido a la enfermedad de la reina. Esta llega a causar honda preocupación a su madre, Catalina de Médicis, quien teme que el mal sea venéreo como triste herencia del que llevó a la tumba a Francisco I. Afortunadamente, tan sólo se trata de unas viruelas benignas que, si bien pasajeras, no han impedido que el príncipe haya extremado su penitencia, consistente en *procesiones, rezos, ayunos, disciplinas y votos*, lo suficientemente numerosos y ostensibles como para excitar los celos del rey, cada vez más predispuesto a coartar las iniciativas de su hijo.

Por cierto que, a pesar de sus lastres físicos y psíquicos, no existía entre las princesas europeas la que rechazara emparentar con el soberano en cuyos dominios no se ponía el sol, y con frecuencia llegaban a manos de don Carlos los retratos de las candidatas al matrimonio. De todas ellas, el príncipe escogió a su prima Ana de Austria, decisión que venía a colmar las aspiraciones de la corte. No obstante, había un escollo inventado que salvar: la supuesta impotencia de don Carlos, buscándose el remedio que desacreditara la especie:

Un barbero y tres médicos de su confianza, le proporcionaron un brebaje afrodisíaco que surtió un efecto inmediato, dedicándose don Carlos a dar pruebas ciertas de su virilidad. Inmediatamente hizo que esta hazaña fuera conocida en Viena (residencia de la candidata) para que acabaran, de una vez, las murmuraciones sobre su impotencia. Gratificó al barbero, a los médicos y a la

doncella con crecidas sumas. Parece ser que esta proeza de don Carlos fue única, ya que no se tienen noticias de que la haya repetido. Adquirió, desde entonces, la costumbre de frecuentar por la noche casas de mala nota, armado de arcabuz y cometiendo toda clase de desmanes. **[68]**

Salvado el obstáculo, nada había que impidiera el inmediato enlace entre doña Ana de Austria y el príncipe. Pero Felipe II, según su inveterada costumbre, lo demora hasta exasperar a don Carlos, que se consuela dedicando a su madrastra las únicas muestras de devoción de las que es capaz, prendido sin disimulo en aquella figura «breve, de cintura delicada, de negros cabellos, ojos alegres y vivos, y afable y simpática por su porte, por su andar y por su trato» **[69]** .

Don Carlos odiaba los libros, pero no carecía de ingenio natural y de oportunidad en respuestas. De ellas hay un ejemplo en el *Examen de ingenios*, de Juan Huarte de San Juan, donde se hallan diálogos como éste, entre el príncipe y el Doctor:

Príncipe: —¿Qué rey de mis antepasados hizo a vuestro linaje hidalgo?

Doctor: —Ninguno: porque sepa V. A. que hay dos géneros de hijos-dalgo en España: unos son de sangre y otros de privilegio. Los que son de sangre, como yo, no recibieron su nobleza de manos del rey, y los de privilegio, sí.

Príncipe: —Eso es para mí muy defectuoso de entender y holgaría que me lo pusiésedes en términos claros, porque mi sangre real, contando desde mí, y luego a mi padre, y tras él a mi abuelo, y así los demás por su orden, se vienen a acabar en Pelayo, a quien por muerte del rey don Rodrigo lo eligieron rey, no siéndolo. Y si así contásemos nuestro linaje, ¿no vendríamos a parar en uno que no fuese hidalgo?…

Dice el cronista Cabrera que don Carlos «salía de noche por la corte con indecencia y familiaridad», sin que faltaran en su biografía nombres femeninos como el de la joven Mariana Garcetas, a la que recluyó en el convento de San Juan de la Penitencia con una asignación de mil ducados. Mientras tanto, el rey procura alejar

a su hijo de la corte, alegando motivos de salud, y a tal respecto se conserva una carta del *rey prudente* al Corregidor de Gibraltar, al que expone:

> *Ya habéis entendido la poca salud que tiene el príncipe, mi hijo, y cuánto tiempo ha que le dura la cuartana, lo cual le tiene tan flaco y fatigado que ha parecido a los médicos que mudase de aire y sería muy conveniente ir a alguna ciudad de la costa de la mar, en que con la templanza del aire podría ser que le alivie y quite del todo, y por que yo tengo el deseo que debo como padre, de verle sano y libre del trabajo que le da esta enfermedad, y querría mucho acertar a enviarle a la parte donde no sólo ayudase para ello la temperatura del cielo, pero también la comodidad del lugar, os encargo y mando que hagáis tomar información con juramento de los médicos de esa ciudad, de la bondad y propiedad de ella para curarse enfermos de cuartana, y de cómo ha estado y está ahora de salud, y si ha habido y hay enfermedades peligrosas o contagiosas en ella, y habida esta relación de todo muy distinta y particular, me la enviéis.*

La precipitación de los acontecimientos impiden este viaje, ya que, habiéndose producido conatos de rebelión en Flandes, fiado el rey en la notable mejoría experimentada por el príncipe, alienta la idea de enviarlo al polvorín de los Países Bajos, con gran regocijo de don Carlos, que ve en ello una clara señal de reconciliación, a más de una oportunidad de llevar a cabo alguna acción meritoria. Su gozo dura poco tiempo, ya que don Felipe desecha la idea de enviar a su hijo, nombrando gobernador de aquellas tierras al duque de Alba. El 31 de enero de 1566, no pudiendo don Carlos desahogar su cólera contra su padre, se enfrenta al duque, al que intenta herir con su puñal, diciéndole:

—Antes os atravesaré el corazón que consentir en que hayáis de ir a Flandes.

El príncipe es reducido por la mayor corpulencia de Alba, pero cuando la noticia llega al rey, éste anuncia su determinación de acabar con los desmanes de su hijo, quien tiene la osadía de someter a don Felipe a la más acerada de sus ironías:

Hablando estaban hijastro y madrastra, en presencia de don Juan de Austria y la princesa de Eboli, de los viajes del rey, tantas veces anunciados y tantas suspendidos, y la conversación recayó en los que sin tantos anuncios había hecho el emperador. Pues mientras la reina se entretenía en salud a unas damas, que a la sazón llegaron, inspirado por aquella conversación, tomando el príncipe un cuadernillo que sobre un bufete se hallaba, cogió de una escribanía una pluma y sobre la primera hoja escribió: «Los grandes y admirables viajes del rey don Felipe», y en cada una de las hojas fue poniendo uno de los títulos siguientes: El viaje de Madrid a El Escorial; El viaje de El Escorial a Toledo; El viaje de Toledo a Madrid; El viaje de Madrid a Aranjuez; El viaje de Aranjuez al Pardo…, y así continuó hasta llenar todas las hojas del cuadernillo. **[70]**

La situación es insostenible, hasta el punto que don Carlos proyecta escapar de la corte y presentarse en Flandes, tal vez para ponerse al frente de la rebelión. Para llevar a cabo sus propósitos, don Carlos necesita dinero, que le pide a la princesa de Eboli y, fiado en su declarado afecto, a don Juan de Austria. Éste, sin embargo, además de fidelidad, le debe al rey demasiados favores como para no hacerle partícipe de tal confidencia. Una vez enterado Felipe II, ordena la celebración de funciones religiosas, para recibir inspiración divina, e inmediatamente convoca una junta de teólogos y doctos, entre los que se hallan el obispo de Orihuela Gallo, Melchor Cano y el doctor Martín de Azpilicueta. De esta junta da cuenta una relación exhumada por el historiador Miguel Morayta: «Sentado junto a una mesa, echado sobre los codos y pensativo, dijo [el rey]: “que por leyes de la Naturaleza quería mucho a su hijo, más que a sí propio, pero considerando las leyes de Dios y la salud de su pueblo, precedían éstas en su corazón a las leyes de la Naturaleza”.»Y detenido un poco, algo más pensativo, propuso otro caso de conciencia: «Si reconociendo el mal que el disimulo de los delitos de su hijo o la dilación de castigarlos había de causar turbación a sus estados, se podía después de tales consideraciones perdonarle, sin ser culpable en las desgracias que su clemencia podía producir». A cuyas palabras los teólogos dijeron: «Que la salud del pueblo debía ser más estimable que la de su hijo, y que

había el ejemplo de Moisés, que pidió ser castigado del cielo por el bien del pueblo, y que era preciso perdonar los pecados, pero que los delitos abominables deben ser sofocados». Y finalmente el rey concluyó: «Que él no entendía dar cuenta a Dios del menor mal que pudiese suceder para no castigar a su hijo, declarando que en aquel punto mismo protestaba ante los pies de aquel crucifijo [que estaba encima de una mesa] y que descargaba su conciencia con cargársela a ellos».

Parece evidente que Carlos estaba enamorado de Isabel de Valois: «El muchacho se enamoró perdidamente de su madrastra y ésta fue una de las muchas causas que lo condujeron a la temprana muerte», escribe Eslava Galán[71]. En cambio, lo que no parece tan claro es que la reina llevara sus relaciones con el príncipe más allá del afecto. Con todo, y sin prejuzgar circunstancias no avaladas por testimonios documentales, es lógico deducir el rechazo de Isabel a la conducta de su marido, mujeriego empedernido en cuya biografía amatoria figuran damas tan solicitadas en su tiempo como Isabel Osorio, hermana del marqués de Astorga, con la que tuvo dos hijos; Catalina Laínez, a la que conoció en Bruselas; Eufrasia de Guzmán, cuya relación fue la más duradera, y un extenso plantel de amoríos que perdurarían hasta su encuentro con su prima Margarita, que contaba quince años cuando el rey había cumplido los cincuenta y cinco.

El rey ha ordenado que se le tenga al tanto de todo cuanto dice y hace el príncipe, pero el 16 de enero de 1568 nada permite presagiar la tormenta que se avecina. Cuando don Felipe queda enterado de que don Carlos se ha retirado a dormir, se hace acompañar de Ruy Gómez, el duque de Feria, el prior don Antonio y Luis Quijada, a más de dos gentiles-hombres de su cámara, cuatro hombres provistos de clavos y martillos, un teniente y dos soldados de guardia, y penetra sigilosamente en el dormitorio del príncipe, que duerme tan profundamente como para no advertir que le despojan de las armas. El rey se ha colocado una cota de malla debajo del jubón, se cubre la cabeza con un casco y empuña una espada. Cuando Carlos despierta, pregunta al rey:

—¿Es que quiere matarme Vuestra Majestad?

Don Felipe le dice que lo hace por su bien. «En este preciso momento el heredero de la Corona se convertía en prisionero de

Estado». La orden fue tajante: nadie podía entrar en las habitaciones del príncipe; no se debía hablar con él; no podía enviar ni recibir mensajes. La incomunicación era total.

—Desde ahora —amenaza don Felipe— no os trataré como padre, sino como rey.

Bien cumplió su palabra. La prisión del príncipe, a pesar de las órdenes dadas, se extiende por toda la corte en pocas horas, y ante tan graves noticias todos suspenden el ánimo, pero nadie es capaz de abogar por don Carlos. Sólo la reina doña Isabel, que, llorando desconsoladamente, pide al rey que la autorice a visitar al desdichado heredero de la Corona. La solicitud es rechazada por Felipe II, quien ya no volverá a ver a su hijo, ni siquiera cuando éste pide que vaya a abrazarlo ante la cercanía de la muerte.

Abandonada toda esperanza de clemencia, don Carlos decide quitarse la vida negándose a comer. Cuando el rey conoce esta actitud, comenta sin descomponer el rostro:

—Ya comerá cuando le apriete el hambre.

No se equivoca, pues el instinto de conservación impone su ley. En vista de ello, don Carlos recurre al extremo opuesto: a comer con exceso, hasta provocarse continuos vómitos, mientras anda descalzo y desnudo por la habitación, cuyo suelo manda regar, y pone trozos de hielo en el lecho. Antes de que se presente una situación crítica, el rey Felipe se dirige al Consejo:

> *Consejo, justicia y regimiento de la villa de Madrid, sabed: que por algunas muy justas causas y consideraciones que conciernen al servicio de Dios y bien y beneficio público de estos Reinos, entendiendo que para cumplir con la obligación que como rey y padre tenemos, lo habíamos así de proveer y ordenar; habernos mandado recoger la persona del serenísimo príncipe don Carlos nuestro hijo en aposento señalado dentro de nuestro palacio, y dado orden en lo que a su servicio, trato y vida toca. Y por ser esta mudanza de la cualidad que es, nos ha parecido justo y decente hacéroslo saber para que entendáis lo que está hecho, y el justo fundamento y fin que se tiene y lleva, y que habiendo Nos venido a tomar y usar de este término con el dicho serenísimo príncipe, se debe con razón crecer y juzgar que las causas que a ello nos han movido han sido tan urgentes y precisas que no lo*

habernos podido excusar; y que no embargante el dolor y sentimiento que con amor de padre de esto podéis considerar que habernos tenido y tenemos, habernos querido preferir a la obligación en que Dios nos puso por lo que toca a nuestros Reinos, súbditos y vasallos de ellos, a los cuales como tan fieles y leales y que tan bien nos han servido y han de servir, con tanta razón amamos y estimamos. Y porque a su tiempo y cuando fuese necesario entenderéis más en particular las dichas causas y razones de ésta nuestra determinación, por ahora no hay más de qué advertiros. [72]

El mes de julio traerá el desenlace. Como escribe Pedro José Cascajosa, tras una fuerte indigestión provocada por una copiosa comida a base de perdiz en escabeche, don Carlos tendrá vómitos y cólicos continuados. Los médicos deciden administrarle una purga, cosa que no hace desaparecer los síntomas que los dichos médicos no aciertan a explicar. El estado de don Carlos se agrava. Felipe no hace acto de presencia, a pesar de que se le comunica que se acerca el último momento. El 24 de julio de 1568, a los seis meses de haber comenzado su reclusión y a los pocos días de haber cumplido los veintitrés años, moría el príncipe. [73]

Los funerales se prolongarán durante tres semanas. A ellos no asistirá el rey, retirado en el monasterio de San Jerónimo, mientras poco a poco va extendiéndose la especie que hace a Felipe II el responsable directo de este fallecimiento. Un historiador distinguido por mostrarse casi siempre a favor del rey, Walsh, escribe:

Enfrentemos la probabilidad, repulsiva, de que Felipe hubiera sido capaz de matar a su hijo. La debilidad de todos los argumentos, fundados en que era demasiado bondadoso o demasiado religioso para autorizar la ejecución de su hijo, depende del supuesto de que tal acción hubiese sido a sus ojos un asesinato. Pero Felipe no se consideraba a sí mismo un hombre cualquiera. No asombrará a nadie que conozca la historia de España el que se encontraran algún día documentos que recabarán la terrible prerrogativa de juzgar a su propio hijo. Si era capaz de sacrificar su propia carne y su propia sangre a la voluntad de Dios y al bienestar del Estado, como dijo cuando se decidió a confinar a

don Carlos, es también concebible que hubiera podido dar el nuevo y último paso de haberle parecido necesario. [74]

Al día siguiente, Felipe II escribe al fiel duque de Alba:

Podéis imaginar en qué dolor y abatimiento me encuentro, ahora que Dios ha querido llevarse a mi querido hijo, el príncipe. Murió como un buen cristiano, después de recibir tres días antes los sacramentos y de mostrar arrepentimiento y contrición, lo que es para mí de gran consuelo en mi aflicción. Pues espero que Dios lo haya llamado a fin de que esté para siempre con él y que me conceda su gracia para que pueda soportar este dolor con un corazón y una conciencia muy cristiana. [75]

No sólo los escritores adversos a Felipe II, sino muchos de los que figuran entre los más objetivos y eclécticos, dudan de esta piedad del rey para con su hijo. Por si faltase algo a la afirmación de *leyenda negra*, «muy pronto, una persona que no ha dejado de llorar la muerte de don Carlos, va a seguirle en el sepulcro: la reina Isabel. Su aflicción, cuando el príncipe fue detenido, no tuvo límites; su llanto continuado acabará por cansar al rey, el cual le ordenará cesar en él».

No han transcurrido tres meses de la muerte de Carlos cuando la reina, que está embarazada, se siente indispuesta, aunque los médicos creen que se trata tan sólo de una opilación, por lo que le aplican sus consabidas sangrías. Doña Isabel, que ha cumplido veintidós años el pasado mes de abril, comprende que se muere. El embajador Florentino Nobili emitirá un juicio tan riguroso como aproximado a la verdad:

Me parece a propósito que V. E. sepa cómo los médicos han asesinado expresamente a la reina, por haberla dado en la misma mañana de su muerte varias medicinas, y aplicándole infinidad de ventosas en la cara y sangrándola en el pie.

Junceda Avello recoge el rumor de aquellos días:

Se atribuyó también la muerte de doña Isabel a que, estando

ésta indispuesta, le llevó una medicina su camarera la duquesa de Alba y, habiéndola rehusado, el rey insistió en que la tomara puesto que así lo habían dispuesto los médicos. La reina accedió, bebió la medicina de un trago y lo cierto es que tras fuertes vómitos y dolores, falleció aquel mismo día. Algunos quisieron ver en esa medicina un veneno. [76]

Por su parte, el padre Jerónimo Feijoo escribe:

Isabel de Francia, llamada la Princesa de la Paz en memoria de la que acompañó a su matrimonio con Felipe II, murió a 3 de octubre de el mismo año, dos meses y diez días después de don Carlos. Los historiadores españoles atribuyen su muerte a un error de los médicos, que la sangraron estando preñada. Los nuestros hacen delincuente en esta muerte a su marido. «Notaremos (dice Meceray) como la más monstruosa aventura que se puede imaginar, que Felipe II, habiendo sabido que don Carlos, su hijo único, tenía correspondencia con los Señores confederados de los Países Bajos, que procuraban atraerlo a Flandes, le hizo poner en prisión y le quitó la vida, o con un veneno lento o haciéndole ahogar; y que poco después, por celos que tuvo, dio veneno a su mujer Isabel, haciéndola morir juntamente con el fruto que tenía en el vientre, como verificó después su madre la reina Catalina, por informaciones secretas que hizo, y por disposiciones de los domésticos de aquella Princesa, cuando estaban restituidos a Francia» [77].

Capítulo VII

Felipe IV e Isabel de Borbón

El burlador que pagó con su sangre

SE COMENTA animadamente en las Gradas de San Felipe y en el Humilladero, en el Prado de San Jerónimo y en la Puerta de las Descalzas, en la calle del Gato y en las esquinas de la Plaza Mayor. Porque no hay estudiante o menestral, magistrado o comadre, maritornes o golilla, que no tenga algo que añadir a la cantinela de los amores de la reina, doña Isabel de Borbón, con el audaz don Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, del que dice *madame* d'Aulnoy que era «el caballero de más gallarda figura y de más briosa inteligencia de aquella corte» [78].

Claro es que, bien mirado, en la corte frívola, aparentemente sombría, de los Austria, nada podría estar más justificado que un adulterio real, cuando su majestad Felipe IV se ha dado a una permanente sucesión de galanteos, comprendiendo desde la noble dama de la más alta alcurnia hasta la buscona que merodea los aledaños de las ciudades porque ni siquiera en la casa pública es admitida, según nos cuenta el esforzado padre Pedro de León, al dar noticia de su apostolado en el sórdido mundo de la prostitución sevillana:

> *Procuré algunas veces con las justicias que se estorbasen otras maneras de casas públicas, o por mejor decir campos y calles públicas muy más perjudiciales que ésta de que hemos hablado, y tanto más dañosas cuanto menos conocidas, cuales son los lugares que se llaman la Madera, las Barbacanas y Murallas, las*

barrancas y hoyas de Tablada y otros campos pasajeros, en los cuales lugares suelen haber mujercillas de mal vivir, las cuales de más y allende de los innumerables pecados de que son causa por estar en acecho para cuando pasan algunos mozuelos por el camino, sin más pensamiento que pecar, y los saltean robándoles la gracia y aun muchas veces la bolsa cortándosela. Sonlo también de que muchos hombrecillos de los del campo anden llenos y atestados de bubas, y los hospitales atestados de llagados, porque las desventuradas suelen estar hechas una pura lepra, y por eso no las consienten en las casas públicas, adonde por ley del reino y buen gobierno las ha de visitar cada semana tantas veces el cirujano asalariado para ello; y si no están sanas no las consienten estar en las casas públicas, pues como estas miserables hediondas y llenas de llagas no tienen lugar allí, vanlo a buscar al campo adonde no tienen temor de la visita del cirujano, y mucho menos de la del riguroso juez Cristo Nuestro Señor que las está mirando. **[79]**

Nació Isabel de Borbón el 22 de noviembre de 1603, hija de Enrique IV de Francia y de María de Médicis, celebrándose la boda con Felipe IV de España el 18 de octubre de 1615, si bien por su extremada juventud la pareja hubo de vivir en habitaciones separadas hasta que, cumplidos por la reina los diecisiete años de edad, y por el rey los quince, se consideró llegado el momento de permitirles consumar el matrimonio. Un matrimonio que pudo ser feliz, si el rey hubiese embridado su desaforada afición a las mujeres —el número de sus bastardos superó la treintena— y si, en un momento dado de la historia, no se hubiera cruzado en su camino el incontinente don Juan de Tassis, conde de Villamediana, correo del rey y estimable poeta satírico.

Era doña Isabel esbelta, «de grandes ojos oscuros como los de su madre, pelo castaño, rostro de perfecto óvalo, boca no muy grande y de labios bien dibujados; una mujer guapa, en definitiva, reflejando en todos sus actos una personalidad muy equilibrada» **[80]**. En cuanto al rey Felipe IV, «resultaba un hombre muy alto para la época, delgado sin llegar a enjuto, de ojos verde oscuro, la nariz prominente, los labios gruesos y la mandíbula completamente austríaca, es decir de muy acusado prognatismo;

pese a este defecto resultaba el suyo un rostro atrayente; vestía con las llamadas *valonas* de tela blanca, almidonada y plana […]. En lo demás era un hombre bastante más inteligente que su padre [Felipe III], pero con mucha menos voluntad»[81], siendo éste el defecto que le hizo caer rendidamente en los brazos de un plantel de amantes tan apasionadas como fugaces, a excepción de María Inés o Juana *la Calderona*, famosa por sus actuaciones en los escenarios y por sus asiduas visitas al lecho real.

Era Juana *la Calderona* hija de un covachuelista de la calle de Nuestra Señora de la Leche, de Madrid. Dedicada al teatro desde muy joven, llegó a gozar de justa fama, actuando en las compañías de Andrés de Claramonte, Juan Bautista Valenciano y Juan Morales de Medrano, que encabezaban las agrupaciones más aplaudidas en el célebre Corral de la Pacheca.

Casada con un actor de segundo orden, llamado Pablo Sarmiento, parece ser que, por instigación del valido del rey, el conde-duque de Olivares, Felipe IV fue a verla cuando actuaba en el Corral de la Cruz, el año 1627, bastándole al soberano esta ocasión para quedar prendado de ella. «Con la impetuosidad que en asuntos galantes ponía siempre, ordenó que aquella misma tarde la hicieran subir al aposento en que él presenciaba el espectáculo, para escuchar de cerca su voz cristalina»[82]. No le fue al rey fácil la conquista, entre otras razones porque La Calderona estaba enamorada del duque de Medina de las Torres, yerno del conde-duque de Olivares. *Madame* d'Aulnoy describirá el proceso de los amoríos reales, así como la actitud de Medina ante situación tan comprometida:

> *La Calderona puso al tanto de las intenciones del rey a Medina de las Torres, que era su amante de corazón, y le propuso que huyeran juntos, lejos de la influencia del rey, pero ¿quién podía ponerse a salvo de un rey enamorado?, debió de preguntarse el duque. Probablemente nadie, por lo que Medina de las Torres acabó por concluir que lo mejor era que la dama se entregara al rey, pues era imposible disputarle aquel capricho. No obstante, decepcionada por lo que creía una cobardía, la cómica lo increpó echándole en cara una serie de reproches. Ante la desairada*

situación, el duque se avino a simular un viaje y quedarse escondido en casa de la actriz. **[83]**

No faltaron, en la historia de estos amores, escenas escabrosas y violentas. Un día, Felipe IV sorprende a su amigo, el duque de Medina, en el lecho con la cómica y, en su arrebato, fue hacia él puñal en mano, dispuesto a partirle el corazón, pero se interpuso Juana y el caso quedó resuelto en un destierro para el duque. Otro día, con motivo de una representación teatral en la Plaza Mayor, apareció La Calderona en uno de los balcones. Tuvo la reina Isabel conocimiento de ello y ordenó expulsar a la cómica del mirador que ocupaba. Enterado Felipe IV de dicha orden, tuvo el cinismo de reprochar a su esposa tan *incomprensible* decisión y habilitó para su amante, con carácter fijo, el balcón de la esquina que daba a la calle de Boteros, el cual fue llamado por el pueblo «balcón de Marizápalos», título de una de las canciones que habían contribuido a la fama de Juana *la Calderona*.

Pasado el tiempo, y tras dar a luz un hijo que habría de ser llamado Juan José de Austria —así reconocido por el rey—, la cómica se sintió inspirada para abandonar su vida más o menos licenciosa y tomar el hábito de monja. El rey se opuso, pero acabó cediendo y Juana Calderón, en abril de 1629, ingresó en el convento benedictino que la orden poseía en Valfermoso, en el corazón de la Alcarria, del que llegó a ser abadesa, mientras don Felipe rendía la plaza de otras damas, de las que asimismo tuvo otros hijos naturales: Fernando Francisco, nieto del conde de Chirel, que fue confiado al hidalgo de Salamanca don Juan Isasi Idiáquez; don Alfonso, que llegó a ser obispo de Málaga; Fernando Valdés, gobernador de Navarra y general de Artillería; Alfonso Antonio de San Martín, hijo de doña Tomasa Alana, obispo de Oviedo y Cuenca; un agustino llamado Juan del Sacramento, criado en Liébana por don Francisco de Cossío; doña Margarita, ingresada en el convento de la Encarnación, de la que llegó a ser superiora, y otros, hasta llegar a la cifra de treinta y dos, como le asignan algunos autores.

Mientras tanto, la reina parecía tolerar resignadamente las veleidades de su esposo. Lo que no se conoce a ciencia cierta es si llegó a aceptar los galanteos de quien habría de pagar el más alto

precio por su osadía: don Juan de Tassis, hijo de un diplomático español nacido en Lisboa en 1580, cuya vida estaba dominada por el juego, las mujeres y la poesía satírica.

> *Entre maridos engañados, acreedores frustrados, jugadores desconfiados y destinatarios de sus dardos, el conde había reunido un nutrido ejército de hombres que lo odiaban hasta, al menos de boquilla, desear su muerte. Lo odiaban muchos hombres, pero ninguna mujer. Según versión de una de ellas, que cita Marañón en su Don Juan, Villamediana era «el caballero más perfecto de cuerpo y espíritu que se ha visto jamás. Su memoria estará viva en el corazón de todos los amantes».* **[84]**

Es el Madrid arriscado, vocinglero y retador. El Madrid de San Felipe el Real, de la Plaza Mayor, con tiendas al abrigo de los soportales, y de la calle de la Cabeza, que tiene leyenda de sangre y milagrería:

> *Por donde están hoy las calles de Ave María y de Jesús y María vivía un sacerdote que poseía una regular fortuna. Este religioso fue asesinado por su criado, para robarle. Después de muerto, el sirviente separó la cabeza del tronco del dueño y huyó fuera de la villa. Años después, el criado, transformado en caballero por la fortuna robada al sacerdote, volvió a Madrid, y paseándose una mañana por el Rastro, tuvo el capricho de comprar una cabeza de carnero, para llevarla luego a una hostería y mandarla asar. Le envolvieron la cabeza en un papel y, como llovía ligeramente, ocultó el paquete bajo la capa.*
>
> *Iba tranquilo el falso caballero, cuando un alguacil advirtió que al paso del sujeto quedaba un ligero rastro de sangre, cosa absolutamente natural, pues era la sangre de la cabeza del carnero. El alguacil se acercó a nuestro personaje y le preguntó:*
>
> *—¿Qué ocultáis bajo la capa?*
>
> *Sosegado, el criado-caballero respondió:*
>
> *—Una cabeza de carnero que he mercado para mandarla asar en la hostería.*
>
> *No lo creyó el alguacil, y dijo:*
>
> *—¿Tendréis a bien mostrármela, caballero?*

El asesino, tranquilamente, abrió la capa, desenvolvió el papel y mostró la cabeza al alguacil… Pero aquí se produjo el prodigio. La cabeza no era la del carnero, sino la del sacerdote asesinado años antes. El alguacil detuvo al asesino, que pronto confesó su crimen y fue condenado a morir públicamente en la horca de la Plaza Mayor. Éste es, según la leyenda, el origen del nombre de una calle: calle de la Cabeza. **[85]**

Este Madrid, donde nunca falta un episodio engarzado en el rosario emblemático de lo español —amores, profanación, milagros, arrepentimiento y muerte—, va a ser escenario de un suceso que, según la leyenda, se inicia cuando, reunidos Felipe IV, Olivares y el protonotario Villanueva, éste, que es patrón del convento de San Plácido, pondera la extraordinaria belleza de una monja, llamada sor Margarita de la Cruz. Oírlo el rey y pensar la forma de lograrla todo es uno, acordando los reunidos, previo soborno a la superiora, acudir la noche siguiente a la celda de la monja, señalada como víctima de la lujuria real.

Las dádivas y ofrecimientos del conde, la maña del protonotario y la vecindad de la casa de éste facilitaron su deseo. Vivía, en efecto, el protonotario en una casa que se había hecho construir pegada al convento; y le fue fácil abrir una comunicación, que daba a la bóveda donde guardaban el carbón las religiosas, dentro ya de la clausura. Por esta vía sacrilega se proyectó el asalto a la monjita. Pero la superiora, advertida, defendió de la real lujuria a su monja con un recurso teatral, de pura cepa española: la hizo acostar en su celda, sobre su estrado, rodeada de luces y con un crucifijo entre las manos, como si estuviera muerta. Don Jerónimo, que precedía al rey y al conde-duque en su escalo nocturno por la carbonera, se espeluznó al contemplar el espectáculo; y espantado, retrocedió e hizo que el rey se volviese sin pasar más adelante. **[86]**

La leyenda añade que, como penitencia por su crimen no consumado, el rey le regaló al convento de San Plácido un Cristo —el famosísimo Cristo de Velázquez, honra del Museo del Prado— y un reloj que, al marcar las horas, doblaba a muerto.

El gobierno de España está en manos de don Gaspar de Guzmán y Acevedo, conde-duque de Olivares, quien como dueño de la voluntad del rey, le procura toda suerte de festejos, cacerías, toros y cañas, representaciones teatrales y correrías amorosas. La reina odia al valido, que está llevando a la nación a la ruina, y sólo aguarda el momento propicio para plantearle a Felipe IV el dilema: o prescindir de este hombre arrogante o dejar que España se desangre en las guerras con Francia, la rebelión de Cataluña, la rebelión de Portugal y la pérdida de Mantua y la Valtelina. Bravo Morata nos ha dejado un retrato perfecto del conde-duque:

> *Olivares lo era todo en la España de Felipe IV, y mandaba, desde luego, tanto o más que el propio rey. Era hombre de gran capacidad de trabajo, dado al lujo y a la ostentación. Vestía con más suntuosidad que el rey, lo cual ocasionaba muchos comentarios. Solía levantarse a las cinco de la mañana, y después de recibir brevemente a su confesor, comenzaba las audiencias que duraban hasta mediado el día.*
>
> *Parodiando a Carlos V, también el de Olivares se hizo introducir en su cámara un féretro, y le complacía meterse dentro y permanecer completamente quieto, con cuatro cirios encendidos en las cuatro esquinas del ataúd, mientras varios sacerdotes recitaban cánticos y salmos funerarios.* **[87]**

¿Cuándo se inicia el odio de la reina hacia Olivares? Probablemente hubo muchas causas, pero no sería la menos importante la de una respuesta que el valido diera a Isabel porque ésta discutió una de sus decisiones:

—Señora, los frailes a rezar y las mujeres a parir.

Llegado el momento que la reina considera oportuno, toma a su hijo, el infante Baltasar Carlos, de la mano y, sin previo aviso, se presenta ante Felipe IV, al que le dice que si desea ver a su hijo rey de España, si él mismo no quiere perder la Corona, si ama a sus súbditos y si desea pasar a la historia como un digno descendiente de Felipe II, Carlos V y los Reyes Católicos, deberá apartar inmediatamente a Olivares del poder. El rey no oculta su sorpresa ante el recio carácter mostrado por Isabel de Borbón y, el 17 de enero de 1643, llama a Olivares al que ordena abandonar todas las

responsabilidades que tiene otorgadas.

Sin embargo, esta mujer que no duda en cantarle las cuarenta al propio rey de España, no se atreverá a cortar de raíz el impertinente asedio del conde de Villamediana, que lleva su osadía a límites inauditos. En la corte, a nadie se le oculta que la Belisa de sus versos (también Francelisa y Francelinda) es la reina, y cuando ésta le pide que le diga quién es el objeto de sus amores, Villamediana, prometiéndole que lo sabrá al día siguiente, le envía un espejo.

Como presidenta de la Comisión de Fiestas de Primavera 1621, Isabel solicita al conde que escriba una obra para la representación que habría de celebrarse en los jardines de Aranjuez. Villamediana pone una condición: que sea la propia reina quien se digne actuar en tal representación. Ella acepta, y así es cómo el día señalado se estrena, en el Jardín de la Isla, *La gloria de Niquea*, en una de cuyas escenas Isabel de Borbón aparece sobre una nube, sentada en un trono, en la plenitud de su belleza. Terminada la representación, la concurrencia se dirige a un teatrillo levantado en el llamado Jardín de los Negros, donde habrá de interpretarse *El vellocino de oro*, de Lope de Vega.

Esta segunda representación discurría por los mejores cauces cuando, al iniciarse el segundo cuadro, una lengua de fuego, producida por la llama de una antorcha, prende en el decorado y, al poco, se extiende por todo el recinto, construido de madera. Impresionada por el suceso, Isabel pierde el sentido y cae a tierra desvanecida; entonces la toma en sus brazos Villamediana y la salva del incendio, para depositarla en un bosquecillo cercano.

A raíz del incidente, se dice que ha sido Villamediana quien lo ha provocado para poder apretar contra su pecho el cuerpo de la amada, lo que aguijonea los celos de Felipe IV, que no oculta su enojo.

Villamediana estaba considerado el mejor alanceador de su tiempo. En una de sus exhibiciones a caballo, en presencia de los reyes, Isabel dio rienda suelta a su admiración exclamando:

—¡Qué bien pica el conde!

Felipe IV, al que no faltaban rasgos de ingenio, replicó:

—Pica bien, pero pica alto.

Se cuentan mil anécdotas. Entre ellas que, estando la reina en sus habitaciones contemplando la sierra desde un ventanal, alguien,

por juego, le tapó los ojos. La reina protestó débilmente:

—Estaos quieto, conde.

Al volverse, comprobó que quien le había tapado los ojos no era Villamediana, sino el rey.

—¿Por qué me has llamado conde? —inquirió Felipe, con la mayor gravedad dibujada en el rostro.

—¿Por qué? —repitió Isabel, recurriendo a sus reflejos—. ¿Acaso no sois conde de Barcelona?

Es bajo el reinado de Felipe IV cuando se puede señalar el nacimiento del periodismo moderno, a través de unos «Avisos» en los que varios autores, con Barrionuevo y Pellicer a la cabeza, van dando cuenta de las noticias más sorprendentes, curiosas e insólitas:

Dícese que se ha aparecido el alma de don Antonio de Amada al padre Eusebio, de la Compañía de Jesús, hombre doctísimo y santo, y que le ha dicho que la primera vez que estuvo en el suplicio no iba bien dispuesto, y que la segunda sí, y que por la grande misericordia de Dios, no había estado en el Purgatorio más que tres horas.

*****

Viernes 16 de éste, prendieron una mujer de hasta cincuenta años, que fue dueña del conde de Santisteban, por enemiga del género humano. Tenía por vicio entrarse en las casas, introducirse con las criadas y echar tóxico en los guisados. Tiénenle comprobadas cuarenta y siete muertes.

*****

Una cosa me dicen graciosa de la marquesa de Leganés, que dándole una criada de la de Liche un porrazo a un perro que, entre los muchos que tiene, quería notablemente, se encolerizó tanto por habérsele muerto, que echaba más tacos que un carretero.

*****

A un músico capón del rey, que se llama don Lázaro del Valle,

le han retoñado los genitales, y está tan gozoso que los enseña a todos. Lo que es por curiosidad no puedo dejar de verlos, cosa de que los capones todos están muy gozosos, no perdiendo ninguno las esperanzas de verse algún día hombre hecho y derecho.

*****

En Alcalá de Henares un hortelano de don Francisco de Vera, casado con una mujer moza y de muy buena cara, echando basura con una borriquilla que tenía desde el campo a la huerta, se enamoró de su bestia y se aprovechó de ella a mediodía. Fue visto y huyó. Prendiéronle en los toros de Guadalajara y de hoy a mañana lo hacen chicharrones.

*****

Fue a oír misa al Buen Suceso un criado de los mayores del duque de Alba. Púsose al lado de una dama muy hermosa. Volvió algunas veces a mirarla y, al acabar la misa, con mayor cuidado, hallando junto a sí la figura de la Muerte. Desmayóse; trajéronle a su casa, en un coche, y murió a las veinticuatro horas. **[88]**

En el verano de 1622 se celebra en la Plaza Mayor, de Madrid, una fiesta de toros y cañas. De todos los que habrían de intervenir en ella destacó la figura de don Juan de Tassis, conde de Villamediana, que apareció montado en un corcel blanco. Una vez en el centro de la plaza, dirigió el saludo preceptivo al balcón de los reyes. Fue cuando todos pudieron observar la divisa que lucía: una leyenda, «Mis amores son…», y bajo ella, pintados, unos reales. Entre los asistentes se hicieron cábalas sobre el significado de tal divisa, hasta que un enano de la corte dio con la solución exacta: «Mis amores son reales». Ni el conde podía llegar a más, ni el rey iba a consentirlo. En la noche del 21 al 22 de agosto iba Villamediana en carroza con don Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio, cuando, al llegar a la Puerta de Guadalajara (o a la esquina de la calle de Boteros, según algunos), salió un hombre de un portal y, tras parar el coche y reconocer al conde le asestó una puñalada mortal. El insigne don Francisco de Quevedo describiría la escena:

[…] habiéndose paseado todo el día en su coche, y viniendo al anochecer con don Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio, a la mano izquierda en la testera, descubierto al estribo del coche, antes de llegar a su casa, en la calle Mayor, salió un hombre del portal de los Pellejeros, mandó parar el coche, llegóse al conde y, reconocido, le dio tal herida, que le partió el corazón. El conde, animosamente, asistiendo antes a la venganza que a la piedad, y diciendo «esto es hecho», empezando a sacar la espada y quitando el estribo, se arrojó a la calle, donde expiró luego entre la fiereza deste ademán y las pocas palabras referidas. Corrió el arroyo toda su sangre, y luego arrebatadamente fue llevado al portal de su casa, donde concurrió toda la corte a ver la herida, que cuando a pocos dio compasión a muchos fue espantosa. **[89]**

La daga mercenaria «le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejándole tal batería, que aun en un toro diera horror» **[90]**. Quien describe así la escena, don Luis de Góngora, parece que fue el autor de las décimas famosas que descubren la trama del crimen y quiénes fueran sus inductores:

Mentidero de Madrid,
decidnos, ¿quién mató al Conde?
Ni se sabe ni se esconde;
sin discurso discurrid.
Dicen que le mató el Cid
por ser el conde lozano.
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso soberano.

Capítulo VIII

Carlos II y Mariana de Neoburgo

La tragicomedia del rey hechizado

LA ESCENA supera todo cuanto pudiera concebir la imaginación más tétrica y macabra. En el monasterio de El Escorial, con motivo de inaugurarse los panteones de los reyes y de los infantes, se procede al traslado de los cadáveres allí depositados, que debía ser contemplado por el rey Carlos II para que, a la vista de tales despojos humanos, se pudiese liberar de los demonios que lo poseían. «Este [el rey] contempla lo que en cada uno de los féretros queda de su primera esposa, de su padre Felipe IV, de sus abuelos Felipe III y doña Margarita; de sus bisabuelos Felipe II y doña Ana, y de sus tatarabuelos los reyes emperadores don Carlos y doña Isabel. De todos aquellos despojos, alguno momificado y en buen estado de conservación, como es el caso del emperador, los que más honda impresión causan en Carlos II son los de su amada esposa la reina María Luisa, consumida y desfigurada a los nueve años de haber fallecido. Y el pobre Carlos se pasó toda aquella noche gimiendo y diciendo a gritos: "¡María Luisa! ¡Mi reina!…"».

Han transcurrido tan sólo diez días desde la muerte de María Luisa de Orleáns cuando el Consejo de Estado le sugiere que contraiga nuevo matrimonio por asegurar la descendencia. Don Carlos acepta aquello que se le pide y así es como, el 28 de agosto de 1689, se celebra la boda del rey con doña Mariana de Neoburgo, hija del elector palatino del Rhin, Felipe Guillermo, y de Isabel Amalia de Hesse Darmstadt, prolífica dama que ha engendrado veinticuatro hijos, circunstancia que hace prever el nacimiento de un sucesor en el trono, si es que su más directa descendiente ha heredado algo de su casticismo.

Quienes piensan en el heredero al trono de España parecen olvidar que el rey don Carlos es un enfermo crónico que apenas puede sostenerse en pie, tal como lo describe la musa popular en su despiadado sentido de la ironía:

El príncipe, al parecer,
por lo endeble y patiblando
es hijo de contrabando,
pues no se puede tener.

Martin Hume asegura que «tenía la voz débil y atiplada, pelo lacio de color aceituna, ojos linfáticos y saltones y el mirar apagado», en tanto la crónica de Folch de Cardona, transcrita por el duque de Maura, dice:

> *Padecía con frecuencia el rey Carlos II unos temblores que los físicos llaman movimientos convulsivos, los cuales, comprendiéndole todo el cuerpo, le dejaban sumamente fatigado, atormentándole regularmente al tercero o cuarto día y siempre después de comer y algunas veces después de haber tomado el sueño. A esto se agregaba sentir un interior desfallecimiento, como si se fuera a desmayar. De uno y otro procuraron preservarle los médicos; pero fueron inútiles sus diligencias, y ya que no podían desterrarlos, los dejaron por habituales. Con estas continuas baterías y el estrago que precisamente ocasionaban los cordiales, pócimas confortantes y otros que le aplicaron, fueron postrando insensiblemente aquella naturaleza de calidad que, desfiguradas las facciones y extenuado el vigor, en todo parecía un anciano de setenta años. De todo ello dimanó poco a poco se fuese esparciendo un rumor de que Su Majestad estaba maleficiado, y esto con el tiempo llegó a extenderse por la corte, por toda España y aun fuera de ella, hasta el extremo de que este punto del maleficio del rey fue tratado seriamente en el Consejo de la Inquisición.* **[91]**

Sin embargo, como hemos visto, hubo una princesa que accedió a casarse con él. No por amor, que no sintieron nunca —ni la reina por el rey ni el rey por la reina—, sino por fines bastardos, al frente

de los cuales figuraba el afán de doña Mariana de Neoburgo de favorecer a su familia. Para conseguir sus propósitos, la reina abanderó pronto un partido austríaco, enemigo del francés, al tiempo de vender cargos y honores a elevadísimo precio.

De esta reina, que ni siquiera se propuso un solo día la felicidad del rey más desgraciado de la historia de España, nos dejó una certera semblanza Antonio Cánovas del Castillo:

> *Era soberbia, imperiosa, altiva, la capacidad moderada, el antojo sin moderación ni límite, la ambición de atesorar grande, no menor la de tener parte en el manejo del gobierno, así en las resoluciones arduas como en la provisión de mercedes, cargos y honores. Llevaba con tal impaciencia cualquier cosa que se opusiese a su voluntad, que hasta con el rey prorrumpía en desabrimientos muy osados y en injurias, que Carlos, flaco y enfermo, sufría con tolerancia por no saber con vigor excusarlo, haciendo lo que ella quería muchas veces, aunque repugnara a su entendimiento.* **[92]**

Para obtener todos los beneficios a que aspiraba su insaciable codicia, Ana de Neoburgo finge su primer embarazo cuando aún no lleva un mes de casada. Es una farsa que repetirá once veces más, desistiendo de ella cuando, a fuerza de ser repetida, no causa la más leve impresión en una corte ahora más preocupada por salvar al rey de sus demonios que de los sucesivos embarazos y abortos falsos. La verdad es que ya no importa demasiado, pues al dar por finalizadas las representaciones, la reina ha conseguido nombrar a un confesor de confianza, desplazar a su enemigo el conde de Oropesa y situar en lugares preferentes a unos personajes de su cuerda, tan nefastos como la baronesa de Berleps, el barón Enrique Wiesser y el capuchino Gabriel Chiusa, a quienes el pueblo llamará La Perdiz, El Cojo y El Mulo. Lo que a los allegados del rey más les importa es liberarlo de sus hechizos. Para ello, el inquisidor general, Rocaberti, y el confesor del rey, padre Froilán Díaz, se dirigen al capellán de un convento de monjas de Cangas, Asturias, llamado Antonio Alvarez Argüelles, que tiene resonante fama de exorcista, pidiéndole que ordene al demonio un informe sobre los embelecos de Carlos:

Vuestra Paternidad pondrá los nombres del rey y de la reina escritos en una cédula, en el pecho. Luego conjurará al Demonio preguntándole si alguna de las personas cuyo nombre lleváis en el pecho tiene maleficio.

El dominico Alvarez Argüelles cumple su misión con exquisita diligencia y, en el menor tiempo posible, escribe al confesor del rey:

Díjome el Demonio anoche que el rey se halla hechizado maléficamente para gobernar y para tener hijos. Se le hechizó cuando tenía catorce años con un chocolate en el que se disolvieron los sesos de un hombre muerto para quitarle la salud y envenenarle los riñones y corromperle. Los efectos del bebedizo se renuevan cada luna y son mayores cuando las lunas nuevas.

Los señores del Consejo de la Inquisición quieren saber más, para poner remedio eficaz al caso: «Vuestra Paternidad preguntará al Malo que quién fue la persona que dio el bebedizo a Su Majestad».

De nuevo el fraile conjura al Maligno y remite la respuesta. «Díjome el Demonio que la persona que dio el bebedizo al rey fue su madre, la reina Mariana de Austria, poseída de ambición y para seguir gobernando ante la incapacidad de su heredero».

Trasladados los informes a la policía, ésta averigua que el hombre muerto cuyos sesos habían servido para el hechizo, diluidos en el chocolate, era un vecino de Madrid, cuya viuda había facilitado el cráneo para tales operaciones.

—Pregunte Vuestra Paternidad al Malo quién es la viuda y dónde vive.

—Denomínase la tal viuda Casilda Pérez y vive en la calle de los Herreros de la Villa y Corte.

Mientras aparece o no la Casilda del informe, el Consejo requiere a fray Antonio Alvarez para que les ilustre sobre los remedios que se deben aplicar al rey. Como siempre, la respuesta no se hace esperar:

Los remedios de que necesita el rey son aquellos mismos que la Iglesia tiene aprobados: lo primero, darle aceite bendito en ayunas;

lo segundo, ungirle el cuerpo y la cabeza con el mismo aceite; lo tercero, darle una purga en la forma en que previenen los exorcismos y separarle de la reina.

Sin experimentar mejoría alguna con los remedios ordenados por Argüelles, don Carlos tiene que atender a otra batalla interna porque, en tanto él quiere que el nuevo inquisidor general sea el cardenal Córdoba, doña Mariana se muestra inflexible a favor de su confesor para tan codiciado cargo. Por fin es don Carlos quien gana el pleito, pero quedándose exhausto, ya que cualquier esfuerzo basta para dejarlo hecho una ruina humana. La facción de la reina redobla sus ataques, sin dar el litigio por perdido, tendentes a demostrar que el rey está poseído por el Maligno.

Por aquellos días se presenta en la corte un fraile capuchino italiano, fray Mauro de Tenda, quien, según confesión propia, viene andando desde la Baboya sin otra aspiración que la de salvar la vida del rey, lo que afirma en su calidad de experto en la práctica exorcista. El ofrecimiento de fray Mauro es discutido acaloradamente por los consejeros civiles, militares y eclesiásticos, hasta que por fin se otorga la venia para que el capuchino italiano inicie sus sesiones bajo la mirada atenta del Santo Oficio.

Las fórmulas [del exorcismo] podían variar, pero la más utilizada era la siguiente: «Exoscísoos, espíritus impuros, enemigos del género humano y de las disposiciones divinas, en el nombre de la singular Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Conjúroos por Aquel que, habiendo de nacer de una Virgen, para honrar con su nacimiento el estado matrimonial, eligió principalmente por madre a la que ya estaba desposada con varón. Conjúroos por el mismo Jesucristo que vino a este mundo a deshacer las obras diabólicas y a borrar la escritura de la sentencia que nos era contraria, fijándola en la Cruz, para que desliguéis y remováis de estos cónyuges todo cuanto por encantamiento o ligadura o cualquier otro hechizo de vuestras armas malignas les impide abrazar el santo estado del matrimonio y practicar las cosas propias de ese estado».

Enseñan, a este respecto, especialistas en la materia, como Tomás Sánchez Pelao y otros, que pecan mortalmente aquellos

que preguntan algo al diablo a modo de súplica y no de orden, o cuando le preguntan con el fin de aprender de él, o cuando se da excesivo crédito y certeza a sus respuestas, o cuando se habla excesivamente de cosas varias e inútiles para el fin que se persigue. **[93]**

Fray Mauro era un lince al que no se le escapaba el menor detalle, por lo que, habiendo observado que el rey llevaba sobre el pecho un pequeño saquito, colgando de una cadena de oro, se entrevistó con la reina, a la que ordenó:

—Esta noche, cuando el rey duerma, le quitaréis el saquito que lleva colgado del pecho y que al dormir deja bajo la almohada. El rey no debe darse cuenta.

Así lo hace doña Mariana, sin que estuviera muy claro que, al verse sin la asistencia del saquito, el rey mejorara de su estado. Al menos el embajador de Francia, Rebenac, haciendo gala de unas dotes excepcionales para el espionaje, escribe a su señor Luis XIV:

He conseguido examinar unos calzoncillos del rey. Son de un tosco tejido que seguramente roza su piel. He ordenado que sean estudiados por dos cirujanos de esta embajada. Uno de ellos cree que se puede producir la generación. El otro, en cambio, piensa que no.

La reina cumple su cometido con el mayor esmero. Fray Mauro examina el contenido del saquito, que es el mismo que suele emplearse en los hechizos: cáscara de huevo, uñas de los pies y cabellos.

Mientras tanto, las actividades y órdenes de fray Mauro de Tenda no impiden que adquiera una especial virulencia el litigio que conmueve a gran parte de las cortes europeas: el de la sucesión en el trono de España, que la reina tiene reservada para el pretendiente austriaco, en abierta pugna con los deseos de don Carlos, que promueve a un candidato francés. Sometido el caso al dictado del Sumo Pontífice, Inocencio XIII, enemigo a muerte de la Casa de Austria, expone al *rey hechizado*:

No sería bastante siquiera elegir un sucesor, si aquél en quien recayese el nombramiento no se hallase en estado de sostener el

peso de un grande imperio. Es indispensable que le asista buen derecho, siendo éste el solo medio de impedir las desgracias que se siguen siempre a las usurpaciones y de evitar que la autoridad, aunque legítima, pueda confundirse con la tiranía. En medio de tan grande número de males, no nos deja la Providencia más que un solo remedio, que existe para nosotros solamente en la Casa de Borbón, tan fuerte y generosa, la cual posee los derechos más incontestables a la sucesión. Recurrir a cualquiera otra sería destruir la monarquía, que se convertiría entonces en una provincia de Francia.

Somos, pues, de opinión que se nombre inmediatamente al duque de Anjou sucesor de la corona, bajo la expresa condición de que en época alguna empuñará la misma mano contra ambos cetros. Bajo este nuevo rey brillará nuestra gloria opaca con nuevo brillo. No tan sólo de este modo nos libertaremos de enemigo tan terrible, sino que será para nosotros el más poderoso de los protectores. [94]

Carlos II hace testamento a favor del duque de Anjou —que reinará en España con el nombre de Felipe V, dando paso a la dinastía de los Borbones— y Mariana de Neoburgo, al conocer su fracaso, antes de enviudar ya proyecta su casamiento con José de Austria, a través del cual apoyará la causa del archiduque Carlos, aprestado a la Guerra de Sucesión para conquistar la Corona perdida.

En el verano de 1700 el estado del rey es desesperado:

Hecho una piltrafa, cayó postrado en la cama, se volvía sordo por momentos y la reina le daba continuamente sorbos de leche fría. Para evitarle el vértigo, se le ponían pichones muertos en la cabeza y en los pies, pero todos los remedios fueron inútiles. El último día de octubre su cuerpo se iba enfriando por momentos, e intentaron mantenerlo caliente colocándole sobre el estómago las entrañas ardientes de animales recién sacrificados. Pero el resultado fue que quedó sin voz y, como último remedio, le dieron a beber Agua de la Vida.

A las dos horas y cuarenta y nueve minutos de la madrugada del día 1 de noviembre de 1700, Carlos II, el último rey de los

Habsburgos españoles, dejaba de existir. La autopsia del cadáver demostró que tenía el corazón del tamaño de una nuez, tres grandes piedras en el hígado, los riñones llenos de agua y los intestinos podridos. [95]

Capítulo IX

Felipe V e Isabel de Farnesio

La esquizofrenia del primer Borbón

ENTRE las más ilustres dignidades de palacio reina una agitada desazón, dada la imposibilidad de satisfacer los deseos de su majestad, Felipe V, a quien su terrible enfermedad le ha hecho creer que está muerto y, por tanto, necesita ser enterrado. Hasta ahora, agobiados por los absurdos caprichos del rey y el afán de servir con lealtad y en silencio, han hecho todo lo posible por acceder a las disparatadas solicitudes del soberano, pero celebrar sus exequias, inhumando su cuerpo en el panteón de El Escorial, es demasiado. Felipe V de Anjou se cree ya cadáver y, como tal, ordena que su cuerpo sea depositado en el féretro para oír desde él las oraciones y los cánticos de la misa de réquiem.

Son los estertores de un estado de melancolía que empezó en él, aunque levemente y sin las enloquecidas manifestaciones de ahora, cuando, siendo un muchacho de diecisiete años, ve cumplidas las aspiraciones de su abuelo, Luis XIV de Francia, y atraviesa la frontera para ser proclamado rey de España. La desconcertante enfermedad vendrá a agravarse, con claros síntomas de alarma, al fallecimiento de su primera esposa, doña María Luisa Gabriela de Saboya. Es cuando la omnipotente princesa de Orsini (Ursinos para los españoles) escribe a *madame* de Maintenon:

> *El rey vive sumido en la más honda tristeza. No descansa. Le parece que el palacio está lleno de sombras y habla de abandonarlo todo para habitar la morada del duque de Medinaceli. Llora con frecuencia y no quiere ver a nadie. Desde hace casi un mes, a partir del momento en que se le dijo que sólo*

un milagro podía salvar la vida de la reina, no se ocupa de nada que no sea su íntimo pesar. En el instante de exhalar el último aliento mi señora, Su Majestad tenía reclinada la cabeza en la misma almohada, muy cerca de la de ella, y las manos se las apretaba con las suyas. Se dio cuenta que había dejado de existir su fiel consorte cuando Brancas, Helvecio y yo, con algunos nobles que apresuradamente entraron en la cámara, nos acercamos en solicitud de que abandonase aquella estancia. Mi pluma se resiste a describir aquel momento. El rey era dominado por la más sincera aflicción. **[96]**

María Luisa Gabriela de Saboya y Felipe V habían sido una pareja entregada por entero a los delirios del amor más entusiasta; hasta tal punto que, al faltar ella, el rey se vio sumido en una patética soledad, por lo que la princesa de los Ursinos, María Ana de la Tremouille, hizo a un ministro la siguiente confidencia:

—A cada instante que transcurre se hace más urgente la necesidad de buscar una esposa para el rey. Como no ignoráis, la continencia produce dolores de cabeza y sudores a Su Majestad, y no es posible siquiera apelar al simple remedio de una amante, ya que la conciencia del rey continúa siendo tan fuerte como su ardor temperamental.

Así es como, acordado el casamiento de Felipe con la candidata del cardenal Alberoni, doña Isabel de Farnesio —un casamiento por interés, cuyas consecuencias habrán de pagar ambos contrayentes cuando se aplaquen los ardores de la luna de miel—, no puede decirse que hubiera existido nunca una brizna de amor entre el primer Borbón de nuestra historia y la hija de los duques de Parma, que el embajador duque de Saint-Agnau describe «alta y muy bien formada. Me parece que puede gustar, aun no siendo bella. Tiene buen aire y ojos de cierta espiritualidad. Sin duda, la viruela le ha quitado muchos encantos», mientras que para Taxonera la nueva reina es «viva, intrépida, astuta, versada en idiomas, gustosa de la política, aficionada a la historia y preocupada por todas las actividades artísticas e intelectuales».

Es el siglo XVIII español, con sus academias, sus atisbos liberales, una guerra de sucesión que acabará con la victoria de Felipe V, una sociedad condicionada por la influencia francesa y una prensa

reducida aún a unas hojas volanderas cuyos «anuncios» tuvo el acierto de recopilar el historiador Bravo Morata:

Quien quiera comprar una mulata de veintidós años, muy robusta y de buena presencia, que sabe aplanchar a la inglesa, pues lo es, coser en blanco y de color, lavar y guisar con primor, acudirá a la calle de San Onofre, número 22, cuarto principal, donde darán razón del precio y dejarán que la vean.

*****

Vendo mi esqueleto y no cobro mucho.

*****

Véndese lacayo de color, hermoso. Sabe llevar tronco de mulas o caballos si fuera preciso.

*****

Señora recién llegada de Ultramar empleará hasta ocho golfos no mayores de veintiocho años.

*****

Se necesita un joven medianamente decente para servicio de familia honorable. [97]

El matrimonio de Felipe V con Isabel de Farnesio responde a una jugada maestra del abate Julio Alberoni. Consciente el purpurado del extraordinario poder de la princesa de los Ursinos en la corte, sabe que la mujer del monarca será aquélla que la princesa designe, por lo que, recurriendo a una mentira que los hechos habrán de descubrir pronto, presenta a la Farnesio como una muchacha insignificante, dócil y hogareña, «que se atiborra de mantequilla y queso parmesano», sin otro horizonte que el de una vida fácil y cómoda. La de los Ursinos ve en la información de Alberoni la mujer ideal para el rey, ya que, alejada de las intrigas políticas, le cederá a ella la plena responsabilidad de la gobernación del reino.

Tal vez esta circunstancia explique que, al verse por vez primera la princesa e Isabel de Farnesio, aquélla tenga la osadía de decirle:

—¡Cielos, señora, qué mal formada estáis! ¡Qué cintura tan gruesa!

La reina palidece, reprime su agitada respiración y ordena al oficial de guardia:

—¡Llevaos de aquí a esta loca que ha osado insultarme!

Fue el primer mandamiento de Isabel en España: el de una mujer soberbia, intolerante y, como demostrará el paso de los días, seducida por la pasión de mandar.

Junto a ella, Felipe de Anjou apenas dedica tiempo a las tareas del Estado; bien es cierto que la Guerra de Sucesión, entablada contra las pretensiones del archiduque de Austria, no le deja mucho margen para intervenir en el quehacer que la política impone. La guerra se desarrolla con sucesivas alternativas y, al final, será Felipe V quien salga de ella victorioso, aunque los vaivenes de la conflagración le lleven a perder una de las más preciadas joyas de la Corona:

> *El día primero de agosto de 1704, una poderosa escuadra combinada, integrada por barcos ingleses y holandeses (que luchaban a favor del Archiduque) apareció ante el Peñón de Gibraltar. La plaza estaba guarnecida —o, mejor, desguarnecida— por 100 soldados, 100 cañones, la mayor parte de éstos en malas condiciones de funcionamiento o a medio montar, y una milicia de 400 vecinos, armados de forma muy irregular. Toda esta fuerza estaba mandada por el general Diego de Salinas, gobernador militar de la plaza. La escuadra que se había detenido frente a Gibraltar ocupaba muchas millas en el Estrecho, pues constaba de más de 25 000 marinos, a bordo de 61 navios de guerra con 4000 cañones y una flota auxiliar de desembarco con 9000 soldados a bordo de 68 embarcaciones de transporte. La proporción era, por lo tanto, de 40 a uno en cuanto a cañones, y de casi 70 a uno en cuanto a los combatientes. No había defensa posible.* **[98]**

La llegada de la reina a la corte era esperada con impaciencia por Felipe V, quien tras la misa de velaciones, celebrada en el

Palacio del Infantado, de Guadalajara, por el patriarca de las Indias, «dio la mano a la reina, condújola en el acto a la capilla, donde su matrimonio se ratificó, y desde allí a su cámara, en la cual, en el acto, y siendo las seis de la tarde, ambos se metieron en la cama, que no dejaron hasta cerca de la medianoche, para asistir a la misa del gallo». El francés Louville, que visitó España en 1716, observa:

> *Sabía la reina que si Felipe V se había casado de nuevo era para poder satisfacer, libremente y sin pecado, su apetito sexual. Consciente de ello, supeditó todos los actos y su tiempo a satisfacer los apetitos del rey procurando no decepcionarle, sabedora de que la mejor forma de dominar a su marido era la cama; y así lo dejó escrito un cronista de aquellos años: «Su verdadero trono fue el tálamo, y desde él la reina y señora gobernó a su gusto entre concesiones y exigencias de mujer»* **[99]**.

Es el momento de Alberoni, una vez desterrada la princesa de los Ursinos. Un Alberoni inteligente, suspicaz, adulador y ambicioso, del que se cuenta una iniciación plena de desfachatez y osadía:

> *De modesto origen, se dice que este clérigo debió su buena carrera a las debilidades sexuales del duque de Vendóme, quien, como era muy usual entre los grandes señores de la época, recibía a sus visitantes mientras se hallaba haciendo sus necesidades fisiológicas en un perico; así le fue presentado por un cardenal este joven clérigo italiano; y cuando Vendóme, concluidas aquellas necesidades, se incorporó en plena audiencia para que su criado le pasara una esponja y una toalla por el lugar del cuerpo en el que la espalda pierde su honroso nombre, tuvo la ocurrencia de exclamar el clérigo: «Oh, qué culito de ángel»* **[100]**.

Así, por estos tortuosos caminos, es como Julio Alberoni consigue las más altas dignidades de la corte y el capelo de cardenal otorgado por el papa Clemente XIV. Mientras tanto, no es el rey, sino Isabel de Farnesio quien entiende en todos los asuntos del Estado. Ya que sólo ha sido llamada al matrimonio para satisfacer el rijoso temperamento del rey, sabrá aprovecharse de la

circunstancia, alentando los deseos de Felipe V, a quien cada día le son más insufribles las tareas del gobierno. La renuncia a la Corona es algo que el soberano ha ido madurando, en largas jornadas de reflexión, hasta que el 10 de enero de 1724, cuando cuenta cuarenta años de edad, firma un decreto concebido en los siguientes términos:

> *Habiendo considerado de cuatro años a esta parte con alguna particular reflexión y madurez las miserias de esta vida, por las enfermedades, guerras y turbulencias que Dios ha sido servido enviarme en los veintitrés años de mi reinado, y considerando también que mi hijo primogénito don Luis, príncipe jurado de España, se halla también en edad suficiente, ya casado y con capacidad, juicio y prendas suficientes para regir y gobernar con asiento y justicia esta monarquía, he deliberado apartarme absolutamente del gobierno y manejo de ella, renunciándola con todos sus Estados, reinos, señoríos, en el referido príncipe don Luis, mi hijo primogénito, y retirarme con la reina, en quien he hallado muy pronto ánimo y voluntad a acompañarme gustosa a este palacio y retiro de San Ildefonso, pensar en la muerte y solicitar mi salud. Lo participo al Consejo, para que en su vista avise en donde convenga, y llegue a noticia de todos. En San Ildefonso a 10 de enero de 1724.* **[101]**

Poco después, Felipe V escribe una carta a su hijo, el príncipe de Asturias:

> *Habiéndose servido la Majestad Divina por su infinita misericordia, hijo mío muy amado, de hacerme conocer de algunos días acá la nada del mundo y la vanidad de sus grandezas, y darme al mismo tiempo un deseo ardiente de los bienes eternos que deben sin comparación alguna ser preferidos a todos los de la tierra, los cuales no nos los dio Su Majestad sino para este único fin, me ha parecido que no podía corresponder mejor a los favores de un Padre tan bueno que me llama para que le sirva, y que me ha dado en toda mi vida tantas señales de una visible protección, con que me ha librado, así de las enfermedades con que ha servido de visitarme, como de las ocurrencias dificultosas de mi reinado,*

en el cual me ha protegido, y conservado la Corona contra tantas potencias unidas que la pretendían arrancar, sino sacrificándole y poniendo a sus pies esta misma Corona […]. **[102]**

La verdad es que nadie cree en la sinceridad de Felipe V. Más bien se piensa, con razón, que al presentársele a la Corona francesa un porvenir incierto, la reina Isabel es conforme con la renuncia al trono de España para acceder más fácilmente al de Francia. Es lo que piensa el pueblo, poniendo toda su intencionalidad en unas bien construidas coplas de ciegos:

Nadie en el mundo se escapa.
Nadie renuncia por Dios:
renuncia un rey por ser dos
y un obispo por ser Papa.
La política lo tapa;
pero en trance tan severo,
conocerá el más sincero
que está la razón de Estado,
entre el cetro y el cayado,
engañando al mundo entero.

Sin embargo, Felipe V no engañaba a nadie, sumido en las fiebres y los rigores de una melancolía que poco a poco iba precipitándolo en una actitud sin retorno, como la descrita en un documento citado por Arthur Chuquet:

[…] hacía casi un año que no se había mudado de ropa. Su traje estaba hecho jirones y su pantalón descosido. Cuando le ocurría algún percance, sea porque se sentase o se le cayeran los pantalones, se le quedaban los muslos al descubierto. Cansado de remendarle los pantalones su ayuda de cámara, terminó el mismo rey por hacerse los remiendos con seda que pedía a las camareras. Cuando salía a misa, la reina sujetaba los jirones del pantalón con alfileres, y él tranquilamente la dejaba hacer. **[103]**

Por este tiempo el pueblo distrae sus ocios con habladurías de toda índole, referidas a la reina, quien al contemplar la postración

del rey no halla otro quehacer más edificante que postularse ella misma como sucesora de la Corona de Francia, lo que da idea cabal del amor que profesa a su marido. Coronado rey su hijo Luis, siete meses después de haber accedido al trono cae enfermo de viruelas malignas que le llevarán a la muerte, por lo que Felipe V se ve obligado a reinar nuevamente, a pesar de que su estado traspasa todos los límites soportables para una esposa sin más empeño que el de imponer su voluntad. En estas décadas, aparte de los conflictos de la corte, las charlas en mentideros y tertulias giran en torno a historias más o menos curiosas con las que los madrileños ocupan sus horas:

> *Una dama joven, hija de un conde, acudió a encargar unos zarcillos a cierta platería que estaba cerca de la Plaza Mayor. El joyero era viejo y repulsivo, pero tenía un oficial de muy buena presencia. La condesita se prendó de él; y tan prendada quedó que, cuando los zarcillos estuvieron terminados encargó un dije, a fin de tener ocasión de volver a la platería y ver al holandés alto de los ojos azules y la planta garbosa […]. Con esto pasaron los meses, y aun los años; el oficial, que llevaba comisión, se hizo hombre pudiente y comenzó a vestir terciopelos negros y broches de oro. Fue aumentando el amor de los jóvenes —que pese a la comisión era sincero también en él— y un día decidieron fugarse. Al enterarse el conde, herido en sus más altivos blasones, ciñó la espada y pidió el carruaje. Allá fue brincando sobre el reciente empedrado en busca de la honra […]. Cuando el conde llegó a la platería, los jóvenes habían huido. No dice más la historia, sino que el noble quiso ensartar al viejo platero, pero le dio a tiempo un ataque de alferecía, que también era dolencia de la época, y no pudo llevar a término su propósito.* **[104]**

La enfermedad iba apoderándose de aquel cuerpo flaco y sin voluntad que hacía presagiar el fatal desenlace en un plazo muy breve. Lo escribe así Pedro Voltes:

> *A medida que creció en años, creció también en rarezas don Felipe, «desgraciado hipocondríaco, sujeto a toda clase de manías, al que le daba por guardar cama semanas enteras, quejándose de*

dolencias imaginarias», como dice Washington Irving. Describe también éste la más extremada y preocupante de las ocurrencias que tuvo S. M. Fue la de creerse difunto y en consecuencia ordenar a los cortesanos que lo enterrasen, cosa de muy difícil obediencia y que causó días de gran angustia. Al lado de éstas, las manías restantes eran cosa de poca monta: entre ellas, no cortarse los cabellos, ni tampoco las uñas de los pies, cosa que le impedía andar, así como el hacer de la noche día, encendiendo cientos de luces, y del día noche, corriendo todos los cortinajes. El único apaciguamiento de semejantes delirios lo supo procurar el cantante Farinelli, con su arte y su simpática bondad, que debió de ser enormísima y a prueba de bomba, cuando resistió en vida y en la posteridad unos ambientes tan corrosivos como los de aquella Corte y la de Fernando VI. **[105]**

La devoción de Felipe V por el cantante Carlo Broschi Farinelli era compartida por la reina, quien le abría sus habitaciones a cualquier hora. Esto hizo que empezaran a desbocarse las maledicencias, pero el rumor duró muy poco al conocerse que el famoso divo era *castrato* e incapaz, por tanto, de satisfacer los apremios temperamentales de las damas. De otra parte, están las razones irrebatibles de los hechos, ya que la Farnesio se muestra cada día más solícita con su marido, al que atiende con exquisitez, lo que no desmiente la evidencia de un matrimonio imposible dados los extremos a los que la enfermedad ha llevado a Felipe de Anjou:

Felipe V se repliega en sí mismo en el Alcázar sevillano, más abrumado que nunca; sus manías y excentricidades alcanzan en esta época un punto álgido; el rey llega a confundir el día con la noche de modo que trastueca toda la organización cortesana: había de desayunar después de la puesta de sol; se almorzaba a las doce de la noche; a las tres de la madrugada, y ello en lo más crudo del invierno, salía a pescar en los estanques de los jardines del Alcázar, debiéndole acompañar la reina y los cortesanos; de madrugada mandaba ir a su cámara a los ministros y secretarios para despachar con ellos; cuando daban las ocho de la mañana se hacía servir la cena, y dando por terminada la jornada se metía en la cama entre nueve y diez hasta las cinco o las seis de la tarde.

No consentía en estos períodos que le lavasen ni afeitasen; llevaba los bolsillos de la casaca repletos de tabaco y de triaca y tomaba de uno y de otra a puñados, despidiendo tal olor, que si en otras ocasiones los cortesanos se disputaban el gran honor de gozar de la proximidad a la real persona, ahora tenían como el mejor de los alivios el poder estar lo más lejos posible de don Felipe. **[106]**

En la mañana del 9 de julio de 1746 la reina habla de las dificultades que su hijo Felipe está sufriendo en su ducado de Parma. El rey no se ha levantado todavía e Isabel se acerca a leerle unos despachos que se han recibido de Nápoles. Don Felipe se incorpora, para leer por sí mismo los comunicados y cae inerte en el regazo de Isabel.

Han sido veintidós años juntos sin unión de ideales, identidad de criterio ni amor auténtico, hasta esta mañana en que deja de existir Felipe V para descanso de su alma y de una corte desesperada, cuyos principales miembros también están a punto de volverse locos con las excentricidades de un rey infeliz.

Capítulo X

Luis I y Luisa Isabel de Orleans

El sublime sacrificio de una ramera

EL 8 de diciembre de 1707 se celebra en la iglesia de Atocha, de Madrid, el bautizo del primer Borbón nacido en España, Luis I, hijo de Felipe V y de su primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya. Tras la ceremonia religiosa, la madre del infante lo presenta al pueblo, alzándolo en sus brazos, y exclama:

—Éste es Luisillo, vuestro paisano.

La campechanía de la reina y el deseo general de ver normalizada la descendencia en el trono, hacen que la frase sea contestada con un clamor de júbilo, —como si el pueblo asumiera la adopción de este infante llamado a una vida breve y desgraciada—. No poca parte, en la responsabilidad de esta desdicha, tuvo la segunda esposa de Felipe V, doña Isabel de Farnesio, animada sin duda de la mejor voluntad, ya que, para asegurar a los infantes un espléndido porvenir, llegada la hora pone en práctica el plan de ofrecer al duque de Orleáns, regente de Francia, la mano de su hija María Ana Victoria, como futura esposa de Luis XV, al tiempo de casar al príncipe Luis con *mademoiselle* de Montpensier, hija ilegítima de Luis XIV y de su amante *madame* de Montespan.

Ciertamente, los españoles no acogen con satisfacción el matrimonio de su infante con una muchacha que posee de forma indeleble su calidad de bastardía, pero esos mismos españoles quieren al príncipe, al que llaman *el buen Luis* y acaban aceptando un enlace que iba a originar más de un dolor de cabeza en la corte de España.

Mademoiselle de Montpensier, Luisa Isabel de Orleáns, había nacido bajo el temor de una muerte prematura, siendo bautizada

apresuradamente para que, al menos, de producirse el óbito, alcanzara el cielo. La niña, sin embargo, no muere y a los cuatro años es enviada a educarse en un convento de monjas, donde las primeras muestras de su carácter denuncian una expresión independiente y díscola. Hasta tal extremo se traduce esto en diabluras y alborotos, que los padres han de desistir de su educación en la comunidad de religiosas y acuerdan tenerla con ellos, en una corte licenciosa que no era, por cierto, la mejor escuela donde moldear el temperamento de la chiquilla.

El matrimonio se celebra en Lerma, el 20 de enero de 1722, oficiado por el cardenal Borja, patriarca de las Indias, y tras el baile de gala con que es festejado el acontecimiento, se lleva a cabo la protocolaria consumación del mismo, dando ocasión a un episodio jocoso por la minoría de edad de los contrayentes:

> *Entraron Sus Majestades en la cámara nupcial y tras ellos los cortesanos y embajadores. El rey mandó descorrer las cortinas del lecho y en él aparecieron acostados Luis y Luisa Isabel, arropados sus cuerpos entre sábanas de seda y damascos. Luis está sonrojado, un poco avergonzado quizá; mas en los ojos de Isabel brilla una chispa de malicia y su rostro se muestra tranquilo. La visita dura unos minutos hasta que el rey manda cerrar las cortinas, y todos los presentes abandonan la cámara a la inversa de como habían entrado. Mientras, el mayordomo y la camarera mayor proceden a separar rápidamente a los jóvenes cónyuges, en evitación de que en sus calenturientas cabecitas aniden ciertos deseos que de momento no pueden ser satisfechos, pues Luisa Isabel, de doce años, aún no ha tenido la menarquia.* [107]

Transcurridos dos años desde tal suceso, el rey Felipe V abdica la corona en su hijo Luis, siendo aceptada por éste. Comoquiera que el príncipe de Asturias estaba en El Escorial, hasta allí va el marqués de Grimaldo, el 14 de enero de 1724, para hacerle partícipe de la decisión y entregarle una carta de su padre en la que, entre otras cosas, le dice:

> *Evitad en cuanto fuese posible las ofensas de Dios en vuestros reinos, y emplead todo vuestro poder en que sea servido, honrado*

y respetado en todo lo que estuviese sujeto a vuestro dominio. Tened siempre gran devoción a la Santísima Virgen, y poneos bajo su protección, como también vuestros reinos, pues por ningún medio podréis conseguir mejor lo que para vos y para ellos necesitaréis. Sed siempre, como lo debéis ser, obediente a la Santa Sede y al Papa, como vicario de Jesucristo. Amparad y mantened siempre el tribunal de la Inquisición, que puede llamarse el baluarte de la fe y al cual se debe su conservación en toda pureza en los estados de España. **[108]**

Luisa ha alcanzado la menarquia, lo que quiere decir que ya se han cumplido las condiciones precisas para la consumación del matrimonio, cuyo ceremonial íntimo será descrito por un diplomático francés en estos términos:

Los príncipes aguardaban con impaciencia la llegada de Sus Majestades para ejecutar lo que ya les había sido permitido. Cuando llegaron, pasó el rey a la alcoba de su hijo y le mandó desnudar en su presencia; la reina hizo lo propio con la Princesa y la hizo acostar, tras lo cual Felipe V condujo a don Luis al aposento y lo metió en el lecho. A la mañana siguiente, los reyes volvieron a la cámara. El Príncipe parecía satisfecho; la Princesa, acalorada; ambos muy alegres. **[109]**

Mientras Luisa Isabel fue una niña que traía de cabeza a sus maestros y preceptores, Luis supo disculpar las travesuras con exquisita benevolencia, pero la niña se hizo mujer y, lógicamente, ya no era igual transigir con sus retozos y escándalos. Luisa Isabel llevaba su desenvoltura al extremo de pasear en camisón por el palacio, «corretear casi desnuda por los jardines» y hacer partícipes a los criados de sus juegos, casi siempre espoleados por los excesos en la bebida. A partir de entonces, el matrimonio de los nuevos reyes se precipitó hacia la sima de la desgracia, tanto más insufrible para Luis I cuanto mayor era la desenvoltura de Luisa Isabel de Orleáns, dada a una desenfrenada carrera de escándalos desconocidos hasta entonces en una corte celosa del comportamiento de sus soberanos.

Fue Luisa Isabel «la primera y única reina de España con

inclinaciones lesbianas» [110]:

> *Supo el rey Luis por la condesa de Altamira, camarera mayor de la reina, que había pervertido a varias de sus camaristas, con las cuales se entregaba a placeres sensuales, y por cierto le costó al joven e inocente monarca comprender lo que quería decir la condesa.* [111]

Resuelta a no reprimir sus impulsos, por muy severas y constantes que fueran las amonestaciones del rey, Luisa Isabel llega a protagonizar retozos de todo punto inadmisibles, no ya en una reina de España, sino en una mujer que se precie de su rectitud y honestidad. Sucedió así con el «caso Magni», que ha relatado Juan Balansó en *La Casa Real de España*, recordando cómo un día que Luisa Isabel estaba en la huerta de palacio, con un traje más que ligero, sin medias ni enaguas, subida a una escalera cogiendo frutas, tuvo miedo de caerse y pidió socorro a grandes voces. El marqués de Magni, mayordomo de semana, fue hacia ella y la ayudó a descender «sin poder evitar apartar su vista de ciertas interioridades reales que bien a la mano se alcanzaban». Aquel mismo día se quejó la reina a sus suegros de que el marqués había intentado ultrajarla, con lo que los soberanos se vieron en la necesidad de desterrarle. El lamentable incidente fue aireado a los cuatro vientos por Luisa Isabel, que casi se ufanaba de lo sucedido, comentándolo con palabras de mal gusto, impropias de su rango y reñidas con su condición. Fue lo que colmó la paciencia del rey Luis.

Acostumbraba la reina a pasear todos los días en coche por la Casa de Campo y cuando, al caer la noche, regresaba a palacio, advirtió que el coche era detenido en medio de la calle por un zaguanete de la Guardia de Corps a caballo, cuyo oficial, acercándose a doña Luisa Isabel, le advirtió que, por orden del rey, debería quedar recluida en el Alcázar. La reina se vio tan sorprendida que no tuvo ánimos para protestar, mientras la noticia atravesaba fronteras para ser comentada, no sin escándalo, en todas las cortes de Europa.

Luisa Isabel había llegado al límite, acompañadas tales actitudes por unos signos de grosería y mala educación intolerables, según relata Saint-Simon:

Estaba Luisa Isabel bajo dosel, en pie, las damas a un lado, los grandes del otro. Hice mis tres reverencias, y después mi cumplido. Me callé luego, pero en vano, porque no respondió ni una palabra. Tras algunos momentos de silencio quise darle tema para contestarme y le pregunté si algo deseaba para el rey, para la infanta y para madame, el duque y la duquesa de Orleáns. Me miró y soltó un eructo estentóreo. Mi sorpresa fue tan grande, que quedé confundido. Un segundo eructo estalló, tan ruidoso como el primero. Perdí la serenidad y no pude contener la risa; y mirando a derecha e izquierda vi que todos tenían su mano sobre la boca y que sacudían los hombros. Finalmente, un tercer eructo, más fuerte aún que los dos primeros, descompuso a todos los presentes y a mí me puso en fuga con cuantos me acompañaban, con carcajadas tanto mayores cuanto que forzaron las barreras que cada uno había intentado oponerles. Toda la gravedad española quedó desconcertada, todo se desordenó, nada de reverencias: cada uno torciéndose de risa, salió corriendo como pudo, sin que la princesa perdiese ni un átomo de serenidad. **[112]**

La desesperación de Luis por la desequilibrada conducta de la reina parece no tener fin, decidiendo algo tan contrario a sus deseos como su reclusión, de la que el propio rey cuenta a la condesa de Altamira, pues

viendo que la conducta poco comedida de la reina es muy perjudicial a su salud y daña su augusto carácter, he tratado de vencerla con amistosas reconvenciones. Deseoso de verla corregida, he suplicado a mi virtuoso padre que la reprendiese con la mayor severidad, pero no advirtiendo cambio alguno en su conducta, he decidido, usando mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En su virtud os mando, del mismo modo que a las personas elegidas para este caso, que cuidéis de prepararlo todo, a fin de que se halle bien hospedada en el lugar designado, y que no corra ningún peligro su preciosa salud. **[113]**

No es Luis I hombre de rencores ni de llevar a límites extremos sus represiones, por lo que, tras una visita del mariscal De Tessé a la reina, en la que debidamente autorizado le reprochó sus ligerezas,

haciéndole comprender el mal que sus veleidades podrían infligir a la Corona en la persona de sus reyes, a los seis días ordenó la libertad de Luisa Isabel, recibiéndola con un enternecido abrazo.

Justo es reconocer que, al menos en este tiempo, tampoco el comportamiento del rey estuvo exento de lógicas censuras, dándose a la fea costumbre de visitar los burdeles, como reflejara un romance anónimo:

Bien amado, bien amado,
tu dolor y tu tristeza
aparta, y busca en la noche
alivio para tu pena;
allí, en el barrio que sabes
la que tú sabes te espera;
como los tuyos, sus ojos
ni se cansan ni se cierran,
ojos que amaron a un rey
sin desvelos de una reina;
ojos de noche sin alba
que sólo la noche espera.

¿Fue el castigo de la reclusión el elixir milagroso que hizo recapacitar a la reina? ¿Fue el remordimiento por no haber logrado un matrimonio venturoso, ya que todo hubiera podido discurrir por los cauces de la más apacible felicidad? ¿Fue el triste espectáculo de un rey animoso y joven inmovilizado por la fiebre hasta dejarlo exhausto y sin aliento para pronunciar palabra? El caso es que, a raíz de los acontecimientos narrados, el rey Luis se vio acometido por unas viruelas malignas que, indebidamente tratadas, le condujeron en doce días a la muerte. Durante la enfermedad, toda la familia real fue trasladada a La Granja, por temor al contagio, pero Luisa Isabel se negó a separarse de su esposo, a cuyo lado permaneció día y noche con una abnegación que asombró a quienes conocían sus frivolidades. Por cierto que, ante la enfermedad del rey, no faltaron quienes la atribuyeron a envenenamiento.

Es cierto —escribe Melchor de Macanaz en sus Memorias para la historia del gobierno de España— que tuvo viruelas,

pero de que ya estaba libre de todo riesgo, dicen que el médico Servi, parmesano, de acuerdo con la Laura, ama de leche de la reina, del marqués Scotti, enviado de Parma, y de don Domingo Guerra, confesor de la reina, dio al joven rey cierta bebida, de la cual le resultó la calentura y la muerte en tres días, y que, de que se embalsamó, los cirujanos conocieron que el veneno que se le había dado era tan violento que no pudieron coser el cuerpo, y el principal dellos que hizo la operación estuvo muy enfermo y a pique de perder ambas manos con que tocó a las partes que el veneno había obrado.

Quede aquí como testimonio de un contemporáneo, cuya credibilidad demanda toda suerte de dudas, en tanto lo único cierto fue que la virulencia del mal acometió a Luis I con una severidad extraordinaria y que, aunque con carácter benigno, el mismo contagió a la reina, sin que el dolor y la fiebre, así como el temor a ver desfigurado su gracioso rostro, influyeran en su resolución de estar junto al rey hasta el instante de su último suspiro.

Capítulo XI

Fernando VII y Bárbara de Braganza

Un matrimonio mascado por los más crueles males

TANTO a los reyes, don Felipe V y doña Isabel Farnesio, como a los prohombres de la Corona, les parece incomprensible y sospechoso que, concertado el matrimonio del heredero, don Fernando, con la princesa de Portugal, doña Bárbara de Braganza —hija del rey lusitano don Juan V y de su esposa la archiduquesa doña Mariana de Austria—, la corte del reino vecino se demore más de lo usual en enviar a Madrid el retrato de la novia. El motivo de ello quedará expuesto en la carta que el marqués de los Balbases envía a los soberanos: «La cara de la Señora Infanta ha quedado muy maltratada después de las viruelas, y tanto que afírmase haber dicho su padre que sólo sentía hubiese de salir del Reino cosa tan fea».

La insistencia de la corte española sólo obtiene nuevas dilaciones y redobladas excusas del embajador: «He sabido que, desde hace algún tiempo, se le viene aplicando a Su Alteza ciertos remedios por si fuera posible igualar los hoyos a causa de la cruel enfermedad, con lo que hasta concluida la curación no quieren los reyes permitir la vista de su hija».

En cualquier caso, la fealdad de la infanta no debe ser achacada tan sólo a las terribles huellas de las viruelas, sino a sus facciones y a su tipo, casi grotescos: ojos pequeños, nariz abultada, boca grande, separadas las cejas, despejada la frente y, por lo que al tipo se refiere, una adiposis excesiva que, al ser la estatura de doña Bárbara menos que mediana, le confiere un aspecto rollizo de muy dudosa aceptación incluso para quien, como el infante don Femando, deja mucho que desear en cuanto a sus cualidades

genéticas. Porque, dicho con el delicioso eufemismo empleado por el médico Le Mack, «aun cuando existen en Fernando VI los síntomas y movimientos necesarios para dar satisfacción a una mujer, carece de algo muy esencial; de modo que hay en él muchos resplandores, pero sin llamas capaces para la generación».

A pesar de los defectos de uno y otra, el matrimonio se celebra, teniendo lugar la entrega de la novia en el puente fronterizo sobre el río Caya, el 19 de enero de 1729. En dicho acto, al parecer, don Fernando no disimula su decepción, si hemos de creer la referencia de un diplomático inglés que escribió:

> *Pude observar que la Infanta, aunque estaba cubierta de perlas y diamantes, desagradó al Príncipe, que, pese a sus prevenciones, la miraba como no dando crédito a lo que veía. Claro que, si bien la desposada es un verdadero adefesio, este defecto se halla compensado por su conocimiento de seis lenguas.*

Dadas las condiciones expuestas, no debe de resultar extraño que una mujer tan intrigante y soberbia como la reina madre, Isabel Farnesio, llevara sus intrigas y faltas de respeto a límites insoportables, por lo que Femando, una vez coronado rey —muerto ya Felipe V—, aconsejara su apartamiento de la corte, para quedar recluida primero en La Granja y luego en el Palacio de los Afligidos. Una y otra vez, doña Isabel encontraba motivos para la desobediencia, hasta que Fernando se ve obligado a ser más duro y terminante de lo que su carácter le inspiraba: «Lo que yo determino en mis reinos no admite consulta de nadie antes de ser ejecutado y obedecido; de lo demás, le hablará mi confesor».

En esta ocasión, doña Isabel Farnesio calla y otorga, trasladándose a La Granja, donde espera que la endeble salud del rey la libere pronto del destierro. En cuanto a las relaciones de Fernando con su esposa, lógico parecería que continuaran siendo las imprescindibles para no romper el vínculo, separados por la fealdad de ella y la eyaculación precoz de él, pero Fernando es un bendito de Dios y Bárbara une, a las esmeradas cualidades de su formación, un espíritu generoso, benévolo y comprensivo. Fernando ha logrado superar el rechazo que la presencia de su esposa le había originado, y ahora el rey y la reina forman un matrimonio feliz, ante la general

complacencia de la corte y el pueblo, disipados los recelos que la falta de entendimiento en las parejas reales promueven.

Fernando VI reina, pero no gobierna. De ello se encarga un político de excepcional talento, don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, cuya gestión fue en todo momento tan importante y eficaz, que resulta imposible referirse al reinado de don Femando sin exaltar la figura de este hombre que, al cumplir los cuarenta y cuatro años de edad, ha sido consejero de Estado, superintendente general de rentas, lugarteniente del Almirantazgo, notario de los reinos de España y secretario de Estado.

> *Ensenada es un hombre inteligente, activo, enérgico. Se levanta al amanecer y se acuesta bien entrada la noche. No hace apenas pausa en su trabajo: los minutos necesarios para comer frugalmente y continuar la tarea con ahínco, casi con fiebre. Dijérase que vive enamorado de la múltiple misión que el rey le ha encomendado.* **[114]**

Vencida la repulsa inicial a la fealdad de la princesa, el rey es ganado finalmente por la bondad y la inteligencia de su esposa, asimismo enamorada del bondadoso Fernando; parece que ante ellos fuera a abrirse un horizonte de dicha, cuando algo viene a destruir implacablemente sus proyectos de felicidad imperecedera. A la reina se le declara una de las más terribles enfermedades: un cáncer de útero que, dados los limitadísimos recursos de la época, le origina una espantosa invasión de gusanos pestilentes. Uno de sus más ilustres biógrafos, el padre Flores, resumió el tristísimo episodio con justo patetismo:

> *La fue Dios purificando con una enfermedad tan molesta, tan prolija y tan poco limpia, que solía yo decir ser punto de oración, para el desengaño práctico de las glorias mundanas, ver a una soberana reducida en la misma cumbre del Solio al desgraciado y casi asqueroso punto de ser materia de gusanos en vida.*

El rey se desentiende de los asuntos públicos y ni un momento se separa de su esposa, quien, al comprender que no podría tener hijos —y, por tanto, ostentar el derecho de ser sepultada en El

Escorial—, manda construir las Salesas Reales para reposar junto a su esposo.

El día 27 de agosto de 1758 fallece la reina doña Bárbara de Braganza en el Real Sitio de Aranjuez y, aunque ha expresado su voluntad de ser amortajada con el hábito del Instituto de San Francisco de Sales, el deteriorado estado del cadáver sólo permite envolverla en una sábana y depositarla acto seguido en el féretro, que es sellado con la mayor premura a causa del hedor insoportable.

Es ahora cuando empieza el calvario del rey, cuya mente no puede resistir tan duro golpe, desencadenándose en él un grave y rápido proceso que habrá de conducirle a la locura, descrita así por el médico de cámara de su majestad, don Andrés Piquer:

> *Aunque S. M. parecía estar bueno todo el tiempo que duró la enfermedad de que murió la reina, que fue desde el día 20 hasta el 27 de agosto, no obstante experimentaba ya cierta repugnancia a hacer las cosas regulares de la vida, como comer, dormir y salir al campo, y al mismo tiempo le sudaba todas las noches la cabeza copiosamente. El temperamento del rey es melancólico e inclinado a ese humor por disposición propia, de modo que aun estando bueno suele tener unos temores que sólo se hallan en los que están poseídos de la melancolía; y la enfermedad que ya padeció S. M. años pasados, que le duró trece meses (así se dice), muestra bastante que este Príncipe abunda de sangre melancólica: su alimento igual de muchos años contribuye a esto, porque todos saben que usaba mucha carne, en especial de ternera y aves, y la sopa con mucha fuerza de sustancia, sin ensalada ni fruta, ni otra cosa que pudiese hacer fluida la sangre.[…]*
>
> *Con estas disposiciones enfermó el rey el día 7 de septiembre de 1758, en el palacio de Villaviciosa, adonde se trasladó S. M. desde Aranjuez y, según la relación de los médicos que entonces le asistían, se empezó la dolencia a manifestar con temores muy vivos en que temía morirse o ahogarse o que le daría un accidente […]. A veces dejaba los temores que acompañaban a estas ideas, y en su lugar se enfurecía con vehemencia, airándose hasta el punto de ejecutar cosas muy impropias a su bondad y a su carácter. Junto a esto tenía aversión a las gentes: no podía tolerar*

que nadie durmiese o comiese o descansase; ni podía acordarse de las cosas que estando sano le gustaban sin enfadarse, porque todo le desazonaba, y en conclusión el ánimo y las acciones que a él pertenecían, estaban en todo distantísimas del estado natural. La descompostura de la mente ha sido siempre a más; de modo que en ella ha tenido furores, iras y acciones sumamente destempladas. Ha tirado a los asistentes los vasos, los platos, las tazas, y S. M. varias veces se ha golpeado a sí mismo, y se ha puesto al cuello con ademanes de ahorcarse, ya el lienzo que podía coger, ya la servilleta que tenía sobre la cama. **[115]**

Fernando VI llegó a formar con Bárbara de Braganza un matrimonio ideal, destrozado por el dardo fulminante de las enfermedades más terribles. En el curso de los pocos días de felicidad que uno y otra disfrutaron, a pesar de la ejemplaridad de doña Bárbara, como ya hemos reseñado no faltó la maledicencia a su cita inexorable, esta vez a cuenta de las asiduas visitas del cantante italiano Carlos Broschi Farinelli, llamado a la corte para deleitar el exquisito gusto del rey. Afortunadamente para la fama del matrimonio real, Farinelli, *Il Castrato*, que había sufrido una operación para conservarle su maravillosa voz atiplada, no sintió nunca la menor atracción hacia las mujeres, por lo que «resultaba completamente inadmisible la suposición de que pudiera tener algún tipo de intimidad con una reina que, además de ser mujer —lo que para Farinelli era ya bastante repulsivo—, la pobre señora era un verdadero adefesio» **[116]**.

Femando VI murió el 10 de agosto de 1759, un año después de que la definitiva ausencia de la reina lo dejase sumido en el delirio más desesperado.

Capítulo XII

Carlos IV y María Luisa de Parma

La buena estrella de truhán

CUENTA lord Holland que, departiendo un día el rey Carlos III con su hijo sobre los matrimonios reales, el príncipe aseguró que, a tal respecto, los soberanos eran hombres de suerte al casar con princesas, dado que éstas no incurrían nunca en adulterio porque, una vez casadas con reyes o príncipes, les era muy difícil hallar hombres dispuestos a satisfacer sus equívocos deseos, en caso de tenerlos. Carlos III detuvo un instante la mirada en el rostro de quien reinaría con el nombre de Carlos IV, y le dijo:

—¡Qué tonto eres, hijo mío!

Esto, más que una réplica irónica, fue un diagnóstico, ya que el príncipe de Asturias «era tan honesto y bondadoso como escaso en luces de intelecto»[117]. Puesto todo el amor de que es capaz en su madre, María Amalia de Sajonia, al comprobar que para ésta no hay más hijo predilecto que Fernando I de las Dos Sicilias, dedica todos los fervores de su corazón a la princesa María Luisa de Parma. «Impura prostituta», la llama Espronceda, mientras que, pasado el tiempo, Hans Roger Madol la describe «chulapona desgarrada, maja bravía donde las hubiera, buscadora perpetua de las sensaciones viriles de los apuestos cortesanos que la rodeaban y de los más granados guardias de corps».

María Luisa se casa con el príncipe de Asturias, por poderes, en Parma, el 4 de septiembre de 1765 y, al poco, ya son varios los nombres de quienes forman su corte secreta, según el siempre intencionado rumor de la calle: don Eugenio Eulalio Portocarrero Palafox, conde de Teba; don Juan Pignatelli, que alcanzará el condado de Fuentes; don Agustín de Lancaster, hijo del duque de

Abrantes, y don Diego Godoy, hermano del célebre Manuel y, como él, guardia de corps, que hace suspirar a María Luisa con los trémolos de su guitarra española. Poco más tarde no sería Diego, sino Manuel, quien alcanzaría el tálamo de la princesa, seducida desde la tarde en la que el apuesto joven fue derribado por su brioso caballo.

A pesar de esto, la princesa escribe al padre Eleta, confesor de Carlos III, para expresarle su dolor por el incesante curso de las murmuraciones:

> *Quiero que sepa usted que con motivo de la soledad en que así el príncipe como yo estamos, en las noches largas del invierno y en los días del verano, han solido concurrir algunas personas a nuestros cuartos, en aquellas horas que todos se divierten o descansan, después que han ocupado otras en sus ocupaciones: y como es natural que si hay alguno que tenga más habilidad de cantar, hacer juegos o ejecutar otra cosa divertida, le traigan a que le veamos u oigamos, ha bastado esto para que los que nos persiguen quieran levantar enredos contra cualquiera, pensar y ponernos mal con especies indignas[…].*
>
> *Ahora han esparcido por Madrid, y ya lo hicieron antes por palacio, que un guardia de corps a quien oímos cantar el príncipe y yo había salido por esta causa, añadiendo mil maldades para desacreditarme con papá, con el príncipe y con el público. Averiguado el asunto, parece que el guardia pidió Ucencia, y han vuelto a hablar tales enredos, de si le había pedido por acá y por allá, si era por fuerza o no, que estoy llena de vergüenza y confusión con lo que se ha dicho y dicen, sin que haya bastado encerrarme en mi cuarto, pues si rezo, me murmuran; si recibo, si no recibo a nadie, todo es nulo, con que ¿cómo ha de ser esto? […] Habladurías con que van arruinando mi reputación, la del príncipe y aun la de mis ojos, exponiéndome a disgustos con mi marido, si no fuese tan honrado y temeroso de Dios como es […].* **[118]**

Un día de otoño de 1788, viajando a Segovia la princesa de Asturias, doña María Luisa de Parma, observa cómo un oficial de los guardias de corps que la acompañan es arrojado al suelo en una inesperada corveta del caballo. María Luisa lanza un grito de temor.

El oficial se revuelve y con viril gallardía toma al alazán por el bocado y de un salto monta de nuevo, dominando las tarascadas del animal. La reina ha contemplado la escena, extasiada por la apostura del guardia de corps, y pregunta su nombre. Se llama Manuel Godoy y Alvarez de Paria de los Ríos Sánchez-Sarzoza, de familia ilustre oriunda de Portugal, nacido en Castuera, provincia de Badajoz. Una carta de su hermano mayor, Luis, a los padres nos ilustra sobre las circunstancias del encuentro que iba a depararle, al atrevido truhán, los más altos cargos y honores de cuantos se registran en las páginas de nuestra historia:

> *Manuel, en el camino de La Granja a Segovia, tuvo una caída del caballo que montaba. Lleno de coraje lo dominó y volvió a cabalgar. Ha estado dos o tres días molesto, quejándose de una pierna, aunque sin dejar de hacer su vida ordinaria. Como iba en la escolta de la Serenísima Princesa de Asturias, tanto ésta como el príncipe se han interesado vivamente por lo ocurrido. El brigadier Tejo me ha dicho que hoy será llamado a palacio, pues desean conocerlo.*

Aquella entrevista va a marcar el rumbo de un hombre cuya inteligencia y audacia le harán escalar las más altas cotas de la política.

> *Pronto —escribe, sin pelos en la pluma, Juan Antonio Cabezas refiriéndose a Carlos IV— las liviandades e infidelidades matrimoniales de su esposa y prima, María Luisa de Parma, que ya habían amargado los últimos años de Carlos III, comenzaron a convertir al rey cuarentón en uno de los miembros del ridículo «triunvirato», más bien vértice del triángulo vodevilesco, en que se había convertido el trono de los Borbones desde que el buen mozo extremeño, hidalgüelo de Castuera, veinteañero y de buena planta, Manuel Godoy, capitán de guardias de corps, se convierte en el capricho sexual (otros lo habían sido antes) de la fea, feísima reina, que contaba al llegar al trono treinta y siete años. El capitán pasó rápidamente y sin obstáculos del cuartel a la alcoba real. Todo lo demás se le da por añadidura, Godoy se convierte rápidamente en privado del rey y privadísimo de la reina. En la*

alcoba de ésta tendrá desde entonces su asiento el trono de Carlos IV. Porque los otros dos vértices del triángulo matrimonial que ocupa el poder serán en adelante, y durante todo el reinado, el audaz extremeño que se cree estadista, y la tan fea como rijosa y liviana María Luisa. **[119]**

Divididos los historiadores entre quienes aceptan sin la menor vacilación el amor ilícito que María Luisa profesa a Godoy y los que dudan de tan escandalosas relaciones, éstos sustentan su opinión aludiendo tanto a la fealdad de la reina como a una diferencia de edad verdaderamente casi insalvable. Sin embargo, son estas misma razones —el poco agraciado físico de doña María Luisa y los diecisiete años que la separan de Godoy— las que podrían justificar la fogosidad y la locura de una pasión superadora de todo convencionalismo. Es la pasión que la temperamental María Luisa de Parma dedica, en cuerpo y alma, al guardia de corps que Cándido Pardo describe así:

Su estatura no pasó de cinco pies y cuatro pulgadas, poco mayor que la ordinaria, y no fue de facciones muy correctas, siendo de boca grande, aunque con excelente dentadura, que conservó toda su vida; de nariz prolongada y ancha, y ojos pardos y desproporcionados con el arco de sus pobladas cejas rubias; de frente algún tanto estrecha y deprimida, donde no hubieran descubierto ambiciosa protuberancia los frenólogos. Su mayor hermosura consistía en una dorada y espesa cabellera y en el brillo de su blancura sonrosada. Fue ágil y bien formado, ancho de espalda y pecho y de musculatura bien desarrollada, que hacía de él un mozo apreciado y de gentil presencia. **[120]**

¿Llegó el rey Carlos IV a descubrir o sospechar estos amores? La pregunta se enfrenta a una extraña relación que hace difícil, prácticamente imposible, la respuesta:

Tan fuerte y evidente —escribe González-Doria— resulta que el nombramiento para que Manuel Godoy acceda al codiciado puesto de primer secretario del Despacho Universal —que es como en realidad se llamaba el cargo que hoy equipararíamos al de

primer ministro— ha partido de Carlos IV, que es el instante en que Madol no tiene reparo en acusar al rey y al valido de mantener una relación de carácter evidentemente homosexual. A algunos autores se les hace cuesta arriba admitir que un joven pueda llegar en lo mejor de su edad a elevados puestos sin pasar previamente por la alcoba de un protector o protectora. **[121]**

El año 1792 llega señalado por la destitución fulminante del conde de Floridablanca al frente de su ministerio, tras su empeño en neutralizar los efectos de la Revolución Francesa. Dice Pérez Galdós que «el vulgo no conoció la mano oculta que había arrojado de la Secretaría de Estado a aquel varón insigne, envejecido en servicio del rey» **[122]** y tiene toda la razón, dada la extraordinaria influencia de Godoy, ejercida tanto para el cambio en la titularidad del ministerio como en la elevación del conde de Aranda. En noviembre del mismo año, nadie disimuló su sorpresa al comprobar cómo aquel hombre joven, favorito de la reina —mejor, de los reyes— era elevado a la máxima dignidad política, colmado de honores tales como el ducado de la Alcudia y la Grandeza de España de primera clase, la gran cruz de Carlos III, la gran cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del Cuerpo de Guardias, mariscal de campo de los Reales Ejércitos, gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio, sargento mayor del Real Cuerpo de Guardias de Corps, consejero de estado, superintendente general de Correos y Caminos…

Y aún quedan, más allá de la relación expuesta por Pérez Galdós, un torrente de cargos y honores con que Carlos IV y María Luisa recompensaban la lealtad indestructible del picaro extremeño: ayudante general de Guardias de Corps con grado de general de brigada, teniente general, vizconde de Alto Castillo elevado a la categoría ducal, principal secretario de Estado, príncipe de la Paz, generalísimo de los Ejércitos, Gran Cordón de la Legión de Honor Francesa, comandante inspector de la Casa Militar del rey, duque de Sueca, barón de Mascalbó, regidor decano perpetuo, conde de Evoramonte de Portugal, almirante general de España y de las Indias, comandante inspector de la Casa Real, príncipe de Bassano, de Roma, gran cruz de la Orden de San Hermenegildo, caballero de la Insigne Orden del Toison de Oro, señor de Soto de Roma y de la

Albufera… [123]

La situación, ciertamente explosiva, de unos amores que son tan largamente recompensados, obligan a María Luisa a un permanente disimulo. A él se refiere Alquier, embajador francés en la corte de Madrid, que no se recata en descubrir el cinismo de la regia dama:

> *La necesidad de ocultar a los ojos del rey, desde hace treinta años, su vida disoluta, le ha formado el hábito de un profundo disimulo. No hay mujer que mienta con más aplomo, ni que tenga una perfidia más concentrada. Antidevota y aun incrédula, pero excesivamente débil y tímida, la apariencia del menor peligro la sume en todos los terrores de la superstición, y es de ver cómo se cubre de rosarios y reliquias cuando truena. Diariamente escribe al príncipe de la Paz, y recibe, en cambio, noticias de todos los sucesos de Madrid. Mientras el rey come, el secretario de Estado [Godoy] conversa con ella, regularmente durante una hora más o menos. Esta deferencia es de rigor. No se sostendría veinticuatro horas el ministro que pretendiera sustraerse a tal obligación. A los cincuenta años, María Luisa tiene unas pretensiones y una coquetería difícilmente perdonables en una joven bonita.* [124]

Pero si, como dice Alquier, la reina estaba sumida en todos los terrores de la superstición, el rey no le va en ello a la zaga, por más que en alguna que otra ocasión el fanatismo religioso le haya llevado a ser víctima de maniobras tan engañosas como la descrita por Natalio Rivas:

> *El rey se desayunaba su chocolate cuando recibió la visita de su hermano el infante don Antonio Pascual, que solía hacerlo para ofrecerle alguna medalla o estampa traída de los Santos Lugares. La reina, sobre todo, disfrutaba escuchándole y solía decir con su acostumbrada intención burlona: «El donaire con que mi buen cuñado ensarta los disparates, que otros llaman majaderías, es sumamente delicioso». Quejóse don Carlos de que el chocolate que le servían no era de su agrado y, como para comprobarlo lo gustara el infante, éste dijo: «En efecto, es malo, pero yo haré que lo tomes de mejor calidad. El que me llevan lo fabrica un lego del convento de agustinos de San Felipe el Real, que es una verdadera*

especialidad.»[…]

Seguidamente, don Antonio se puso al habla con fray Cecilio de Acapulco, prior del citado monasterio, y desde aquel día los reyes fueron abastecidos del riquísimo chocolate. **[125]**

Un botonero que vivía en las covachuelas de San Felipe informó a fray Cecilio de una conspiración contra el rey y el fraile se lo comunicó al soberano diciéndole:

—Señor, una inspiración divina me dicta que se preparan importantes acontecimientos contra la Corona y lo que me extraña es que el confesor de Vuestra Majestad no se lo haya avisado.

Como, efectivamente, los sucesos anunciados fueron descubiertos a tiempo, no deja de ser curiosa la astucia de fray Cecilio, que, convirtiendo las confidencias del botonero en inspiración divina, consiguió derrocar al confesor del rey y ocupar él tan codiciado cargo.

Señalada ya la costumbre de la reina de escribir todos los días a Godoy, resulta en verdad aleccionadora e ilustrativa la lectura de la asidua correspondencia establecida entre la reina, el rey y el príncipe de la Paz, de la que damos aquí una muestra suficiente para conocer qué grado de afectividad supo conquistar el favorito, así como el carácter de los tres personajes y algunos acontecimientos del reinado, controvertido y pintoresco, de Carlos IV, respetando la sintaxis y la ortografía para desconcierto del curioso lector:

De la reina a Godoy:

Amigo y querido Manuel, como te desazonas en hablándote de lo que te pertenece he tomado la determinación de decírtelo por escrito lo que el rey quiere hacer, y oy le dará la orden a Llaguno; me encarga te lo haga saver, y que yo ponga lo mejor que pueda, el Decreto o papel, y que tú lo enmiendes, pues todos somos unos sotes, y yo más que nadie, pues todo es en mi voluntad, y realidad, pero no alcanzan mis luces a mis deseos y voluntad, y así no te enfades, pues oy os lo manda el rey, espero me respondas con la enmienda, o uno nuevo, en la inteligencia que saldrá oy sin admitir disculpas, que nacen de tus [palabra ilegible] y obran sin segundo, así como en tu honradez, desinterés, nobleza y amor y

rrespeto a nosotros, a todo lo cual debemos ser invariables y sin segundos, en agradecimiento, amistad y eterna correspondencia los que siempre seremos.

De la reina a Godoy:

El rey te da el Soto de Roma con el título de príncipe de la Paz, tan merecido por tus inextinguibles servicios, desvelos y ser inimitables, y tu inimitable en todo, le parece al rey mas decoroso de esa suerte, y mas pertinente para los siglos venideros que con pensión, que ésas se dan a cualquier pedagogo.

Del rey a Godoy:

Querido Manuel, mucho he sentido que te hayas ido sin dexarte ver, pues bien sabes lo que te estimo, por lo cual te embié al instante al ayuda de Cámara, el que me dixo que habiéndonos tu visto ya por la mañana, no creías tu asistencia precisa, bien puedes figurarte el sentimiento que avré tenido con esta respuesta, pues en ella me das a entender que en alguna ocasión nos puedes incomodar, cuando al contrario nunca estamos más gustosos que cuando éstas con nosotros, y ya sabes la inclinación natural que te tengo, y asi estoy determinado a no salir esta tarde hasta que nos veamos y quedemos sosegados pues soy y seré siempre tu verdadero amigo.

De Godoy al rey:

Ningún vasallo ha debido tanto a su rey, y puesto que mi vida no será tan larga como mi deuda en que me constituyen las horas de S. M. quiero que mis subcesores me imiten en [palabra ilegible] y me correspondan declarándoles desde luego que para memoria eterna de sus deberes pues que me subceden, conserven este testimonio como el mayor blasón que autoriza las obras de su abscendiente les muestra la beneficencia de su rey y les hace conocer el camino por donde deven conducirse a la escala de honor imitando a sus mayores.

De Godoy a la reina:

Señora: Queda penetrado de gratitud el Pobre Manuel, crealo V. M. y que no desea sino el bien de W. MM., que repugna a todos los placeres de la vida si con su privación puede retrivuir a

W. MM. lo que les debe; quiera Dios que el príncipe e Ynfantes salgan bien de su peligrosa operación y que VV. MM. vivan tranquilas rodeados de esa Hermosa prole; cuidese V. M. si, si, y consérvese inalterable en los trabajos, pues con ellos nos prueba la Omnipotencia; siento haberme extendido tanto en esta carta, pero Amo al rey, he tenido su confianza muchos años ace y aun antes de ser Ministro me distinguía con ella, V. M lo sabe, no conosco, pues, otros que VV. MM. que me interesen, pida V. M. por mi la dispensa de mi ridiculez, y consérvese, si, como desea e interesa a su eterno y leal Vasallo.

De la reina a Godoy:

Amigo Manuel: mucho nos alegramos estés mejor, cuídate y no caviles, pues no creas se te ha entiviado o enfriado la amistad, el rey me encarga mucho te lo diga así, y te asegura de que siempre fía en tus constantes y leal amistad, y de tu vondad y honrradez, y quiere estés seguro de esto y de que siempre él y yo seremos los mismos verdaderos amigos, te debuelvo tu carta y favorecerá el rey cuanto se pueda, yo estoy buena bendito Dios y asta otro dia.

De Godoy a la reina:

Señora: Un hombre perseguido por la embidia y aborrecido de los injustos no puede reposar en donde sus tiros pueden herirle; yo sé lo que piensan y hablan de mí los mismos que me han obedecido y temido, sé el grado de autoridad a que han llegado: ¿será pues indiscreta mi precaucion? Yo estoy bien en todas partes; la soledad y los muros destruidos harán mi placer; nada quiero con violencia ni que nadie se incomode por mí, y así, si V. M. conoce lo que debo hacer y aun tiene sentimientos y benebolencia hacia mí, dígamelo y yo la obedeceré. Otra cosa no hará jamás Manuel; Manuel, aquel hombre que ha dado ratos de placer a VV. MM. no quiere incomodarles ya ni un momento, pero siempre será el mismo fiel y agradecido y Vasallo de VV. MM. **[126]**

Manuel, que tiene una clara conciencia de cuanto les debe a los reyes, se erige en indiscutible campeón de la lealtad más acrisolada contra la que no valen injurias ni calumnias. Godoy está siempre presto a satisfacer los deseos de don Carlos y doña Luisa, por

insignificantes o gravosos que éstos sean. Todos, menos el empeño, expresado con la mayor vehemencia por la reina, de que el bien plantado guardia de corps dé por acabado su idilio con Josefa Tudó y Catalá Alemany y Luesia, hija de un oficial de Artillería, para la que conseguirá el vizcondado de Roca Fuerte y el condado de Castillo-Fiel. María Luisa no se ha andado por las ramas a la hora de presentar el ultimátum: o Pepita Tudó, o ella. Y Manuel Godoy, al que, de persistir en su servidumbre a la pareja real se le presenta el futuro más brillante, no duda en escoger a Pepita Tudó. Un autor de nuestros días expone la solución del difícil dilema con estas palabras: «¿Qué puede hacer una amante de cuarenta y cinco años —y fea— cuando su amante de veintinueve le da tal respuesta? Protestar, gritar, implorar, pero acabar aceptando la nueva situación»[127].

Aceptar la situación no significa renunciar a la lucha, y María Luisa de Parma traza un plan que cree infalible a sus propósitos. Consiste dicho plan en proponerle a Godoy su enlace matrimonial con una dama de sangre real, María Teresa de Borbón y Villabriga, hija de Luis Jaime de Borbón, tío de Carlos IV, que lleva el título de conde de Chinchón. Esta vez, no sabemos si por ver halagada su vanidad o por no insistir en su negativa a las pretensiones de la reina, Godoy acepta, contrayendo matrimonio con la novia escogida, en octubre de 1797, circunstancia que será comentada en numerosos panfletos de los que corren por los barrios del Madrid crítico, jaranero y burlón:

Le casamos con la prima
y le metimos en Casa.
Y, ya que así se propasa
en rendirnos aficiones,
Manolito perderá
por ti y por mí los calzones.

Porque, así como ningún personaje de la historia de España alcanzó más puestos y honores, gracias a su expresa devoción por los reyes, nadie como él fue objeto de más sátiras rimadas, con las que el pueblo llano —y también unos personajes que se ocultaban bajo el manto del anonimato— ponía en solfa sus progresos en la

escala social, sus aptitudes aduladoras y sus amores ilícitos:

Lascivo cual garañón,
siempre de putas rodeado,
con dos mujeres casado
en la ambición sin igual,
en la condición sin par,
y la ruina del Estado.

*****

Éste es Manolo Primero,
de otro nombre Choricero.
Vino aquí desde Castuera,
y medró, ¡quién lo dijera!
En las alforjas traía
ambición e hipocresía.
Traía a más de ambición
poquísima educación.
Amor desatado al vino
y ala carne de cochino.
Entró en la Guardia Real
y dio el gran salto mortal.
Con la reina se ha metido
y todavía no ha salido.
Y su omnímodo poder
viene de saber… cantar.

*****

De injusticia y jugarreta
te valiste por alarde,
ayudándote, cobarde,
del poder de la bragueta.
Una reina desgraciada
que hasta ti infame bajó
te dio enseguida ocasión
de hacer lo que meditabas.
Pero la Nación al cabo

hará lo que aquí está puesto;
y aunque te la eches de bravo,
no dejará ni los restos.

¿Cuál fue el verdadero motivo de la ascensión espectacular del oficial de Castuera, aparte de su influencia con los reyes, que es, desde luego, el principal impulso de su juego? Él mismo lo expone en sus *Memorias*:

> *Yo mismo estuve algún tiempo sin saberlo; he aquí la explicación de este enigma. El rey Carlos y la reina María Luisa, como era natural que sucediese, recibieron y recibían impresiones las más vivas y profundas de las turbaciones que ofrecía la Francia, y de los espantosos apuros y desgracias del buen rey Luis XVI y de la reina María Antonia y su infeliz familia. Atentos siempre a los sucesos, toda aquella larga serie de aflicciones e infortunios por que fueron pasando sus parientes la atribuyeron en gran parte (y por cierto no se engañaban) a los varios ministros de aquel príncipe mal servido y de tantas maneras traqueado por las influencias contrarias, interesadas y siniestras de la Corte […]. Admitido a la familiaridad de los reales esposos, si me oyeron discurrir algunas veces, si creyeron que yo entendía alguna cosa de los debates de aquel tiempo, si juzgaron favorablemente mi lealtad, y si pudieron persuadirse, ¡harta desgracia mía! de haber hecho en mi persona el hallazgo que deseaban, de este error o de este acierto mi ambición no fue la causa.* **[128]**

El pueblo odia a Godoy y su meteórico ascenso no lo toma como el triunfo de uno de su clase, sino como la desvergüenza artera de un golfo que la desprestigia. El pueblo desprecia a Carlos IV y abomina de María Luisa, de la que conoce todas sus debilidades y abyecciones; así, el historiador Emilio Calderón reproduce un texto de Manuel Barbadillo en el que se expresa que «cuando aquellos románticos palaciegos [María Luisa y Godoy] deseaban realizar actos de ensamblajes, a la reina le agradaba que su contrincante se vistiera con altas galas de desfiles militares, o con el atuendo propio de salones diplomáticos, adonde, como es sabido, se entra con cola textil de levita, y con el pecho humeante de medallas y cruces».

Manuel Godoy, por su parte, no hace dejación de sus predisposiciones rijosas y adorna su biografía con amoríos tan apasionados como el de la duquesa de Alba, «quien ya había disputado a la reina el amor de un Juan Piagnatelli» [129]. Por cierto que, al morir la famosa Cayetana, se suscitó el rumor de que había sido envenenada por orden de María Luisa, incapaz de soportar la idea de imaginar a su galán en los brazos de la duquesa. El capítulo que siguió a esta muerte podría ser catalogado entre los más desgarrados esperpentos:

> *Pues lo que aquí quiero subrayar es, más que el triste hecho de la muerte de la hermosa duquesa, destrozada físicamente a los cuarenta años, la doble circunstancia en que se produjo la sospecha de que murió envenenada y el macabro entusiasmo con que la reina se lanzó sobre las joyas de su rival, cuando aún estaba caliente su cadáver. Comenzó por una Orden Real cursada al alcalde del cuartel donde murió la duquesa, para que, con el pretexto de un pleito que ésta tenía con la Real Hacienda por su Estado de Oropesa, se inventariase a incautase todo. No prosperó esta orden, pero sí ocurrió, según Ezquerra, que María Luisa, el día 25, estando aún sin enterrar el cadáver, enviase recado a don José Navarro Vidal, juez de la testamentaría, diciendo querían éstos [los reyes] ver las alhajas de perlas y brillantes que había dejado aquélla, lo que confirmó el ministro de Gracia y Justicia D. J. A. Caballero. Se apresuraron luego a llevar esas joyas a la reina, que eligió las que quiso, y no debieron de ser pocas, pues fueron tasadas en 1.225 435 reales de vellón.* [130]

Mientras Godoy vive feliz con sus tres mujeres al retortero —Pepita Tudó, María Luisa y su esposa María Teresa—, su nefasta política internacional le lleva a firmar el tratado de San Idelfonso, que tiene como inmediatas consecuencias el desastre naval de San Vicente y la pérdida definitiva, a favor de la Corona inglesa, de la isla de Trinidad, en el Caribe. La insaciable Francia de Napoleón exige a España la invasión de Portugal y, en fin, el cúmulo de los errores que tiene a Godoy por principal responsable va a ocasionarle la ruina que tiene su expresión más radical en el llamado motín de Aranjuez, durante el cual la turba destroza a

hachazos la puerta del palacio que habita el príncipe de la Paz, y éste ha de ser salvado, en última instancia, por un piquete de caballería. El inevitable resultado de la algarada, que apunta sus armas hacia dignidades más altas, es la carta que Carlos IV envía a su querido amigo en la que le comunica que

> *atendiendo a las reiteradas súplicas que me habéis hecho, así de palabra como por escrito, para que os eximiese de los empleos de secretario de Estado y de sargento mayor de mis Reales Guardias de Corps, he venido en acceder a vuestras reiteradas instancias, eximiéndoos de dichos empleos, nombrando interinamente a don Francisco Saavedra para el primero y para el segundo al marqués de Ruchena, a quienes podéis encargar lo que a cada uno corresponda, quedando vos con todos los honores, sueldos, emolumentos y entradas que en día tenéis; asegurándoos que estoy sumamente satisfecho del celo, amor y acierto con que habéis desempeñado todo lo que ha ocurrido bajo vuestro mando y que os estaré sumamente agradecido mientras viva, y que en todas ocasiones os daré pruebas nada equívocas de mi gratitud a vuestros singulares servicios.*

En toda esta escalada de violencia en contra del duque de Alcudia don Manuel Godoy, triunfa un personaje siniestro, quien será llamado Fernando VII, recibiendo el generoso apelativo de *El Rey Deseado*. De la aciaga jornada de Aranjuez dio cuenta la reina María Luisa a su hija, la reina de Etruria:

> *Querida hija mía: decid al gran duque de Berga la situación del rey mi esposo, la mía, y la del pobre príncipe de la Paz.*
>
> *Mi hijo Fernando era el jefe de la conjuración; las tropas estaban ganadas por él; él hizo poner las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzaba la explosión. En el instante mismo los guardias y las personas que estaban a la cabeza de la revolución, hicieron tirar dos fusilazos. Se ha querido persuadir que fueron tirados por la guardia del príncipe de la Paz, pero no es verdad. Al momento los guardias de corps, los de infantería española y los de la valona, se pusieron sobre las armas y, sin recibir órdenes de sus jefes, convocaron a todas las gentes del*

pueblo, y las condujeron a donde les acomodaba […]. Desde el momento de la renuncia [del rey a favor de Fernando], mi hijo trató a su padre con todo el desprecio que puede ser tratado un rey, sin consideración alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar a todas las personas complicadas en su causa, que habían sido desleales a su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbre, él nos da prisa para que salgamos de aquí, señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entre tanto nos deja sin consideración alguna, manifestando gran contento de ser rey, y de que nosotros nos alejemos de aquí.

En cuanto al príncipe de la Paz, no quisiera que nadie se acordara de él. Los guardias que le custodian tienen orden de no responder a nada que les pregunte y lo han tratado con la mayor inhumanidad […]. **[131]**

Antes del motín de Aranjuez, y antes de que Fernando VII ejerciera sus funciones de rey por brevísimo tiempo (hasta que Napoleón le pidió que devolviera la Corona a su padre), las relaciones amorosas entre María Luisa y Godoy habían sufrido un golpe mortal. La causa de ello fue la rendición de la reina a los encantos de otro guardia de corps, don Manuel Mallo, del que no merece la pena ocuparse más que como protagonista de una sabrosa anécdota. Estando la corte en San Ildefonso, contemplaba el rey un desfile de espléndidos caballos, y preguntó a Godoy quién era el dueño de aquellos preciosos ejemplares.

—Un tal Mallo —respondió Godoy—, guardia de corps de Su Majestad.

Sorprendido el rey de que un modesto guardia pudiera poseer tan espléndidos y caros caballos, el príncipe de la Paz explicó con desenvoltura:

—Es que Mallo es el amante de una vieja que le roba el dinero al marido para dárselo a él.

Acogió Carlos IV la réplica con una estruendosa carcajada, mientras María Luisa decía:

—No hagas caso de Manuel; ya sabes que siempre está de broma.

Poco después sobrevendrían la guerra y el exilio para los reyes y su favorito en Roma, donde Carlos IV adquirió el fastuoso palacio

Barberini. El 2 de enero de 1819, a los sesenta y siete años, muere la reina María Luisa. Su hija, María Luisa de Etruria, le escribirá a su hermano Fernando VIL «Me llena de amargura no haber podido recibir su última bendición, pues no entramos en el cuarto. Cuando yo vi que la cosa iba mal, digo la verdad que dije que era hora de quitarle de su lado a Manuel, que no la ha dejado ni siquiera un momento…».

Fue el último rasgo de piedad e hidalguía de aquel apuesto guardia de corps que una tarde, en el camino de La Granja a Aranjuez, encandiló a la reina de España por la forma de dominar las corvetas de un caballo rebelde.

Capítulo XIII

Fernando VII y María Josefa Amalia de Sajonia

Una ópera bufa en el tálamo nupcial

SIN duda el rey Femando VII recibió muchas sorpresas en su vida, pero ninguna superaría en estupor a la de su noche de bodas con María Josefa Amalia de Sajonia, quien, al resistirse heroicamente para no ceder a las lógicas pretensiones del esposo, como éste le dijese que el acto propuesto era imprescindible para tener hijos, le replicó:

—¡Eso es mentira! ¡Como si no supiera todo el mundo que a los hijos los trae la cigüeña!

Por su felonía y avilantez, le estaba bien empleado al fementido rey Fernando, de quien escribe Villa-Urrutia:

> *Aquel rey mozo, que no había hecho hasta entonces cosa de provecho, ni revelado prenda estimable de carácter; que en los sucesos de El Escorial se había mostrado para con los reyes, príncipe e hijo rebelde y descastado, para con sus amigos desleal y cobarde, y para con su patria felón, acudiendo al francés para derribar al favorito y llamando al emperador para que decidiera pleitos de familia; que en Aranjuez había sido alzado sobre el pavés por una soldadesca desmandada y un sobornado populacho, capitaneados por unos cuantos revoltosos y malcontentos Grandes, diríase que traía en sus manos, para derramarlas sobre su pueblo, todas las bienandanzas, glorias y venturas que había puesto en su cuna un hada bienhechora y que le habían sido al nacer auguradas por lisonjera musa, que tenía más partes de jesuita que de cortesana.* **[132]**

En cuanto a su físico, he aquí lo que contaba su primera esposa María Antonia de Borbón y Dos Sicilias:

> *Bajo del coche y veo al príncipe: creí desmayarme. En el retrato parecía más feo que guapo; pues bien, comparado con el original es un Adonis, y tan encogido. Os recordaréis que Santo Teodoro [embajador de Nápoles] escribía que era un buen mozo, muy despierto y amable. Cuando uno está preparado, encuentra el mal menor, pero yo, que creí esto, quedé espantada al ver que era todo lo contrario.* **[133]**

El caso es que Fernando VII, a la edad de treinta y cuatro años, se queda viudo por segunda vez sin que de ninguno de sus matrimonios haya tenido descendencia. Se hace, por tanto, necesario buscarle una nueva novia en las cortes europeas, y la elección recae en la princesa Amalia por los buenos oficios del marqués de Cerralbo, embajador extraordinario en la corte de Dresde. María Josefa Amalia es hija del duque Maximiliano de Sajonia, primo hermano de Carlos IV, y habiendo quedado huérfana cuando contaba tres meses de edad, es llevada a un convento de monjas a orillas del Elba, permaneciendo en él hasta el instante de su boda. Así se explica la reacción de la desposada cuando, una vez cerrada la puerta de la alcoba nupcial, se niega entre llantos y súplicas a cumplir con los naturales apremios del rey. Este intenta disuadirla con las mejores palabras que halla en su vocabulario de la seducción, y cuando se convence de su inutilidad, intenta pasar a la acción inmediata. Es entonces cuando ocurre lo más imprevisto que Fernando puede imaginar, según cuenta uno de sus biógrafos; y es que, «a poco de haber entrado en la regia alcoba, salió de ella más que de prisa, en paños muy menores y apestando a demonios, de donde se deduce que la reina no solamente no logró reprimir la orina, sino alguna otra evacuación fisiológica».

La negativa se repite una y otra vez —ahora ya sin evacuaciones—, hasta que el rey, desesperado, acude al Papa enviándole una carta con la exposición de todas sus angustias:

> *Muy Santo Padre: un gravísimo negocio que, aunque personal, tiene la mayor conexión con el bien de mis Estados y con la misma*

Religión Católica, de que me precio ser decidido protector, me obliga hoy, en medio de las festividades presentes, a tomar la pluma para descubrir mi corazón a Vuestra Beatitud, como a padre espiritual de todos los fieles. Hace ya diez años que contraje matrimonio con mi augusta esposa, María Josefa Amalia de Sajonia, habiendo preferido su enlace por la crisolada cristiandad de su real familia y por las virtudes y angelicales dotes de que ella está adornada […]. Esta apreciabilísima esposa bastaría por sí sola para formar todo mi contento en la tierra, y contribuir poderosamente a la felicidad de mis Reinos, si estuviera bien dirigida en los asuntos interiores y más delicados del matrimonio; pero no es así, por desgracia. El reverendo obispo de Ciudad Rodrigo, don Pedro Manuel Ramírez de la Pirina, a quien Yo elegí para confesor de mi tan apreciable y querida esposa, creyendo que reunía todas las circunstancias necesarias para desempeñar dignamente tan grave y delicado encargo junto con la de hablar el idioma francés cuando la reina no sabía aún el castellano, ha dado una dirección tan viciosa a su conciencia, y la dirige con tales doctrinas y lecturas, que ni la hace entender que ella es carne de mi carne y huesos de mis huesos, ni contribuye de modo alguno a formar la ternura y afecto íntimo que exige la grandeza del Sacramento, sin embargo de las prudentes advertencias que al efecto se han hecho al mencionado obispo […]. Llega a tal grado el extravío que no cumpliría con lo que debo a Dios, a mi esposa y a mis vasallos si no pusiera término a males de tanta trascendencia.

Para esto es indispensable proporcionar a la reina otro director espiritual que, con la prudencia y delicadeza propias de un hombre sabio y apostólico, la encamine directamente por la senda de la sólida virtud e imprima profundamente en su ánimo la más justa y exacta idea de los deberes de una esposa para con su esposo, para ver si de este modo sería Dios servido conceder a mi matrimonio el fruto de bendición que sellaría la tranquilidad de mis Dominios […]. [134]

Esta vez, por la intercesión del papa León XII, la reina accede a pagar el débito conyugal, no sin antes ofrecer, a dúo con Fernando, unas oraciones al Altísimo, por ver santificado un acto para ella tan

repulsivo.

Volviendo a años atrás, apenas acabadas las honras fúnebres por su segunda esposa, doña María Isabel de Braganza, Fernando VII, a quien preocupa el problema de la sucesión, pone los ojos en doña Amalia, y escribe a su tío, el emperador de Austria:

> *Vuestra Majestad se halla bien penetrado de que nada es tan propio de los soberanos como promover la felicidad de los pueblos que la Divina Providencia tiene confiados a su cargo. Penetrado yo igualmente de esta importante verdad, y de que las sucesiones legítimas de los reyes es uno de los medios más propios y eficaces de afianzar esta felicidad, he resuelto, consultando el bienestar de mis pueblos, con el mayor servicio de Dios, y a fin de estrechar más y más los vínculos de amistad y parentesco que dichosamente nos unen, y la armonía, buena correspondencia y recíproco interés de nuestros sucesores, reinos, Estados y súbditos respectivos, unirme en matrimonio con la muy alta y muy poderosa princesa doña María Josefa, sobrina de V. M. e hija del muy poderoso y excelso príncipe Maximiliano, por las noticias que tengo de las singulares prendas con que el cielo la ha adornado.* [135]

Obtenido el consentimiento del emperador, hizo Fernando su declaración amorosa a la joven princesa:

> *El deber que me impone el amor de mis pueblos, mi muy amada y muy querida prima, exigiendo que al darles una reina les diese también una madre, me condujo a Dresde, donde sabía que existía una princesa tan llena de virtudes como V. A. Vuestros augustos padre y tío se han dignado generosa y afectuosamente segundar mis deseos, dándome la posesión inapreciable de vuestra mano, que recibo en el concepto de la sumisión de vuestra voluntad a la suya, con un placer tanto más puro cuanto le miro como precursor de la felicidad de mis vasallos, cuya garantía hallo en vos misma. Sepa yo hacerme digno del corazón de V. A. para gozar en vuestra amable compañía, como todo me lo anuncia, de esta lisonjera seguridad que deduzco de los sentimientos que ha grabado en él vuestro padre, y entonces seré dos veces feliz. Dignaos, amable prima, de asegurarle, así como a los reyes*

vuestros tíos, de mi muy alta y distinguida consideración hacia sus augustas personas; y entre tanto que llega el momento de probaros personalmente mi sincera y justificada inclinación, persuadios, prima mía, de que ella sola me ha guiado a partir con vos el trono de las Españas, y de que con el afecto más acendrado soy y siempre seré de vuestra Alteza Real su más apasionado y afectuoso primo. **[136]**

Obediente a la solicitud del Sumo Pontífice, la reina se somete a las exigencias del matrimonio —no sin antes rezar junto al rey un rosario—, y ello a pesar de que la macrogenitosomía de Fernando VII no era para tranquilizar los temores de la pusilánime Amalia de Sajonia. «Un erudito profesor y urólogo de fama —escribe Comenge—, cuyas aserciones me merecen entero crédito, díjome que el rey Femado VII tenía el miembro viril de dimensiones mayores que de ordinario», por lo que, en palabras de Juncedo Avello: «Usaba en el curso de sus relaciones íntimas una almohadilla de tres o cuatro centímetros de grosor y perforada en el centro que amenguaba el efecto» **[137]**. No falta la referencia en la divertida prosa de Eslava Galán: «A este rey, aunque poco agraciado físicamente, "narizotas, cara de pastel", lo compensó la próvida naturaleza con un miembro viril de dimensiones extraordinarias, a lo que atribuyeron los médicos su falta de descendencia con las tres primeras esposas.» **[138]**.

No para remediar el tedio que le producía la beatitud de su esposa, sino porque así se lo demandaban sus depravadas aficiones, Fernando VII dedicaba muchas de las horas nocturnas a visitar tugurios y tabernas donde, en unión de su camarilla, compartía cantes y desgarros con la escoria de la sociedad.

No siempre iba a tabernas; en realidad la mayoría de las noches enfilaba directamente hacia la casa de Pepa La Malagueña. Allí, entre chulos, prostitutas, bandidos de distinto jaez, mendigos y borrachos, el rey de España se siente a sus anchas. Oye cantar y canta, ríe a carcajadas con las continuas «salidas de tono» de la parroquia, hace beber y bebe y se refocila en el lecho de la ilustre propietaria de la casa, Pepa La Malagueña. **[139]**

Por su parte, la reina María Josefa Amalia comparte sus devociones con una afición desmedida por la poesía, dejando numerosas muestras de su dudosa inspiración, tan lamentables como la que tituló nada menos que «Oda con motivo de hallarnos mi esposo y yo solos la víspera de la Inmaculada Concepción: él rezando el oficio del día y yo el parvo de la Virgen»:

La víspera del día
de excelsa gloria lleno,
que apareció sin mancha
la Madre del Eterno,
en el dulce recinto
de nuestros aposentos
me hallaba con mi esposo
solos los dos y quietos,
y entrambos de la Iglesia
con los himnos selectos
cantábamos las glorias
de Aquél que es solo Eterno[…]

Hacía años que don Fernando iba a tomar las aguas de Sacedón y Solán de Cabras, con fama de ser infalible remedio contra los dolores de gota y, como también se le atribuyeran propiedades genésicas, determinó que lo acompañara María Josefa, por ver si de esa forma se lograba el deseado heredero. Para llegar a los manantiales era preciso recorrer el camino en coche de mula, con decisión de arrostrar todas las incomodidades imaginables. En cierta ocasión, bajo un sol de justicia y atormentado por las bandadas de mosquitos propias de la región, el rey asomó la cabeza por la ventanilla de su vehículo y, dirigiéndose al oficial que hacía la jornada cabalgando junto al estribo del monarca, le dijo, escupiendo la tierra que se le había metido en la boca:

—¡De este viaje salimos todos preñados…, menos la reina!

Fracasada la efectividad de las aguas, doña María Josefa dejó constancia de sus propósitos en una ripiosa confesión rimada:

[…] por mí no quedó que hacer;
obre Dios con su clemencia.

El reinado de Fernando VII en sus dos grandes etapas —liberal y absolutista— se refleja en un resumen de guerras, mala administración, camarillas en torno al rey, una situación política dominada por las arbitrariedades y una hacienda que ni el buen ministro Martín Garay logrará salvar del naufragio, como testimonia la décima que circuló con profusión por aquellos días:

Señor Don Martín Garay:
usted nos está engañando,
usted nos está sacando,
el poco dinero que hay;
ni Smith ni Bautista Say
enseñaron tal doctrina
y, desde que usted domina
la nación, con su maniobra,
el que ha de cobrar no cobra
y el que paga se arruina.

El pueblo se muestra indiferente a los errores de un Gobierno que se precipita al abismo y, disfrutando de «pan y toros», no parece sino que le da igual el signo imperante que de manera tan nefasta representa la indeseable majestad de El Deseado:

Cuando el rey Fernando VII vino a Sevilla por primera vez, lo recibió al principio un absoluto silencio, pero cuando ya se acercaba a su alojamiento, le arrojaron algunos tomates y tronchos de berzas. Pasado el tiempo liberal y repuesta la autoridad «absolutamente absoluta del rey», vino otra vez a Sevilla, donde entró el 8 de octubre de 1823. El pueblo, al entrar por la Puerta de Triana, quitó los caballos de su carroza para conducirlo tirando de ella y empujándola. Y como uno de los cortesanos le dijera al rey: «Dichosos los reyes que saben inspirar tanto amor a sus vasallos», contestó Fernando VII con desconfianza y sarcasmo: «Sí, pero éstos son los de los tronchos» [140].

Derogada la Constitución de 1812, la implantación del absolutismo va a significar la etapa más lamentable de la política

española, en tanto se ven mermadas todas las libertades y violados todos los derechos. Hubo quien se atrevió a escribir en el parte oficial del médico que daba cuenta del estado de salud del soberano: «¡Viva el rey…, pero poco!». Un sastre de Madrid, muy popular, apodado *El Cojo de Málaga*, es condenado a muerte por sus ideas liberales. Los oficios solían ir cerrados con una oblea engomada, redonda, y para no caer en sacrilegio el Gobierno ordena que «de ninguna manera las dichas obleas serán blancas ni redondas, porque es sacrilegio imitar a la Sagrada Forma que se recibe en comunión». En las puertas de los departamentos ministeriales se puede leer el rótulo: «Se prohíbe la indecencia de fumar durante las horas de oficina», mientras en otros recintos oficiales se ordenaba: «Todo el personal estará siempre destocado, excepción de los empleados calvos, los cuales podrán usar gorro. Los empleados que se trasladen por su pie de un lado a otro, al pisar el pavimento, si es entarimado, caminen de puntillas para no interrumpir con el trote a los aplicados que permanecen trabajando».

En tanto el gobierno de El Deseado se hace cada día más insufrible y despótico, la reina se refugia en sus oraciones y en sus versos, sin que la empeñada práctica de éstos consiga unos mínimos de inspiración estimable:

Doncellas, si imagináis
agradar a los mortales
con galas insustanciales
vanas glorias que ostentáis,
¡oh, cuánto os equivocáis!

*****

Abreme la puerta,
amable Morfeo,
de tu ancho palacio
pacífico y quieto;
a tristes cuidados
allí sólo encuentro
cerrada la puerta

con llave de hierro[…]

*****

Chicharras sus ruiseñores,
aun al sol sus moradores
sólo escaso deja ver,
y cabras debieran ser
sus únicos moradores[…]

La vida de María Josefa Amalia de Sajonia fue muy breve, ya que unas fiebres galopantes la condujeron a la muerte cuando sólo contaba veinticinco años de edad. Al ocurrir ésta, dada la carencia de heredero, enseguida se emprende una actividad frenética para encontrarle a don Fernando una nueva esposa (que sería la cuarta), y como el partido realista se inclinara por una princesa alemana, el rey, sin duda recordando las exigencias de la princesa difunta, se opuso a ello con la más franca y soez de las resoluciones:

—¡No más rosarios ni versitos, coño!

Capítulo XIV

Isabel II y Francisco de Asís Borbón

Los encajes del rey mariposa

FUE lo que, con su gracia habitual, preguntó Isabel II a León y Castillo, embajador de España en París:

—¿Qué pensarías tú de un hombre que la noche de bodas tenía sobre su cuerpo más puntillas que yo?

Hasta su mayoría de edad, reconocida cuando cumple trece años, doña Isabel de Borbón ha tenido que aceptar que el gobierno de la nación quede bajo la regencia de su madre, doña María Cristina. *La niña bonita*, como Isabel es llamada en los barrios de Madrid, es «de estatura mediana, tenía un busto prominente y contornos rollizos; los ojos, de un azul intenso, era la nota más hermosa de su rostro mofletudo; la boca grande, pero tan bien dibujada como la de su madre; el cabello rubio; la expresión, muy risueña; el conjunto, muy agradable»[141]. Isabel siente siempre una alegría desbordada, negada al rencor; pero pronto esa alegría se volverá inquietud y zozobra ante el planteamiento de una circunstancia no por esperada, menos sorprendente: «Hay que casar a la reina».

Apenas anunciado el plan, las cortes de Europa mueven sus peones con inusitada presteza y, al poco, ya se perfilan los candidatos que habrán de vencer las serias dificultades que los rivales representan, no siempre con las armas más nobles y limpias. Un casamiento con Carlos de Borbón y Braganza, conde de Montemolín, zanjaría de una vez el pleito dinástico impuesto por el carlismo, pero este pretendiente anula todas las posibilidades cuando exige ir a la boda reconocido como soberano legítimo, descendiente directo de Fernando VII.

Leopoldo de Sajonia-Coburgo es un buen mozo ante cuyo retrato no esquiva Isabel una mirada complacida, pero Francia e Inglaterra oponen un obstáculo de difícil solución: el príncipe Leopoldo cuenta ya con un hermano en el trono de Portugal, por lo que el lógico acuerdo de familia hace recelar un poder excesivo. El infante don Enrique propone entonces a su propio hermano, don Francisco de Borbón Dos-Sicilias, conde de Trápani, dado que los desastrosos efectos de la endogamia no han sido nunca obstáculo insalvable para la dinastía borbónica. La Constitución, no obstante, concede a la reina el privilegio de la decisión última e Isabel aprovecha esta disyuntiva para rechazarlo:

—¡Jamás me casaré con un bisojo!

Sólo queda el nombre de Francisco de Asís, duque de Cádiz, sobrino carnal de Femando VII y, por consiguiente, primo hermano de Isabel. Ella lo conoce tanto como para exclamar ante la propuesta:

—¡Paquita, no! ¡Paquita, nunca! ¡Antes de casarme con Paquita, abdicaré!

Pero al fin ha de aceptar y el 10 de octubre de 1846 se celebra la boda. Como dice una autora de nuestros días, «triunfa el duque de Cádiz, porque reúne un mérito que no tenía ninguno de los otros candidatos: no gustar a nadie» [142].

Escribe Femando Díaz-Plaja que «un matrimonio feliz, como el de su contemporánea, la reina Victoria, hubiera calmado probablemente tanto su temperamento como su ambición política» [143]. Y más adelante: «Podía haber sido [Francisco de Asís] el freno sexual y político de una reina llena de fervor en ambos sentidos, y fracasó». Sin embargo, Asís no es impotente y, si la reina accede a un casamiento que en principio no estaba dispuesta a aceptar, es porque sor Patrocinio, *la monja de las llagas*, le asegura que «bajo apariencias un poco delicadas, a pesar de su voz atiplada, su ropa interior demasiado elegante y sus perfumes, es un hombre capaz».

Tampoco esto es cierto del todo. «En él un estigma degenerativo tan grave como es la deformación de los órganos sexuales había tomado un aspecto opuesto al de su suegro Fernando VII» [144], y sabido es que El Deseado asustaba a sus cónyuges con el desproporcionado volumen de sus atributos. En el polo opuesto,

Francisco de Asís padece un «defecto hipogenital con hipospadias» (vicio de conformación de las partes genitales del sexo masculino, que consiste en que la uretra se abre ya en la cara interior del pene, ya en el escroto). Este defecto, en palabras del doctor Marañón, obliga al que lo padece a orinar en cuclillas, como si fuese una mujer. La sagacidad del pueblo lo dirá en versos:

Paquito Natilla
es de pasta flora
y orina en cuclillas
como una señora.

Esta deformación no impide practicar el coito, como en el caso del rey consorte podría atestiguar, entre otras, su amante Conchita Navarro, condesa de Azor. Con todo, lo peor de tan ridículo personaje no reside en sus defectos de constitución, sino en su comportamiento francamente feminoide. Si a ello se une que «doña Isabel era ignorantona, marchosa y dotada de un espléndido humor; don Francisco de Asís, cultivado, muy circunspecto y peripuesto, o sea, el antípoda de la soberana»[145], se entenderá por qué se produce enseguida el rompimiento, con separación de camas y un mutuo memorial de agravios que llegará al odio.

Si no para justificar, sí para comprender la incontinencia sexual de Isabel, entregada a una carrera frenética de amores que siempre acaban en una amarga despedida, es necesario afrontar los hechos como son: una mujer llena de vitalidad, sensual y apasionada que, entre otras razones por una educación muy deficiente, todo lo espera del deleitable espejismo del amor, se encuentra casada con un hombre ambiguo de tendencias eunucoides, indiferente a todo tipo de impulso sexual, incapaz de una noche de frenesí, de una audacia o de un simple requiebro. La reina ha cumplido un deber de Estado: que no le exijan sacrificios y renuncias en nombre de unos convencionalismos hipócritas, como si por el hecho de ceñir la corona tuviera que ofrecer en holocausto una vida colmada de ilusiones y de prometedoras esperanzas. Ella sabe, desde el primer momento, que su matrimonio será un fracaso y, ya que así se confirma desde el instante de quedar a solas con su marido, poco van a importarle las murmuraciones —sus veleidades con José

Vicente Ventosa y Francisco Frontela Laserra; su entrega a Salustiano Olózaga— cuando se hace evidente su amor por Francisco Serrano, a quien Isabel llama *el general bonito*: un hombre guapo, gallardo, audaz y valeroso, con su pecho constelado de medallas.

Don Francisco de Asís, al surgir el idilio de la reina con el militar, manifiesta su contrariedad y su enojo; y cuando le insisten para que acceda a la reconciliación con su mujer, exige:

—Despídase al favorito y vendrá la reconciliación. Yo habría tolerado a Serrano; nada le exigiría, si no hubiese agraviado mi persona, pero me ha ultrajado con calificativos indignos y no ha tenido para mí las debidas consideraciones; por lo tanto, le aborrezco. Es un pequeño Godoy que no ha sabido conducirse, porque éste, para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero a Carlos IV. Yo no he nacido para Isabelita, ni Isabelita para mí, pero es preciso que los pueblos entiendan lo contrario. Yo seré tolerante, pero desaparezca la influencia de Serrano y aceptaré la concordia.

Como dice José María Tavera: «Hay que poner orden» y, como es lógico, ha de procurar hacerlo el ministro de la Gobernación, por lo cual su titular, Benavides, marcha al palacio de El Pardo:

—¿Qué hay, Benavides?

—Poco bueno, Majestad. Pío IX no enviará nuncio hasta que hayáis vuelto al lado de la reina. El concordato, pues, queda en punto muerto. Pensad en que el perdón, si no es en vuestro fuero interno una generosidad del alma, debe ser una necesidad política. [146]

Enterada de todo esto, la reina madre escribe a su hija:

> *Pude ser flaca: no me avergüenzo de confesar mi pecado, que sepultó mi arrepentimiento; pero jamás ofendí al esposo que me destinó la providencia y sólo cuando ningún vínculo me ataba a los deberes de una mujer dependiente, di entrada en mi corazón a un amor que hice lícito ante Dios, para que disculpase el secreto que guardé a un pueblo cariñoso y por cuya felicidad tanto me he desvelado.* [147]

Es ineludible alejar a Serrano. Y verdaderamente fácil imaginar

el sentimiento que invade a la reina, mezcla de asombro, incredulidad y asco, cuando sabe el precio que *el general bonito* pone a su renuncia: tres millones de reales —que Isabel abona de su propio capital— y la Capitanía General de Granada, concedida en premio a los servicios prestados.

De nuevo, la razón de Estado. Isabel transige, no sólo al alejamiento de Serrano, sino a la proximidad de Francisco de Asís. No obstante, el duque de Cádiz —haciendo gala, una vez más, de su reconocida capacidad para el agravio— pone un plazo para volver: el plazo necesario para confirmar que la reina ha cometido adulterio (si en él se advierten señales de embarazo) o para desmentir el rumor (si en ese plazo el vientre de Isabel no ha aumentado sospechosamente). La reina soporta la bofetada sin manos, por servir los intereses de la Corona, hasta que el 13 de octubre de 1847, a las cuatro de la tarde, el rey consorte, con la garantía de que su mujer no está encinta, vuelve a palacio.

> *La ocasión fue por demás romántica. Don Francisco de Asís llega a Palacio y, mientras la guardia le rinde honores, Isabel le saluda emocionada desde un balcón agitando un pañuelo. Se encuentran en la escalera, se abrazan y se retiran prestamente a su alcoba. Cuando Monseñor Brunelli, el nuncio, hace ademán de seguirles, para rematar el éxito con una bendición especial de Su Santidad, Narváez, jefe del Gabinete de Ministros, le detiene con gracejo: «¿A dónde va Vuestra Ilustrísima? Déjeles que lloren y se besuqueen; esas cosas se hacen mejor sin testigos de vista»* [148].

Como por milagro, la reina parece haber aventado todas sus tristezas. En realidad, no es un milagro o, en todo caso, el milagro es de carne y hueso. Se llama José Mirall y, según todas las apariencias y algún testimonio documental, ha sido elegido por las más respetables instancias oficiales para que la reina olvide a Serrano en el menor tiempo posible. El encuentro es descrito por Pierre de Luz:

> *El marqués de Salamanca conoce muy bien el mundo del teatro, siendo él mismo propietario de uno, el Circo de Paúl. Y allí es donde, de una ojeada, escoge al hombre indispensable, el cantor*

Mirall, voz de bajo emocionante, rostro apolíneo, robusta estructura. El gusto de Isabel por la música ya es conocido; su gusto por los buenos mozos se precisa. Mirall es acogido con favor, y Serrano, dándose cuenta pronto de la infidelidad de su dama, se pone a intrigar con Narváez contra el Gabinete. **[149]**

Es un amor fugaz, pero intenso, y durará lo que el general Narváez quiera: el tiempo que El Espadón de Loja necesita para ordenar a los miembros del Gobierno:

—Señores, quedan ustedes relevados de sus cargos.

Mirall, cumplida la ardua empresa que le ha encomendado el banquero Salamanca —conquistar a la reina—, será despedido sin contemplaciones, para dar paso a otros nombres en el corazón de Isabel: Gándara, Temístocles Solera, José María Ruiz Arana, Arieta, Manuel Lorenzo Acuña y, sobre todo, Enrique Puigmoltó y Mayáns.

El sobrio, tenaz y virtuoso Antonio María Claret, confesor de la reina, se dispuso a una lucha sin cuartel en la que no faltó el veneno de la calumnia. Claret podía con todo. Menos con las debilidades de Isabel por los mozos bien plantados que, a los dos días de ser recibidos por la reina, ya podían alardear de alguna que otra carta comprometida. La insistencia del padre Claret para que Isabel ordene su vida de acuerdo con los imperativos de las buenas costumbres resulta siempre inútil. Como inútiles son los esfuerzos de Narváez para que facilite el destierro del nuevo amante —Enrique Puigmoltó—, mereciendo, por toda réplica, una sesgada pregunta:

—¿Pero es que deseas que aborte?

La corte es venero de escaladores y arribistas. Cualquiera, con un título o una hazaña guerrera en su ejecutoria, puede llegar muy lejos, si es listo y a ello se le une un rostro agraciado y un porte aguerrido. Es lo que sabe muy bien don Rafael Puigmoltó y Pérez, conde de Torrefiel, quien al ser rehabilitado tras una dura penitencia impuesta por su pasado carlista, se dispone a introducir a su hijo Rafael en el palacio real. Desgraciadamente, el signo del destino manda otros rumbos y Rafael, ya con el grado de capitán de Artillería, fallece en Alicante, víctima del cólera. Sin embargo, el conde de Torrefiel es hombre empecinado y, una vez repuesto del dolor por la muerte de su primogénito, proyecta para su otro hijo,

Enrique, la carrera prevista para el primero.

Enrique Puigmoltó y Mayáns es teniente de Ingenieros, de guarnición en Baleares, desde donde es trasladado a Madrid a petición propia. «Gallardo militar, afectado por una intensa afección herpética, como la reina. Continuamente pide permisos para ir a los balnearios de Puda, Vich y Baden. En los reconocimientos médicos que se le practican no se hace alusión a ninguna enfermedad pulmonar. Por consiguiente, es más que probable que no la padeciera, como le atribuye Valle-Inclán[150]». >Nacido en Valencia en 1827, cuando se instala en Madrid ya es capitán y, cuando al fin consigue besar la mano de la reina, en el corazón de Isabel se produce la taquicardia de los grandes acontecimientos.

Considerando la rapidez del idilio, se puede sospechar a qué extremos lleva el fervor de Isabel cuando conoce que, en la revuelta dirigida por el torero revolucionario Pucheta que puso sitio a palacio, fue Puigmoltó quien, al frente de su compañía de zapadores, defendió la puerta principal, dispuesto a dar su sangre por la reina. Por esta hazaña, Enrique es ascendido y condecorado con la Cruz Laureada.

Doña Isabel nunca se ha cuidado demasiado de dar tres cuartos al pregonero. En esta ocasión su audacia resulta temeraria, como si no le importara andar en coplas y chascarrillos de mala ley. Una de las personas allegadas que madrugan en la advertencia es sor Patrocinio, *la monja de las llagas*, que le escribe con la mayor premura:

> *Señora mía y queridísima hija:*
>
> *No me permiten entrar en Madrid donde hubiera querido saludaros, aunque ya estoy libre de todo castigo y sospecha, sin que nadie me haya acusado ni menos procesado por delito alguno. Pero no es de mí de quien quiero hablaros, sino de vos. Os ruego encarecidamente que sigáis con filial devoción las indicaciones que ayer os hizo vuestro distinguido visitante [Claret]. La persona de quien os hablo no quiere, como yo misma, más que el bien de Vuestra Majestad y de España. Nuevos y gravísimos peligros os acechan. Esperadlos aferrada a vuestra cruz, que sabéis mejor que nadie cuál es[…].*

Días antes, monseñor Giovanni Simeone, encargado de negocios de la Nunciatura, ha entregado una carta de Su Santidad, ciertamente atrevida al tratarse de la reina de un país extranjero, en la que el pontífice expone a Isabel de Borbón la «cuestión de palacio» sin ambigüedades ni medias tintas:

> *El interés que tomo por todo aquello que afecta a vuestra augusta persona me ha aconsejado manifestarle lo que ha llegado a mis oídos en estos mismos días. Parece que una persona influyente en el actual estado de cosas de España trata de introducir en la corte a alguien cuya proximidad ofrecería ocasión a los enemigos del trono y a los agitadores políticos para maquinar contra V. M. buscando disminuir el respeto que se le debe. Pero, además, cualquiera que sea la trascendencia que deba darse a estos rumores, lo cierto es que ante la presente situación todos debemos elevar los ojos al cielo[…].*

Isabel, en efecto, eleva los ojos, niega, suplica, promete… y sigue viéndose con el comandante. Para ello cuenta —¡faltaría más!— con la complicidad incansable de Amparo de Azagra. El alejamiento del ingeniero no admite dilaciones, y habrá de ser, como siempre, el guardián de la reina, El Espadón de Loja, quien imponga el destierro. Según informa Simeone al cardenal Antonelli, el 31 de octubre Puigmoltó marcha camino de Londres. Ocurre, sin embargo, que todo ha sido un juego para acallar la alarma, puesto que el ingeniero vuelve ante la confusión general. Esta vez el arzobispo Claret denuncia a la reina lo que hasta ahora le había ocultado, sin duda por no lastimarla: que «el joven amigo traicionaba a S. M. ante sus compañeros, incluso en el café, y alardeaba de los regalos y billetes que recibía, cosas que en algunos causaba vilipendio para la soberana y en otros indignación contra aquel desvergonzado».

Cuando los ataques se hacen más violentos, en el mes de febrero, la *Gaceta* publica la orden por la que el comandante es destinado a la Subinspección de Ingenieros de Valencia. Si no obedeciera, Narváez asegura que llegaría con él a la solución más drástica. Así, cuando la permanencia en Madrid supone que puede acabar ante el pelotón de fusilamiento o hallar la muerte a la sombra cómplice de

cualquier esquina, don Enrique Puigmoltó y Mayáns marcha a Valencia, donde vivirá con su mujer, sus hijos y sus inolvidables recuerdos.

Como epílogo del galán ingeniero, Gordillo Courcières reproduce las palabras que Mauricio Carlavilla incluye en una de sus obras:

> *En el palacio de los Puig Montó [sic], vizcondes de Miranda, de Valencia, se ufana una histórica cuna: la del rey Alfonso XII. Se dice que fue regalada por la madre del niño, Isabel II, a don Enrique Puig Montó [sic]. El motivo del regalo se deja a la imaginación del lector. Por cierto que la regia cuna está protegida por un ángel que vela el sueño del niño rey, cuya escultura tiene el índice de la mano sobre los labios, como pidiendo silencio.* [151]

Con el nacimiento de un hijo varón, a quien los maliciosos llaman «el Puigmoltejo», la alegría de la reina se hace más expansiva y contagiosa que nunca. Los alabarderos de guardia a la puerta de sus habitaciones oyen su preciosa voz de *mezzosoprano* en un aria o un *lied*; parece que fuera a dejar para siempre en el baúl de los olvidos las penas pasadas. Sin embargo, esta alegría da paso a un estado de profunda depresión, que se manifiesta en prolongados silencios y en una desgana crónica por los asuntos de Estado: «Su sensibilidad femenina, su carácter impresionable, su necesidad absoluta de tener a su lado un afecto, y las luchas que por ello sostiene, producen en su ánimo crisis tenaces, persistentes; enfermedades un tanto extrañas en las que no es posible saber dónde termina lo físico y dónde empieza el desasosiego espiritual» [152]. Ahora más que nunca. Por ello no es de extrañar que acoja con amable solicitud la llegada de un secretario del que se cuenta que está dominado por una profunda tristeza causada por la muerte de su mujer.

Nacido el 8 de agosto de 1818 en Almonaster la Real, Miguel Tenorio de Castilla es el ejemplo del hombre culto, espiritual y tolerante, que cambia muy gustoso el brillo de los palacios por el recoleto silencio de las bibliotecas. Aun así, se vio atrapado en la política, desempeñando nada menos que doce gobiernos civiles, en los que destacó por su ponderación y su acrisolada honradez.

Casado con Isabel Tirado Rañón, quiso la adversidad que cuando más felices eran, gozando todos los pequeños placeres de la vida acomodada y sin problemas, falleciera la esposa víctima del cólera, dejando sumido a Miguel en el más profundo dolor.

Probablemente fue para ahuyentar los fantasmas de unos recuerdos que le llevaban a desear la muerte por la vía más rápida por lo que Tenorio aceptó un cargo que le prometía experiencias inéditas, muchas de ellas apasionantes. Lo que Miguel no pudo adivinar entonces fue que la permanente comunicación establecida con Isabel II, por razón de sus funciones, fuese poco a poco enredándolo en su simpatía arrolladora, su vulnerabilidad y su indefensión ante un destino empeñado en serle implacable.

Por estos días todo Madrid comenta, regocijado, el pasquín que ha aparecido junto al monumento de la soberana:

En pesado bronce estás
fundida de tal manera,
que no te conocerás;
de haberte hecho más ligera,
te parecerías más.

Se refiere al monumento que costeó el famoso magnate Manuel López Santaella, comisario general de la Cruzada, el cual mereció asimismo los *honores* de la letrilla:

Santaella de Isabel
costeó la estatua bella;
y del vulgo el eco fiel
dice que no es Santo él
ni tampoco Santa-ella.

Hasta ahora, la lista de los amantes de Isabel II está compuesta por Ventosa, Frontela, Olózaga, Serrano, José Mirall, Gándara, Solera, Arrieta, Manuel Lorenzo de Acuña, Ruiz Arana, Puigmoltó, Tenorio, Tirso Obregón, José Murga…, en una frenética carrera de frivolidades que tanto contribuyen al derrocamiento de la soberana, quien se ve obligada a pasar desterrada a Francia. Lo curioso es que en estos momentos difíciles, angustiosos, es cuando Isabel halla el

amor desinteresado que ella buscó incansablemente durante tanto tiempo. Al final, también tendrá que decir adiós al amante de su última oportunidad. Nos referimos a Carlos Marfori, por quien intercede Isabel II ante Cánovas, solicitando para él un nombramiento como recompensa a varios meses de auténtico amor:

> *Se ha hablado tanto, se ha dicho tanto y se ha atacado tanto a la persona de don Carlos Marfori, suponiéndole una influencia, que me veo en la precisión, para acabar con tantas calumnias, de recurrir a ti, que hoy llevas el peso de los asuntos públicos de España y la responsabilidad de todos ellos, para que no se lastime injustamente por más tiempo la reputación de una persona que tan lealmente se ha sacrificado por los intereses de mi familia, y para que, usando de la iniciativa que tienes como presidente del Consejo de Ministros, hagas que se le dé un puesto de ministro plenipotenciario con arreglo a su categoría, en cualquier punto de Europa, para poner término a las habladurías que la malevolencia contra mí ha dirigido y recompensar como es justo la lealtad y servicios que con tanta adhesión y sacrificio de su fortuna ha prestado, a mi familia y a la restauración del trono.*

Para comprender el interés de Isabel por Marfori hay que dar por buenas algunas de las conclusiones derivadas de los estudios más objetivos:

> *Entre Isabel II y Marfori hay una inquebrantable, tenacísima amistad y comprensión, que ha resistido el embate de los malos tiempos y de la adversidad. Carlos Marfori ha sabido ser fiel a la reina en todas las circunstancias. No ha sido interesada su colaboración, sino que se ha desprendido incluso de su propia fortuna para trabajar por la Restauración. Y tan feliz ha hecho a la reina su proceder —ella, que jamás ha aceptado nada de nadie— que consiente y hasta busca que Marfori se lo gaste todo para que, arruinado, no tenga más remedio que estar a su lado y depender exclusivamente de ella y de su generosidad.* [153]

Apenas pasada la frontera, camino del exilio, Isabel II da por terminada toda relación con su marido, don Francisco de Asís,

quien muere el 17 de abril de 1902. Ese día será recordado por el embajador León y Castillo:

> *Su muerte evocará en mí siempre un penoso recuerdo. Murió en su retiro de Espinay, solitario como había vivido. La Infanta Isabel [su hija] llegó cuando entraba en la agonía. La tarde del entierro, una tarde gris y triste de comienzos de la primavera, a la hora del anochecer, hacía más profunda la soledad en ese rincón silencioso de Espinay, donde unas cuantas personas enlutadas nos habíamos reunido para rendirle el postrer homenaje […]. La aparición del féretro sobre el pórtico, frente al jardín, con árboles ateridos como si un viento helado soplara sobre todos, las almas y las cosas, fue algo conmovedor que removía las tristezas más hondas. Colocado el féretro en el coche fúnebre, las puertas del castillo volvieron a cerrarse. Por las avenidas del jardín, bajo las ramas todavía sin hojas, en medio de una ceremoniosa soledad, la lúgubre comitiva, siguiendo la mortuoria carroza, desfiló en silencio hacia la estación próxima, también camino de El Escorial.* **[154]**

En París, cerca del palacio de Castilla, al extremo de la calle Dumont, se extiende un pequeño parque, como un oasis verde y apacible entre el fragor de los coches que circulan constantemente sin excesivo cuidado de no atropellar al viandante desprevenido. Desde hace años, todas las tardes, al filo de las cuatro, llega al pequeño parque una viejecita del brazo de un hombre tosco, moreno, de enormes patillas, que parece arrancado de uno de esos cuadros en los que figura una orquesta de violinistas zíngaros.

La viejecita, de aspecto venerable, tiene los cabellos blancos y es enjuta en carnes. Se apoya en un bastón, y en su rostro, surcado de arrugas, pero también de esas marcas indelebles que dejan las tristezas, destaca la luminosidad de sus ojos azules, por cuya belleza excepcional no han pasado los años.

Es doña Isabel de Borbón, exreina de España, y el hombre que va con ella, respetando su silencio, pasará de puntillas por las páginas de la historia, como para no velar la extraordinaria figura de Su Majestad. Se llama José Altmann, judío de origen húngaro, y aunque no todos los que forman la camarilla de la pequeña corte lo reconozcan, desempeña las funciones de secretario, administrador y

jefe de la Casa de la reina. Dentro de los cauces naturales de la lógica, nadie entiende que una mujer de setenta y cuatro años sienta aún los efluvios del amor apasionado; menos aún si, como en el caso de Altmann, el objeto de ese amor parece más acomodado en el aduar y la tribu que entre los terciopelos y los dorados del palacio. Sin embargo —porque acaso el amor sea en Isabel una dolencia crónica más que un sentimiento profundo—, ella lo ama, más allá del puro afecto y de la relación limitada de la amistad.

Es el 9 de abril de 1904. La reina se recupera de una fuerte afección gripal y, al sentirse un poco mejor, pide que la trasladen de la cama al sillón, en el que permanece arrebujada en un abrigo de pieles. De pronto, se abre la puerta y anuncian la visita de la exemperatriz Eugenia de Montijo, condesa de Baños y de Teba. Isabel, para expresarle el afecto que le dispensa y la consideración con que la distingue, se desabriga y sale al exterior para recibir a Eugenia en la escalera. El brusco cambio de temperatura le produce un enfriamiento que será mortal.

Al ver que se apaga, Isabel prohíbe la entrada en su aposento de Altmann. Es su último rasgo de coquetería. Inmediatamente cierra los ojos —ya no volverá a abrirlos—, tomando la mano de su yerno, el infante Luis Fernando. Isabel respira cada vez más pausadamente y siente frío.

Ella, que ha sido un fuego devorador, inextinguible. [155]

Capítulo XV

Alfonso XII y María de las Mercedes de Orleáns

Poema de un romático amorosas

«FUE junto a esta tapia donde la gitana le dijo que veía en su mano una corona de reina, y fue también en Castilleja [de la Cuesta] donde oyó la primera ovación. El destino la había mimado con exceso, concediéndole, junto a la corona de su patria, el corazón de su rey.»[156] María de las Mercedes de Orleáns y el príncipe Alfonso se verán por primera vez en Auvernia, en el castillo de Randán, propiedad de los duques de Montpensier, el 26 de diciembre de 1872. Estudiaba Alfonso en el colegio Theresianum, de Viena, y su madre, doña Isabel II, vivía su nostálgico exilio en el palacio de Castilla, de París, donde aceptó la invitación que tal vez contribuiría a paliar la enemistad existente entre la exsoberana de España y sus familiares próximos, don Antonio de Orleáns y su esposa, la infanta doña Luisa Fernanda. Aquella mañana la hija de éstos, María de las Mercedes, no disimula la contrariedad que le supone una visita que forzosamente ha de serle tensa, y dice:

—Espero que mi primo Alfonso no sea demasiado mandón y que no nos tiranice con sus grandes aires de heredero.

—Serán sólo tres días —la consuela su madre.

A lo lejos, se oyen los cascos de los caballos subiendo la cuesta que conduce al castillo. Cuando llega el coche, descienden de él Isabel y Alfonso, fundiéndose en abrazos más o menos sinceros. Isabel II pondera el desarrollo de Mercedes, que con doce años es ya toda una muchacha de profundos ojos negros:

—¡Cómo ha crecido esta niña! ¡Si parece ya una mujer!

El príncipe contempla maravillado a su prima, que delata su turbación al decirle:

—Buenos días, Alfonso.

Desde aquel instante Alfonso de Borbón se siente irremediablemente atrapado en las redes de esta joven que trasciende un encanto singular por la transparencia de su mirada, la franqueza de su sonrisa, el acento andaluz de sus palabras y un hábito de bondad que atrae y subyuga. Poco después, enhebrados en una conversación intrascendente, Mercedes, que también se siente impresionada por la presencia de su primo —pálido, elegante, alto, hablador y dotado de una simpatía arrolladora—, le dice con un cierto dejo de melancolía:

—Un día te llamarán los españoles, te despertarás siendo rey… y todos regresaremos a España.

Pasados los años, cuando aquel joven desenvuelto haya sido aclamado rey como Alfonso XII, confesará, recordando la mañana de Randán: «Ella apareció ante mis ojos como la imagen de la felicidad y de la virtud».

Es la imagen que no se le borrará nunca del pensamiento. La que evoca al recibir la carta de su tía, en la que Alfonso cree adivinar el sentimiento propicio de Mercedes:

Mi muy querido Alfonso:

Espero llegarán a tus manos estos renglones para el día de tu santo y con ellos mis más sinceras felicitaciones. Tú sabes cuán grande es el cariño que te tengo, y así que te deseo en ese día mil felicidades.

Cristina y Mercedes me encargan te felicite en su nombre. Recuerdo con gran placer los pocos días que tuvimos el gusto de que estuvieseis con nosotros en Randán y siempre estamos hablando de ti.

Tu tío Montpensier está en París, pero creo que volverá aquí mañana. Cuando estuvo a visitarnos tu hermana Isabel, disfrutamos también de un tiempo muy bueno y volvimos a dar aquellos paseos que dimos con tu madre y contigo.

Yo, querido Alfonso, no podré olvidar nunca el cariño que me has demostrado y cree deseo mucho volverte a ver.

El segundo encuentro se produce en el verano de 1873 en París y ya entonces Mercedes y Alfonso se ven a hurtadillas en el Bois de Boulogne, acompañados, ella de una dama de toda confianza y él de un ayudante, únicos en conocer no sólo los largos y amartelados paseos de la pareja, sino el sentimiento que la infanta ha logrado despertar en el apasionado príncipe.

Separados de nuevo por la fuerza de las circunstancias, vuelven a reunirse en París en el verano de 1874. Una tarde en la que van con las manos entrelazadas, gozando de unos instantes que no necesitan palabras para señalar la autenticidad de sus amores, María de las Mercedes dice a su primo, en un rapto de sincera espontaneidad:

—Cuando entres en Madrid te arrojarán flores desde los balcones, y tú irás montado en un caballo blanco, completamente blanco.

En otra ocasión, poco antes de la despedida, el príncipe toma el brazo de la novia y entran en una joyería, donde Alfonso elige un brazalete para obsequiar a Mercedes, pero no ha calculado bien el alto precio de la joya y, volviéndose con cierta tristeza, le dice a la amada:

—Es un poco cara y yo no llevo dinero, ¿sabes? Tendrás que esperar. Te la compraré cuando sea rey.

Probablemente son anécdotas que don Alfonso de Borbón recordará la mañana del 14 de enero de 1875, cuando, proclamado rey, hace su entrada triunfal en Madrid montado en un caballo blanco, entre vítores y aplausos enardecidos. «Un trueno de entusiasmo —escribe un historiador— rueda desde Atocha a lo largo del recorrido hasta la Basílica», donde asistirá a un solemne *tedeum* para marchar después al Alcázar. Allí permanecerá tan sólo cuatro días, porque, siguiendo los consejos de Cánovas del Castillo, enseguida toma el mando del Ejército del Norte con el que darles la batalla a las tropas carlistas, recibiendo su bautismo de fuego en la acción de Lacar. Al cabo del tiempo, derrotado el ejército del pretendiente, éste se verá obligado a acatar la soberanía de Alfonso XII, que será llamado *El Pacificador*.

Mientras tanto, la familia Montpensier ha vuelto a Sevilla, instalándose en el hermoso palacio de San Telmo, a cuya reja se acerca frecuentemente Alfonso, recreado en la mirada dulce de

Mercedes, temerosa de que la tarea política vaya a alejar de su lado al hombre que ama sobre todas las cosas. La infanta Paz escribirá en sus *Memorias*: «El pobre está enamorado de nuestra prima Mercedes; pero ni al Gobierno ni a mamá les gusta este casamiento».

Isabel II no ha olvidado el juego de intrigas, calumnias y traiciones con que don Antonio de Orleáns ha contribuido a su derrocamiento y exilio en Francia. Por eso dice: «Contra la muchacha no tengo nada, pero con los Montpensier no transigiré nunca». Sin embargo, Alfonso XII y María de las Mercedes hacen público su compromiso, acogido por gran parte de la clase política con evidentes muestras de rechazo, si bien algunos congresistas como Claudio Moyano (a pesar de su republicanismo) excluyen a Mercedes del acalorado debate.

—Antes de continuar —dice Moyano—, debo advertir a la Cámara que nada está más lejos de mi propósito que referirme en ninguna de mis palabras a Su Alteza Real doña María de las Mercedes: doña Mercedes está completamente al margen de esta discusión, ¡porque los ángeles no se discuten!

Al rey le gustan las correrías nocturnas, casi siempre acompañado por sus inseparables Julio Benalúa, José Tamames y Vicente Beltrán de Lis. Algunas veces, en cambio, va solo en busca de esos amores furtivos que, desde muy joven, poco a poco van minando su salud. Una de esas noches, como al regresar a palacio no acertara con el itinerario, recurre a un transeúnte, que se presta a acompañarlo a las proximidades de la plaza de Oriente. Llegados al Arco de la Armería, el rey, tendiéndole la mano al desconocido, le agradece la deferencia diciéndole:

—Alfonso XII, aquí en palacio, me tiene a su disposición.

El otro deja ver una sonrisa irónica y, sin descomponerse, le replica con absoluta naturalidad:

—Pío IX, en el Vaticano, a su disposición.

El pueblo quiere al rey. Le atraen su campechanía, su naturalidad ajena al empaque de su dignidad. El pueblo ríe sus ocurrencias, sus oportunas respuestas, tantas veces de raíz popular, y hasta sus devaneos amorosos, que él hace compatibles con una auténtica adoración por su prima. Cierta madrugada, al acabar una fiesta en los jardines del palacio de San Telmo, como Mercedes no

reprimiera un leve estremecimiento, el rey le pregunta:

—¿Tienes frío?

—No —responde Mercedes—. Tengo miedo. Miedo de ser tan feliz.

Alfonso XII, «monarca galante, ardoroso amador, en quien continuaba el signo erótico materno»[157], hallará en la cantante Elena Sanz el refugio de muchas horas de asueto, tan entregadas como para darle dos hijos, pero nada será nunca comparable al amor ciego, rendido, que el rey profesa a María de las Mercedes, presente siempre como un imperativo tan resuelto, que en diciembre de 1877 Alfonso da carácter oficial a sus relaciones escribiéndole al duque de Montpensier:

> *Nuestro muy caro y muy amado tío: después de meditar Mí propio el asunto con todo detenimiento que su importancia merece, y oído mi Consejo de Ministros, he resuelto, de conformidad con su dictamen, contraer inmediatamente matrimonio; y siéndome tan conocidas las altas prendas que adornan a la Infanta de España doña María de las Mercedes de Orleáns y Borbón, hija vuestra y mi prima, no he titubeado en elegirla por esposa, seguro de que, mediante el divino auxilio, será esta unión dichosa para los dos y útil a la nación nobilísima cuyos destinos tengo a mi cargo.*
>
> *Vivamente deseo, por tanto, que mi muy querida prima consienta este enlace, y que vos y mi muy cara y amada tía, vuestra esposa, me otorguéis su mano, con cuyo fin lleva y os entregará esta carta el Marqués de Alcañices y de los Balbases, Duque de Alburquerque, mi mayordomo mayor; esperando que vuelva con la respuesta tan pronto como anhela mi corazón[…].*

El curso de los acontecimientos, así como las altas consideraciones que éstos inspiraban, quedan relatados por la propia Mercedes a su maestra, la madre Madeleine de Jesús:

> *Mi muy querida Madre:*
>
> *Perdóneme el retraso involuntario que he puesto en escribirle. En su carta me preguntaba si era verdad que yo iba a ser reina de España. No podía contestarle sin decírselo. Hoy puedo, querida madre, participaros mi próxima boda. Ayer, día feliz para mí,*

fiesta de la Santísima Virgen, la Inmaculada Concepción, patrona de mi querido país, fui pedida en matrimonio por un enviado extraordinario del rey de España. Ayer mismo la contestación fue dada y el enviado ha regresado con mi consentimiento.

Usted pedirá mucho por mí, así como todas esas buenas madres, ya que una posición tan alta no es fácil. Espero con la ayuda de Dios ser feliz; incluso tengo la confianza de serlo. No olvidaré jamás que he sido alumna de la Asunción y espero que la Santísima Virgen nos protegerá.

Concedida la dispensa del papa Pío IX, necesaria por ser primos hermanos los contrayentes, el día 23 de enero de 1878, «fecha de la onomástica del soberano, subía la infanta doña Mercedes de Orleáns con sus familiares a un tren especial, que la conduciría a Madrid, dirigiéndose al palacio del Senado en el que vestiría sus galas nupciales. A las doce del mediodía Alfonso XII y Mercedes de Orleáns se convertían en marido y mujer ante el altar mayor de la basílica de Atocha» [158].

De los diputados que forman la Cámara, ciento nueve dan su aprobación al enlace regio, mientras que sólo cuatro manifestaron su disconformidad. A renglón seguido, se presentó el proyecto de ley para fijar la dotación de la reina:

S. M. el rey, teniendo en cuenta la situación general de la Hacienda Pública, que a pesar de hallarse en vías de mejora ha exigido y todavía exige, así de los acreedores como de los contribuyentes y de los servicios del Estado considerables sacrificios, ha manifestado a su Ministro la firme resolución de que, al anunciarse a las Cortes su próximo matrimonio, únicamente se le proponga la dotación de que, en el caso de viudez, habría de disfrutar la futura reina. De iguales sentimientos ha dado muestra la señora Infanta doña María de las Mercedes, gozosa de proporcionar así un alivio a las cargas públicas. La asignación de la reina, sólo en el caso de quedar viuda, quedará fijada en 250 000 pesetas.

Como dice un autor, «nunca tuvo España una reina que costase menos al Erario público». El 20 de enero de 1878 la infanta

Mercedes recibe a la comisión del Congreso de los Diputados encargada de felicitarla, a cuyo discurso responde la infanta con estas palabras:

> *Estad seguros que procuraré hacerme digna, como española y como reina, de la noble nación que represento. Confío, para lograrlo, en la buena enseñanza que he recibido de mis padres y en la ayuda que Dios no niega a los que imploran, como yo, su auxilio y su favor.*

El 23 de enero se celebra la boda en la Basílica de Atocha. Antes de la misa de pontifical, bajo la bóveda resuena la voz del patriarca de las Indias: «Serenísima señora doña María de las Mercedes de Orleáns y Borbón, infanta de España: ¿quiere Vuestra Alteza por legítimo esposo y marido por palabras de presente, como lo manda la Santa, Católica, Apostólica, Iglesia Romana a don Alfonso XII de Borbón y Borbón, rey católico de España?». Por la nave se multiplica la voz trémula y dulce de Mercedes:

—Sí, quiero.

Como escribe la infanta Paz en sus *Memorias*, «Mercedes estaba muy pálida, pero muy contenta, envuelta en tules y encajes, rodeada de perlas que hacían resaltar su cutis de camelia. La reina saludaba con la más dulce de las sonrisas, mientras don Alfonso, risueño y orgulloso, denotaba que había triunfado en su auténtico amor como en los cuentos de hadas».

Fueron los días más felices, al recibir en todas partes —el teatro, la plaza de toros, el hipódromo, las Cortes, las calles…— las más encendidas muestras de devoción y cariño. El pueblo canta, identificado con la augusta pareja:

> *Quieren hoy con más delirio*
> *a su rey los españoles,*
> *pues por amor se ha casado*
> *como se casan los pobres.*

Cuando, en una ocasión, Mercedes recoge los papeles en los que ha estado trabajando el rey, negándose a que cualquier servidor realice esta tarea, dice:

—Son de mi Alfonso.

Entrado el mes de marzo, los reyes asisten a varios conciertos y pasean a pie por Recoletos. El tiempo es frío y, una de aquellas tardes, de inolvidable recuerdo por el permanente testimonio de adhesión y afecto mostrados por los transeúntes a su paso, al volver a palacio Mercedes se siente indispuesta. Cuando, al cabo de varios días parece que la fiebre ha abandonado definitivamente a la reina, de nuevo se ve a la pareja en su visita a los templos, en la recepción o paseando por Madrid en coche descubierto. La mejoría, no obstante, es sólo aparente, porque ni los escalofríos ni la fiebre dejan de atormentar a la soberana, que por no alarmar a su marido disimula hasta la extenuación el mal que ha hecho presa en ella[159]. Son las fiebres tifoideas, unidas a una dolencia crónica de tipo tuberculoso. El día de San Antonio, debido a la enfermedad de Mercedes, se suspende en palacio la comida con que iba a celebrarse la onomástica de Montpensier, y el 16 de junio Alfonso escribe a su suegro y tío, el duque, una carta en la que se adivina su afán por restar importancia a un mal que avanza implacable:

> *Mercedes sigue poco más o menos lo mismo: con pocas ganas de comer, mareos y vomitando algunas veces lo que come. Su estado general es bueno y San Gregorio [el médico de la corte] cree que debe ser embarazo; pues aunque hasta ahora no se ha podido notar cierto síntoma, dice que algunas señoras suelen sentirlo aún antes de conocerse.*
>
> *En todo caso, pronto lo hemos de saber, pues hoy tocaba cierta novedad, que hasta ahora no ha venido y, si pasan así algunos días, has tenido razón en ser malicioso. En todo caso, está tratada con la mayor severidad y, por si es o no, no se la deja salir de casa y fuera de los ratos que se asoma a la terraza o escribe, o se viste, se pasa el día entre la cama y la chaise-longue. Así, puedes estar tranquilo bajo ese punto de vista[…].*

Una de esas tardes, cuando Alfonso regresa de su paseo por la Casa de Campo, encuentra a Mercedes peor y da la orden de que las trompetas del Alcázar se abstengan de realizar sus toques. Incluso se echa arena en la calle Bailén, para amortiguar el sonido de los cascos de la caballería, para no despertar a la reina. A ésta la

acompañan su fiel Ramona, que lleva varias noches sin dormir, Pilar, la doncella, y la marquesa de Santa Cruz. Cuando Mercedes abre los ojos y comprueba que no está Alfonso, dice, con un soplo de voz:

—Me voy poco a poco…

La noticia de las fiebres recorre todo Madrid y a la plaza de Oriente va llegando gente de toda condición, que aguarda en silencio ese comunicado que despeje el temor que le inspira la persistencia de la enfermedad. La consulta de médicos en la real cámara no tranquiliza al rey: «Es de esperar que empeore», dicen, y efectivamente aquella noche es más alta la fiebre y más denso el sopor. El sábado 22 sobreviene una hemorragia que la deja muy quebrantada, por lo que el rey escribe a Montpensier pidiéndole que acudan al lado de Mercedes. Cuando la madre, Luisa Fernanda, se acerca a la reina, que está dormida, y observa su demacrado rostro, comenta entre lágrimas irreprimibles:

—¡Como los otros! ¡Ay, como los otros!

El día de San Juan le sobreviene a la enferma una nueva hemorragia. El dictamen de los médicos no evita la gravedad extrema: «Este incidente pone en gravísimo peligro la vida de S. M.».

Alfonso no se separa un instante de su lado, conteniendo el llanto. La infanta Paz evocará aquel momento solemne:

> *La agonía que comenzó fue larga y cruel, pero la víctima era pura y preparada para sufrir; duró trece horas y aún me estremezco al pensarlo […]. No olvidaré nunca mi entrada en la alcoba. Mientras dama y ayudantes, todos arrodillados en el suelo, rezaban las oraciones de los agonizantes que leía en voz alta el cardenal-arzobispo de Toledo, Alfonso tenía en sus manos las de la moribunda, sin separar su vista de su cara pálida[…].*

Mercedes abre los ojos y, al ver que Alfonso llora sin consuelo, le atrae con dulzura y, haciendo un gran esfuerzo, enlaza los brazos a su cuello. Aquel beso es la última prueba de un amor sin límites.

Eran las doce y diez del mediodía. El pueblo iba a cantar en sus corros de niñas por calles y plazas:

Merceditas ya se ha muerto;
muerta está, que yo la vi:
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid[…]

Capítulo XVI

Alfonso XIII y María Eugenia de Battenberg

Exilio y soledad

ES EL 17 de mayo de 1902 cuando, llegado el término de la regencia que ha desempeñado con preclara inteligencia la reina madre, doña María Cristina de Austria, el nuevo rey, don Alfonso XIII, que cuenta dieciséis años de edad, jura la Constitución y dirige a las Cortes el primer manifiesto de su reinado:

> *Al recibir de mi augusta y bienamada madre los poderes constitucionales, envío desde el fondo de mi alma un saludo cordial y afectuoso al pueblo español. La educación que he recibido me hace comprender que ahora pesarán sobre mí deberes que acepto sin vacilar; he prestado juramento a la Constitución y a la Ley. Es cierto que me falta experiencia para la gran misión que me ha sido confiada. Pero mis deseos de corresponder a las aspiraciones del país y mi intención de vivir en perpetuo contacto con mi pueblo son tan grandes, que espero recibir de su inspiración lo que el tiempo tardaría en enseñarme. Pido, pues, a todos los españoles que me concedan su confianza. En cambio yo les aseguro mi devoción completa a sus intereses y mi inquebrantable resolución de consagrar todos los instantes de mi vida a la felicidad del país. Aunque la Constitución fija los límites en los que se debe ejercer el poder real, no fija los de los deberes de la monarquía. Estos límites nunca serán contrarios al deseo que tengo de conocer las necesidades de todas las clases sociales y de aplicar todas mis facultades para su prosperidad y la defensa de su bienestar que me han sido confiados por la Providencia. Si Dios*

me ayuda, si el pueblo español mantiene el apoyo que dio a mi augusta madre durante la Regencia, tengo la seguridad de poder demostrar que antes de ser el primero en jerarquía, lo seré en el sacrificio por la Patria y constante atención a todo lo que pueda contribuir a la paz, a la grandeza y a la felicidad de la nación española.

Los españoles confían en su nuevo rey y, aunque existe, más o menos larvado, un movimiento republicano que aprovecha las circunstancias adversas a la tranquilidad del Gobierno —brotes de independentismo en Cataluña, la amenazadora cuestión de Marruecos, los cada día más crispados problemas laborales, la irrupción del anarquismo activo…—, la actitud animosa del rey va a contribuir a que la paz de la nación no sea alterada por grandes sobresaltos. Es la sensación que se advierte en los sucesos y en las costumbres, en los bailes de sociedad y las verbenas populares de un Madrid que sabe gozar los momentos propicios de la vida cotidiana; sus recepciones, sus festejos taurinos, el paseo de coches del Retiro y, por la madrugada, la asistencia, casi inevitable, a «la cuarta de Apolo».

La «cuarta» era la función número cuatro del día y si se hizo famosa fue porque comenzaba en plena madrugada, y era la que acogía tanto a los artistas procedentes de otros teatros, que acudían allí una vez terminadas sus funciones respectivas, como a los trasnochadores que, cuando salían de presenciar una obra teatral, a eso de las doce y media o la una de la noche, se sentían capaces de cualquier cosa antes de irse a dormir. Apolo, con esa «cuarta» o función número cuatro, era la solución […]. La «cuarta» del Apolo cuenta en el Madrid de 1900; es, valga la redundancia, el centro del centro del centro. Y como en esta época andan tan mezclados el arte, la política, la intriga, los amores y los negocios, es importante acudir a la «cuarta» de Apolo. **[160]**

Cuando llega la hora de casar al rey, éste no se resigna a conocer a las candidatas por fotografía y se dispone a realizar una serie de viajes para tratar personalmente a la que pueda ceñir en sus sienes

la corona de España. Las más hermosas princesas de Europa, por su parte, se prestan encantadas a formar parte de esa élite de belleza que será observada detenidamente por aquel soberano que Cortés Cavanillas describe «de fisonomía auténticamente regia; la nariz un poco curvada, netamente borbónica, y el mentón prognático inconfundiblemente austriaco; las líneas del semblante, la delgadez de los huesos, la elegancia de su figura esbelta pertenecían a los Habsburgo; los ojos, la sonrisa, el atractivo, a los Borbones», en tanto Almagro San Martín destaca que «tenía de los Capetos la retentiva, el don de gentes, la facilidad de palabras, y de los Austrias el valor, la religiosidad católica, el gusto a la familia y el amor al mando y a la soberanía».

El 27 de mayo de 1905 Alfonso de Borbón viaja con su séquito a Francia e Inglaterra. En las cancillerías europeas se da por hecho que la elegida será la princesa Patricia de Connaugth. No obstante, dos obstáculos van a oponerse a la realización de unos deseos que son los que animan las aspiraciones de la reina madre, doña María Cristina: la carta de la madre de Patricia a la infanta Eulalia, en la que le comunica que su hija no desea ser reina de España, y el amor que en el corazón de Alfonso ha nacido, de la forma más inesperada e inmediata, a la vista de la joven Victoria Eugenia de Battenberg:

> *Una bella princesa, la más bella de Europa, sin duda, de ojos claros y purísimos, de un pelo admirablemente rubio y de una perfección de facciones dignas de un pincel maestro. Se llamaba Ena de Battenberg y era la nieta más querida de la reina Victoria. No necesitaba aquella beldad ceñir corona principesca para alzar oleadas de pasión en un corazón meridional y joven. El rey y ella simpatizaron. El amor nació, humano amor que no suele florecer junto a los tronos, a espaldas de los diplomáticos, burlando cálculos, desviando proyectos y, amor al fin, se escondió en sonrisas y en largas miradas que no sorprendieron a los cortesanos.* **[161]**

Al día siguiente de la llegada a Londres de Alfonso, se celebra un banquete oficial en el palacio de Buckingham para ciento veinte personas, aunque para Alfonso no habrá más que una, envolviendo en su cálida sonrisa la mirada rendida del rey de España. El

historiador González-Doria recogerá las impresiones de aquella velada, descrita así por la duquesa de Cumberland:

> *Estábamos todas alineadas conforme a la etiqueta que tanto gustaba a nuestro tío [Eduardo VII]. Al ver la fila de Princesas, Alfonso la recorrió con una mirada alegre y juvenil, como cualquier buen mozo que inicia su vida con avidez. Al fijarse su mirada en Ena experimentó un sobresalto. Es la primera y única vez que he tenido la oportunidad de percibir el «flechazo», como suele decirse, en toda su fuerza fulminante. Como yo era la sobrina que venía en rango después de las hijas de mi real tío, Alfonso tuvo ocasión de hablarme enseguida al entrar en el salón de baile. Me preguntó: «Dime, ¿quién es esa bella Princesa rubia?». ¡Fueron las primeras palabras que me dirigió![…].*
>
> *Mientras tanto mi prima, en completa ignorancia del «impacto» que había causado, seguía disfrutando del festejo. Alfonso XIII tuvo pocas ocasiones de dirigirle la palabra. Lo primero que le preguntó Ena —según me confesó después la propia interesada— fue si tenía colección de tarjetas postales. En aquella época las muchachas las coleccionábamos. Era la moda (desde entonces, una vez por semana, Ena recibiría una postal de su galán, y así hasta que se comprometieron…). Como es lógico, mi prima volvió a casa completamente enamorada de él, lo que no me chocó, pues casi todas las señoras y señoritas estábamos en el mismo caso. Alfonso era un hombre cautivador.* **[162]**

La boda se celebra en los Jerónimos, el 31 de mayo de 1906, a las diez y media de la mañana. «Y yo —dice en ella el Cardenal Primado—, de parte de Dios todopoderoso y los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y de la Santa Iglesia, desposo a Vuestra Majestad, señor don Alfonso XIII de Borbón y de Habsburgo, rey Católico de España, y a Vuestra Alteza Real, serenísima señora doña Victoria Eugenia Julia Eva María Cristina de Battenberg. Y este sacramento de matrimonio confirmo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Terminada la ceremonia, que ha resultado brillantísima, los reyes, una vez en la calle, ocupan la carroza real, que emprende el desfile a los acordes de la *Marcha real*. Abre la comitiva un

ayudante a caballo, seguido de palafreneros, maceros, caballos enjaezados, personal de las Reales Caballerizas, las carrozas de los Grandes de España, seguidas de diecinueve carrozas de palacio. El cortejo baja hacia el Prado por la Cibeles, e inicia la subida de la calle de Alcalá. Cuando la carroza de los reyes entra en la calle Mayor, un hombre se asoma al balcón de una casa de huéspedes, número 88 de la calle, frente al palacio de los Consejos, y arroja un ramo de rosas en el que va escondida la muerte. Es la hora del anarquista Mateo Morral.

> *El ramo roza el hombro de un palafrenero, va a estrellarse entre las ruedas delanteras y el tronco de los ocho caballos tordos, y luego produce un estampido tal, que hace retemblar las casas cercanas. El sordo rumor de la detonación se llega a escuchar en los barrios más alejados de la ciudad.*
>
> *Dentro de la carroza, la princesa inglesa, envuelta en una espesa humareda, quizás piensa por breves instantes que todo ha sido un sueño y que llegó el momento de despertar. Pero no se desmaya; pronto se sobrepone su serenidad británica al susto consiguiente.* **[163]**

Pasado el tiempo, la reina, ya anciana, evocará aquellos momentos:

> *Entonces comprendí que algo terrible había pasado. Para tener más libertad arrojé mi manto en el asiento de enfrente. Las ventanillas de la carroza iban abiertas; el pobre lacayo que marchaba al lado fue muerto por la explosión, y la sangre de su cabeza cayó sobre mi manto.*

El testimonio de la infanta Eulalia tiene toda la fuerza del recuerdo inolvidable:

> *La explosión fue un sonido bronco, seco y poco aparatoso, a tal punto que en los primeros segundos Paz me aseguraba que era un andamio que se había desprendido. Sólo nos dimos cuenta de lo acaecido cuando se detuvo un momento el cortejo y vimos a los reyes cambiar de carruaje entre un remolino que formaba la*

escolta. Fue necesario que nos desviáramos del trayecto, pues la carroza destrozada y los caballos muertos impedían el paso. Cuando llegamos a palacio, ya sabiendo por un oficial de la escolta que los novios nada habían sufrido, vimos a la reina con el traje blanco todo manchado de sangre, un poco pálida, pero serena y sin perder la sonrisa. A su lado estaba el rey, sacudiéndose el traje de gala, cubierto de polvo y manchado de sangre… «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido?». «¡Bah! —respondió Alfonso sonriendo—, éstos son gajes del oficio. Un anarquista, nada. Veamos quiénes han sido heridos —dijo, y después, volviéndose a uno de los ayudantes—, y cuide que se les atienda a todos» **[164]**.

La misma infanta Eulalia nos ha dejado la semblaza de aquella corte:

Con la llegada de Victoria Eugenia, que fue como un florecer de juventud, gracia y sonrisa en la adusta corte madrileña, la vida interior sufrió en palacio varias alteraciones y perdió un poco de su tradicional rigidez. Durante la regencia de María Cristina, las costumbres se habían ido haciendo cada vez más severas, la vida más rígida, el protocolo más estricto y los ánimos más concentrados. Por muchos años, la corte de España fue la más triste y cerrada de Europa […]. La vida palaciega volvió a llenarse de risas ligeras, de perfumes suaves, de gracia femenina. Un soplo de mundanismo penetró en los vastos salones. Perfumes y trajes de París, ligereza de espíritu, feminidad en fin. **[165]**

No sólo la corte, sino el pueblo llano había de acatar las sorpresas que las costumbres de la reina le deparaban. Victoria de Battenberg fuma. Victoria de Battenberg se baña en el mar. Y cuando no consume su tiempo en las habituales distracciones del té, la labor de ganchillo o la música, se dedica a inspirar instituciones e iniciativas en beneficio de las clases más necesitadas —la Liga Antituberculosa, la Fiesta de la Flor, la Cruz Roja, en cuya organización interviene directamente— o a fundar el Hospital de San José y Santa Adela, el Cuerpo de Enfermeras, cuyo uniforme vestirá con frecuencia, y el Instituto de Reeducación de Inválidos.

Los reyes se amaban y eran felices. Todo hacía prever una prolongada luna de miel de la que nadie hubiese podido adivinar su dramático fin. Este llega cuando, el 10 de mayo de 1907, la reina da a luz un hijo. Rubio, blanco, robusto, pero, al ser sometido a la circuncisión —como era costumbre en la realeza española desde la Edad Media, en la que los médicos de la corte eran judíos—, se descubre que está afectado de hemofilia: una terrible enfermedad que transmiten las mujeres de la familia de Hesse a los descendientes varones. Claro que no todas las mujeres de esta dinastía, incluida Ena de Battenberg, la transmiten inevitablemente, ni todos los varones de ellas nacidos habían de ser marcados por tal enfermedad. El primer varón de Alfonso XIII, el príncipe Alfonso, sí presentó una hemorragia difícil de contener, signo inequívoco del trágico final que, antes o después, había de aguardarle.

Alfonso XIII había sido advertido noblemente de esta eventualidad, pero él estaba muy enamorado de Ena —como se la llamaba familiarmente— y no contuvo sus impulsos ante la posibilidad del riesgo. Después, cuando el príncipe de Asturias se desangraba sin remedio a causa de la hemofilia, el matrimonio iba a recibir el golpe definitivo que el propio rey tuvo la gallardía de exponer:

—¡No me resigno a que mi heredero haya contraído una enfermedad que ha traído la familia de mi mujer y no la mía! Sé que soy injusto. Lo reconozco, pero no puedo sentir de otra manera.

La ruptura era ya inevitable, entre el desvío de Alfonso y la confianza de la reina, traicionada por el hombre al que había entregado, en un rapto de amor sin fisuras, su virginidad y su vida.

Alfonso XIII ha heredado de su padre, Alfonso XII, su predisposición al amor de paso, si bien algunas de sus aventuras fueron más prolongadas de lo que era en él habitual. Desde la impenitente actitud oscurantista de nuestra historia, que siempre ha procurado ocultar la entrega de los reyes en brazos de sus amantes, como si las debilidades de la carne fuesen incompatibles con la aptitud política, resulta prácticamente imposible reseñar una nómina completa de las distinguidas por los favores reales. En el caso de Alfonso XIII, dicha nómina incluye en lugar destacado —al menos en la apreciación de una corte ociosa— a la marquesa de Craymayel, hija de *sir* John Latta, cuya amistad con el rey daría

ocasión a alguna que otra escena nada edificante. Estas escenas serán la causa por la que Alfonso XIII diga a una amiga que se quejaba del comportamiento de los ingleses:

—¡Si sabré yo cómo son, que llevo cinco lustros soportando a una inglesa!

Entre los amoríos más duraderos se halla una gobernanta de la Casa Real de Madrid, que al fin fue despedida del servicio, no sin antes darle al rey una hija que moriría joven con escasos recursos económicos. Menos duradera que ésta, pero más intensa y profunda fue la pasión que don Alfonso llegó a sentir por una delicada y hermosa bailarina llamada Carmen de Faya, quien tuvo el atrevimiento de arrojarle a Alfonso su zapato de raso en el concurso hípico de San Sebastián. Al día siguiente la muchacha recibió una gran cesta de flores con una tarjeta en la que el rey escribió: «Las más bellas de España para la más bella de España».

Por algún tiempo fue insistente rumor la relación de don Alfonso con la actriz Genoveva Vix, así como con J. E, actriz del género frívolo.

En París se hicieron famosas las asiduidades del rey con «una encantadora morenita» —cuyo amor compartió Alfonso con un tal *monsieur* Lamy, de extraordinario parecido con el monarca—, así como sus frecuentes visitas a la esposa de «un renombrado joyero de la rue de la Paix». Más serios que todos estos asuntos fueron las relaciones con Melanie, *madame* de Vilmorin, que le dio un hijo —parece ser que el inductor de tales relaciones fue «el mejor proveedor de don Alfonso en cuestiones amatorias en París, el embajador Quiñones de León»—, así como las que mantuvo con una muchacha «muy Habsburgo, rubia, muy elegante y coqueta, princesa de origen ilegítimo», a la que el rey, ya en el exilio, hizo llevar a Ginebra.

Según parece, una mujer de dudosos atractivos, Sol Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio, duquesa de Santoña, no pasó de ser una excelente amiga de don Alfonso. En cambio sí llegó a la categoría de amor apasionado la relación del rey con Leticia Dúrcal, inteligente y hermosa, que no contenta con haber doblegado la leve resistencia del Borbón, fue desvelo del eminente filósofo Ortega y Gasset.

La nómina suma y sigue con Beatriz de Sajonia Coburgo, prima

hermana de la reina Victoria de Inglaterra y casada con don Alfonso de Orleáns, alejada al fin de la corte por intervención de la reina madre, doña Cristina; Chita, viuda del duque de Fernán Núñez, que consoló la tristeza de Alfonso en el exilio de Ginebra y, sobre todo, la actriz Carmen Ruiz Moragas, a la que procuró un piso y más tarde un chalé en la zona del parque Metropolitano de Madrid, escenario sin duda de unos amoríos tan entusiastas como para que la joven dama de la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza le diera dos hijos al voluble monarca.

La crónica, en fin, habla de una «dama incógnita» que aguardaba al rey en la playa de Dauville; de una norteamericana «joven, rica y divorciada» que le hizo olvidar en Lausanne la melancolía del destierro; Juana de Parma, sobrina predilecta del soberano en el exilio; una alemana, hija de una condesa empeñada en formalizar la relación, y la bella esposa de un alto funcionario suizo, sin olvidar, en el tiempo de su reinado, los asedios constantes a una servidumbre entre la que el rey no perdonaba a las más guapas.

Ninguna de estas veleidades —algunas de ellas con más de tres años de ejercicio— pasaba inadvertida a la discreta vigilancia de la reina, quien soportaba la humillación con enorme dignidad, sin darse por enterada, consciente del papel que, como reina, le había reservado la historia.

Años de las noches del Real. Años de Pastora Imperio y La Fornarina. Una mujer torera, conocida por La Reverte, resulta que es un hombre. Vientos de revolución enmarcan la Semana Trágica de Barcelona. Se ejecuta al anarquista Francisco Ferrer y Canalejas muere asesinado. Estalla la Primera Guerra Mundial y España logra, en su difícil neutralidad, ser respetada. Desastre de Annual, en Marruecos, y proclamación de la Dictadura de Primo de Rivera. En el tren que lo llevará a la capital de España, el general se encontrará con el torero Marcial Lalanda:

—¿Qué, Marcial? ¿A Madrid? —le pregunta Primo de Rivera.

—Sí, mi general; a Madrid y a torear.

El capitán general de Cataluña se sonríe levemente, hace un gesto de inteligencia a sus ayudantes y dice:

—Yo también voy a torear a Madrid.

Hasta que, el 6 de febrero de 1929, Alfonso XIII recibe un duro golpe del que tardará mucho en reponerse: la muerte de la reina

madre, doña María Cristina. Dos días después, el rey se dirige al Consejo de Ministros:

> *¡He perdido a mi madre!*
>
> *Ella me enseñó a amar a España sobre todo y no olvidarla nunca. En estos momentos en que tengo el corazón partido por el dolor, a España vuelvo los ojos, y ellos y el cariño de los españoles, que tanto me lo demuestran al honrar a mi madre, son el mayor consuelo que tengo.*
>
> *La reina María Cristina (q.e.p.d.) de antiguo me decía que su mayor satisfacción sería un día dar su vida por España o por mí. Desgraciadamente tengo la impresión que su corazón gastado desde hace tiempo no ha resistido las emociones de la semana pasada. Veía peligros para España y para mí, no podíamos tranquilizarla y la pobre solía decir: «Estos sustos van a acabar conmigo…».*

Ya falta poco para que, al grito de «¡Viva la República!», dos oficiales del Ejército, Galán y García Hernández, capitaneen una sublevación, en Jaca, que habrá de resolverse, en un imperdonable error, con el fusilamiento de los jóvenes soldados. Por las esquinas de España las niñas cantan al héroe muerto:

> *Cada palabra, una rosa*
> *de sangre semejará;*
> *cada palabra, una gota*
> *del corazón de Galán.*

Meses después se convocan las elecciones municipales que van a costarle al rey la Corona y el destierro. Los resultados oficiales daban el triunfo a la candidatura monárquica, pero «los políticos monárquicos, todos los miembros del Gobierno menos dos, los consejeros palatinos, los dos mandos militares decisivos —Berenguer y Sanjurjo— y el propio rey Alfonso XIII interpretaron inmediatamente los resultados de las elecciones primero, como un plebiscito; segundo, como un desastre. Y en esta misma noche decidieron ya unánime —aunque separadamente— el abandono» **[166]** .

Ultimo Consejo de Ministros presidido por Alfonso XIII. El duque de Maura lleva, redactado por él, el manifiesto de despedida con el que el rey intenta explicar unas razones que los pocos monárquicos leales que le quedan no entenderán nunca:

Al país:

Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo, porque procuré siempre servir a España, puesto el único afán en el interés público hasta en las más críticas coyunturas.

Un rey puede equivocarse y sin duda erré alguna vez; pero sé bien que nuestra Patria se mostró en todo momento generosa ante la culpa sin malicia.

Soy el rey de todos los españoles y también un español. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero resueltamente, quiero apartar de cuanto puede representar lanzar un compatriota contra otro en fratricida guerra civil. No renuncio a ninguno de mis derechos, porque más que míos son depósito acumulado por la Historia, de cuya custodia habrá de pedirme un día cuenta rigurosa.

Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder Real y me aparto de España, reconociéndola así como la única señora de sus destinos.

También ahora creo cumplir el deber que me dicta mi amor a la Patria. Pido a Dios que tan hondo como yo, lo sientan y lo cumplan los demás españoles.

Los últimos momentos del rey en el Alcázar serán descritos así por uno de los más fieles adictos de cuantos, a imitación de aquellos antiguos caballeros de los siglos pasados, no hubieran dudado un instante en ofrendar al soberano el sacrificio de su vida:

Habíase cerrado la puerta del despacho tras el cariñoso adiós del rey a los grandes de España y aristócratas que llegaban a la cámara real. Allí quedó un momento don Alfonso con su fiel

servidor don Luis de Asúa. Se sentó a su mesa, y los ojos vagaron por toda la habitación, llena de recuerdos, de retratos queridos, de libros… Aquella reducida estancia era su cuarto de trabajo y el impávido testigo de sus preocupaciones por España. Pronto se rehízo de su melancolía y, dirigiéndose al inspector general, le dijo:

—Luis, prepáramelo todo para marcharme a las nueve, y da órdenes para que mañana, en el rápido de Irún, enganchen el coche real y se vayan la reina y los chicos.

El rey se dispuso a entrar en su alcoba, mientras el señor Asúa le instaba a que no saliera de España.

—Es inútil, no le des vueltas —respondió don Alfonso—. Si yo me quedo aquí esta noche, tengo que hacer una represión, que en estas circunstancias supondría derramamiento de sangre, al cual yo soy incapaz de llegar, porque me tildarían de rey cruel y sanguinario. Así, de esta manera, ¡quién sabe si algún día reconocerán el inmenso sacrificio que realizo alejándome de España!

Entró en su alcoba, y de la cabecera de su sencilla cama de bronce descolgó el crucifijo y las dos banderas —la roja y gualda y la morada de su regimiento—, guardándolas cuidadosamente en un pequeño maletín. Apareció el vizconde de Casa-Aguilar, con los ojos húmedos y el semblante lívido. Acababa de atravesar el río humano que se contenía, por el esfuerzo de la Guardia Civil, en las bocacalles de la plaza de Oriente. El rey abrió el balcón que da a la calle Badén y, envuelto en la penumbra del véspero, apareció su figura hierática y solemne, fijos sus ojos en el flujo y reflujo del gentío, que amenazaba derribar las compuertas de la fuerza armada. Cuando acabó de contemplar la visión impresionante del público que gritaba, y de las camionetas que pasaban velozmente, envueltas en ráfagas de odio, se volvió a Casa-Aguilar, diciéndole:

—No quiero, no, que por mí se derrame una sola gota de sangre. **[167]**

La reina había salido en coche, para tomar el rápido de Hendaya, que habría de dejarla en Francia:

Como el rápido de Hendaya no llegaría hasta las once y sobraba

tiempo, llegados al alto de Galapagar se decidió hacer allí la espera, rehuyendo El Escorial. La mañana era verdaderamente magnífica, una de esas mañanas de la primavera madrileña, en que el sol lo dora todo y el cielo, de un azul sin la más leve sombra, parece fijado por él en la cúpula infinita, con la firme precisión de los esmaltes. Venían más coches para unirse a la caravana, que, al encontrar el grupo detenido, hacían parada también, y a pesar de no verse más uniforme que el del general Sanjurjo, dispuesto a acompañar a la reina y su familia hasta la frontera, por la calidad de la gente y la gracia de reverencias y saludos fue adquiriendo aquello la apariencia de una corte. Al acercarse la hora en que el tren ya debía estar llegando, la reina indicó su deseo de que la despedida fuese allí.

—Quiero evitar las curiosidades de El Escorial. Llegar tan sólo los que vamos a irnos…

Como verdaderamente en su corte, por trono un desnivel cubierto de césped del terreno y por dosel el azul infinito, comenzó a tender la mano a los que pasaban. Algunos le pedían un autógrafo, que gentilmente se apresuraba a firmar. Apenas contenía el llanto. Un momento quedóse como ensimismada, fijo en lo alto sus ojos, que las lágrimas parecían hacer aún más límpidos.

—Éste es el recuerdo —suspiró— que quiero llevarme de mi España. Su cielo azul y su sol [168].

La historia del matrimonio formado por don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia de Battenberg termina con la pérdida del trono. La dignidad de la Corona no exige más sacrificios ni silencios, y mientras la reina se acomoda en un palacio de Suiza, el rey viaja por toda Europa, para finalmente permanecer en el Gran Hotel de Roma.

Cuando el aguijón de la muerte se clava en el pecho de Alfonso XIII —que bebe de forma incansable, como si pretendiera aturdirse, aunque nunca pierda la compostura—, doña Victoria quiere visitarlo, pero él se niega a este último encuentro. Es el 28 de febrero de 1941 y hasta entonces la agitada vida de don Alfonso de Borbón ha quedado reducida a un constante cambio de labios femeninos para sus besos. En cuanto a doña Victoria Eugenia, un

historiador de nuestro tiempo ha dejado en el aire una pregunta que la historia no ha querido, o no ha podido, contestar:

> *La reina Victoria, durante tantos años de infidelidades de su marido, ¿pudo resistir la tentación de corresponderle en la misma moneda? Su sentido de la dignidad real y su distante frialdad le ayudaron sin duda a ello. No obstante, era inevitable algún coqueteo que en ciertos casos pudo subir de tono, como en el caso del marqués de Someruelos, al que daba preferencia en los bailes, y como en el del ilustre bilbaíno, al que daba preferencia en los veraneos. A conocimiento del autor ha llegado la existencia de una correspondencia real bastante comprometedora. La heredera del destinatario de las cartas ha tenido el gesto antihistórico y lleno de señorío de destruirlas. En aquellos tiempos, hasta los reyes escribían mucho. Y con muy poca prudencia.* **[169]**

Notas

[1] Miguel Morayta, *Historia general de España*, Felipe González Rojas editor, Madrid, 1886. < <

[2] Juan de Mariana, *Historia de España*, Editorial Ebro, Zaragoza, 1972. < <

[3] Miguel Morayta, *op. cit.* < <

[4] Ambrosio de Morales, *Crónica general de España*, Madrid, 1579.
<<

[5] Reinhart Dozy, *Historia de los musulmanes de España*, Turner, Madrid, 1984. < <

[6] *Romance viejo*, Cátedra, Madrid, 1984. < <

[7] Anwar Chejne, *Historia de la España musulmana*, Cátedra, Madrid, 1980. < <

[8] Pascual de Gayango, «Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasís», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1852. < <

[9] José María de Mena, *Tradiciones y leyendas sevillanas*, Sevilla, 1968. < <

[10] Pascual de Gayango, *op. cit.* < <

[11] Pascual de Gayango, *op. cit.* < <

[12] Emilio Lafuente Alcántara, *Ajbar machmuâ, crónica anónima del siglo XI*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1834. < <

[13] Joaquín Guichot, *Historia general de Andalucía*, Fundación Paco Natera, Córdoba, 1982. < <

[14] Fernán Caballero, *Guía para visitar el Alcázar de Sevilla*, Escuela Tipográfica de la Santísima Trinidad, Sevilla, 1902. < <

[15] Fernández-Espino, «Apuntes sobre el carácter y conducta del rey don Pedro», *Revista de Ciencia, Literatura y Arte*, Imprenta y litografía de la *Revista Mercantil*, Sevilla, 1860. < <

[16] José María de Mena, *Tradiciones y leyendas sevillanas*, Gráficas San Rafael, Antequera, 1968. < <

[17] Canciller López de Ayala, *Las muertes del rey don Pedro*, Alianza Editorial, Madrid, 1971. < <

[18] Emilio Calderón, *Usos y costumbres sexuales de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[19] Miguel Morayta, *Historia general de España*, Felipe González Rojas editor, Madrid, 1887. < <

[20] Juan de Mariana, *Historia de España*, Editorial Ebro, Zaragoza, 1972. < <

[21] Juan de Mata Carriazo, «La boda del emperador», *Archivo Hispalense*, núms. 93/94, Sevilla, 1959. < <

[22] López de Ayala, *op. cit.* < <

[23] José Luis Martín, «El Cruel y el justiciero», *Cuadernos de Historia 16*, Madrid, 1985. < <

[24] Manuel Barrios, *Andalucía, genio y donaire*, Altair/Algaida, Sevilla, 1990. < <

[25] Emilio Calderón, *op. cit.* < <

[26] Francisco Montero Galvache, *Adorando a Sevilla*, Ediciones La Morera, Alcalá de Guadaira, 1988. < <

[27] Carlos Ros, *Doña María Coronel, historia y leyenda*, Ediciones Anel, Sevilla, 1980. < <

[28] Miguel Morayta, *op. cit.* < <

[29] Emilio Calderón, *Amantes y bastardos de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[30] Emilio Calderón, *Usos y costumbres sexuales de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[31] J. Sanz y Díaz, *Blanca de Navarra*, Ediciones G.P, Barcelona, 1960. < <

[32] Mosén Diego de Valera, *Crónica de Enrique IV*, Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1941. < <

[33] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[34] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[35] Palencia, *Crónica de Enrique IV*, Madrid, 1904. < <

[36] Emilio Calderón, *op. cit.* < <

[37] Gregorio Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, Espasa Calpe, Madrid, 1943. < <

[38] Palencia, *op. cit.* < <

[39] Juan Eslava Galán, *Historia secreta del sexo en España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[40] Emilio Calderón, *op. cit.* < <

[41] Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas, «Crónica de Enrique de Castilla» en *Lecturas históricas españolas*, Rialp, Madrid, 1981. < <

[42] Diego Enriques del Castillo, *Crónica del rey don Enrique el cuarto de este nombre*, BAE, Madrid. < <

[43] Guillermo Hickling Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, Madrid, 1896. < <

[44] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[45] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[46] Pierre Vilar, *Historia de España*, Librairie Espagnole, París, 1975. < <

[47] Manuel Ríos Mazcarelle, *La casa de Austria, una dinastía enferma*, Ediciones Merino, Madrid, 1994. < <

[48] Emilio Calderón, *Usos y costumbres sexuales de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[49] José Antonio Vaca de Osma, *Yo, Femando el Católico*, Planeta, Barcelona, 1995. < <

[50] Eugenio de Cobos, *Epistolario español*, BAE, Madrid, 1965. <<

[51] Enrique Junceda Avello, *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[52] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[53] Manuel Ríos Mazcarelle, *La casa de Austria, una dinastía enferma*, Ediciones Merino, Madrid, 1992. < <

[54] Juan Antonio Vallejo-Nágera, *Locos egregios*, Planeta, Barcelona, 1980. < <

[55] Enrique Junceda Avello, *Ginecología y vida íntima de las reinas de España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[56] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[57] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[58] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[59] Michael Prawdin, *Juana la Loca*, Juventud, Barcelona, 1953. <<

[60] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[61] Pedro José Cascajosa, *Don Carlos, hijo de Felipe II*, Amigos de la Historia, Barcelona, 1970. < <

[62] Bartolomé Bennassar, *La España del Siglo de Oro*, Grijalbo, Barcelona, 1983. < <

[63] Bartolomé Bennassar, *op. cit.* < <

[64] M. Gachard, *Lettres de Philippe à ses filies* [*publiées originaux d'aprés*
], París, 1884. < <

[65] Gregorio Marañón, *Vida e historia*, Espasa Calpe, Madrid, 1980.
<<

[66] Fernando Savater, «Lope de Aguirre, traidor, peregrino y mártir», *Tiempo de Historia*, núm. 6, Madrid. < <

[67] Julio Caro Baroja, *El señor inquisidor y otras vidas de oficio*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. < <

[68] Manuel Ríos Mazcarelle, *La casa de Austria, una dinastía enferma*, Ediciones Merino, Madrid, 1994. < <

[69] Miguel Morayta, *Historia general de España*, Felipe González Rojas editor, Madrid, 1890. < <

[70] Miguel Morayta, *op. cit.* < <

[71] Juan Eslava Galán, *Historia secreta del sexo en España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[72] *Carta de Felipe II a la Villa de Madrid*, Inéditos, t. XIII. < <

[73] Pedro José Cascajosa, *op. cit.* < <

[74] Pedro José Cascajosa, *op. cit.* < <

[75] Iván Cloulas, *Felipe II*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1993. <<

[76] Enrique Junceda Avello, *Ginecología y vida intima de las reinas de España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[77] Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Blas Román, impresor, Madrid, 1781. < <

[78] «Relación que hizo de su viaje por España *Madame* d'Aulnoy», en José Deleito y Piñuela, *El rey se divierte*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. < <

[79] Pedro de León, *Grandeza y miseria de Andalucía* (edición de Pedro Herrera Puga), Facultad de Derecho, Universidad de Granada, Granada, 1981. < <

[80] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[81] Femando González-Doria, *op. cit.* < <

[82] Emilio Calderón, *Amantes y bastardos de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[83] Emilio Calderón, *op. cit.* < <

[84] Juan Manuel González Cremona, *Amantes de los reyes de España*, Planeta, Barcelona, 1995. < <

[85] Federico Bravo Morata, *La corte hechizada*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[86] Gregorio Marañón, *El conde-duque de Olivares*, Espasa Calpe, Madrid, 1952. < <

[87] Federico Bravo Morata, *op. cit.* < <

[88] Jerónimo Barrionuevo, *Avisos*, BAE, Madrid, 1968. < <

[89] Francisco de Quevedo, «Grandes anales de quince días», en José Deleito y Piñuela, *El rey se divierte*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. < <

[90] Francisco López Izquierdo, «La trágica muerte del conde de Villamediana», *Historia y vida*, Madrid, 1985. < <

[91] Federico Bravo Morata, *La corte hechizada*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[92] Antonio Cánovas del Castillo, *Historia de la decadencia de España*, s.d. < <

[93] Natalia Calamai, *Carlos II el Hechizado*, Amigos de la Historia, Madrid, 1886. < <

[94] Natalia Calamai, *op. cit.* < <

[95] Natalia Calamai, *op. cit.* < <

[96] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa. Madrid, 1981. < <

[97] Federico Bravo Morata, *Carlos III y su tiempo*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[98] Federico Bravo Morata, *La corte hechizada*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[99] Manuel Ríos Mazcarelle, *Vida privada de los Borbones*, Ediciones Merino, Madrid, 1993. < <

[100] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[101] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[102] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[103] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[104] Federico Bravo Morata, *Carlos III*… < <

[105] Pedro Voltes, *Historia inaudita de España*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986. < <

[106] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[107] Manuel Ríos Mazcarelle, *Vida privada de los Borbones*, Ediciones Merino, Madrid, 1993. < <

[108] Manuel Ríos Mazcarelle, *op. cit.* < <

[109] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[110] Juan González Cremona, *Amantes de los reyes de España*, Planeta, Barcelona, 1995. < <

[111] Andrés Moriel, *Historia de Carlos IV*, BAE, Madrid, 1959. <<

[112] Duque de Saint-Simon, *Memorias*, s.d. < <

[113] Juan González Cremona, *op. cit.* < <

[114] Federico Bravo Morata, *La corte hechizada*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[115] Antonio Piquer, *Discurso sobre la enfermedad del rey Fernando VI*, Inéditos, t. XVIII. < <

[116] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[117] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[118] Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado, legajo 2850. <<

[119] Juan Antonio Cabezas, *La cara íntima de los Borbones*, San Martin, Madrid, 1979. < <

[120] Cándido Pardo González, *Don Manuel Godoy y Alvarez-Paria, príncipe de la Paz*, Imprenta de la viuda de A. Alvarez, Madrid, 1911. < <

[121] Femando González-Doria, *op. cit.* < <

[122] Benito Pérez Galdos, *La corte de Carlos IV*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1922. < <

[123] José Luis Gordillo Courciéres, *Todo el siglo es carnaval*, El Museo Universal, Madrid, 1993. < <

[124] Emilio Calderón, *Usos y costumbres sexuales de los reyes de España*, Cirene, Madrid, 1993. < <

[125] Federico Bravo Morata, *Del 2 de mayo al ferrocarril*, Fenicia, Madrid, 1972. < <

[126] Juan Antonio Cabezas, *op. cit.* < <

[127] Juan Manuel González Cremona, *Amantes de los reyes de España*, Planeta, Barcelona, 1995. < <

[128] Manuel Godoy, *Memorias* [edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano], BAE, Madrid, 1965. < <

[129] Joaquín Ezquerra del Bayo, *La duquesa de Alba y Goya*, Imp. Blas, Madrid, 1928. < <

[130] Gaspar Gómez de la Serna, *Goya y su España*, Alianza Editorial, Madrid, 1969. < <

[131] Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas, «Carta de María Luisa a la reina de Etruria», en *Lecturas históricas españolas*, Rialp, Madrid, 1981. < <

[132] Ramírez de Villa-Urrutia, marqués de Villa-Urrutia, *Fernando VII, rey constitucional*, Librería Beltrán, Madrid, 1943. <<

[133] Juan Manuel González Cremona, *Amantes de los reyes de España*, Planeta, Barcelona, 1995. < <

[134] Enrique Junceda Avello, *Ginecología y vida intima de las reinas de España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[135] Archivo Histórico Nacional, Estado, legajo 2560. < <

[136] Archivo Histórico Nacional, *doc. cit.* < <

[137] Enrique Junceda Avello, *op. cit.* < <

[138] Juan Eslava Galán, *Historia secreta del sexo en España*, Temas de Hoy, Madrid, 1991. < <

[139] Juan Manuel González Cremona, *op. cit.* < <

[140] José María de Mena, *Historia de Sevilla*, Caja de Ahorros Provincial San Fernando, Sevilla, 1979. < <

[141] Benito Pérez Galdós, *Los apostólicos*, Alianza Editorial, Madrid, 1980. < <

[142] Carmen Llorca, *Isabel II y su tiempo*, Istmo, Madrid, 1984.
<<

[143] Fernando Díaz-Plaja, *Otra historia de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1987. < <

[144] Gonzalo de Reparaz, *Los Borbones de España*, Javier Morata editor, Madrid, 1931. < <

[145] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[146] José María Tavera, *Isabel II*, Ediciones G. P., Barcelona, 1959.
<<

[147] Miguel Morayta, *Historia general de España*, Felipe González Rojas editor, Madrid, 1893. < <

[148] Juan Balansó, *La Casa Real de España*, Mirasierra, Madrid, 1976. < <

[149] Pierre de Luz, *Isabel II, reina de España*, Juventud, Barcelona, 1962. < <

[150] Fernando Fernández de Córdoba, *Memorias íntimas*, Atlas, Madrid, 1966. < <

[151] F. Fernández Girbal, «De la España romántica. Doce escritores bohemios convidan a comer a Salamanca», *Historia y Vida*, núm. 48, Barcelona, 1980. < <

[152] Carmen Llorca, *op. cit.* < <

[153] Carlos Cambronero, *Crónicas del tiempo de Isabel II*, Printer, Barcelona, 1972. < <

[154] Fernando González-Doria, *op. cit.* < <

[155] Manuel Barrios, *Los amantes de Isabel II*, Temas de Hoy, Madrid, 1994. < <

[156] Ana de Sagrera, *La reina Mercedes*, Compañía Literaria, Madrid, 1995. < <

[157] Pedro de Répide, *Isabel II, reina de España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932. < <

[158] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[159] Ana de Sagrera, *op. cit.* < <

[160] Federico Bravo Morata, *El sainete madrileño y la España de sainete*, Fenicia, Madrid, 1973. < <

[161] Infanta Eulalia de Borbón, *Memorias*, Juventud, Barcelona, 1935. < <

[162] Fernando González-Doria, *Las reinas de España*, Cometa, Madrid, 1981. < <

[163] Diego Urbino, *La bomba de la calle Mayor*, Amigos de la Historia, Madrid, 1969. < <

[164] Infanta Eulalia, *op. cit.* < <

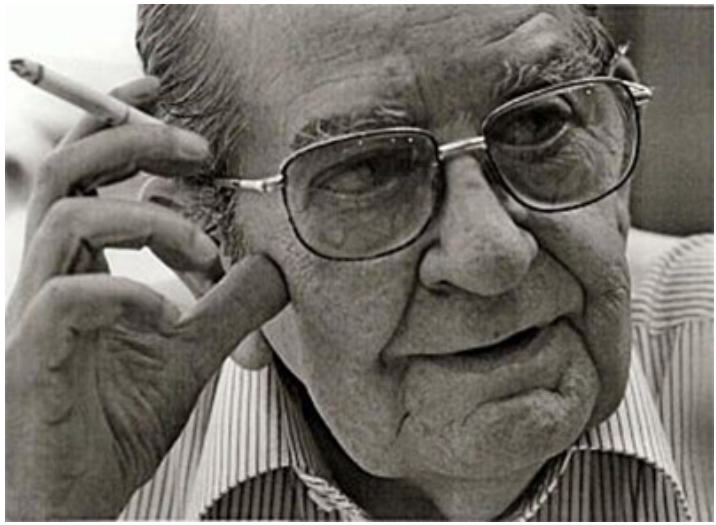
[165] Infanta Eulalia, *op. cit.* < <

[166] Ricardo de la Cierva, *Historia básica de la España actual*, Planeta, Barcelona, 1974. < <

[167] Julián Cortés Cabanilles, *Alfonso XIII, vida, confesiones y muerte*, Planeta de Agostini, Barcelona, 1995. < <

[168] Francisco Camba, *La caída de Alfonso XIII*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1947. < <

[169] José Antonio Vaca de Osma, *Alfonso XIII, el rey paradoja*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1993. < <



MANUEL BARRIOS nació en San Fernando (Cádiz), realizó estudios de Derecho y es uno de los principales exponentes de la narrativa andaluza. Es autor de más de cuarenta libros y ha sido galardonado con diversos premios literarios. Entre sus novelas destacan: *El crimen* (finalista del Premio Nadal), *Cartas del pueblo andaluz* (Premio Platero), *Epitafio para un señorito* (Premio Ateneo de Sevilla), *Vida, pasión y muerte en Río Quemado* (finalista del Premio Planeta) y *Al paso alegre de la paz* (Premio Ciudad de Barcelona). En teatro ha cultivado el género del humor con títulos como *El encierro de San Serapio, El día en que Gilda se quitó el guante, El recurso de Amparo* y *El otro nombre de la rosa*. En el campo de la historia ha publicado, con gran éxito, *El amor prohibido de Alfonso XII, Matrimonios desafortunados de la realeza española, El secreto de los jesuitas, Torquemada: inquisidor y hereje, Los amantes de Isabel II* y *Majas y duquesas*.